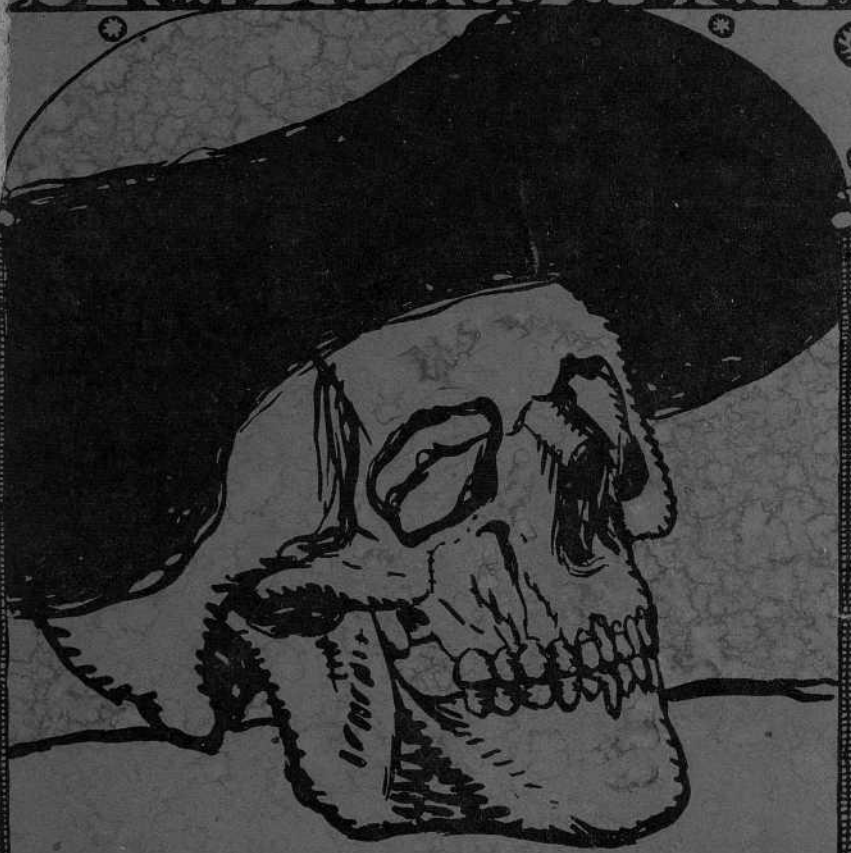
MARQUÉS DE SAN JUAN
DE PIEDRAS ALBAS
EX LIBRIS

FARMACOPEA MEDICO-TAURINA



Dr. J. Vilar Giménez

Prólogo por JERÓNIMO SERRANO "AZARES"

Charlas Médico-Taurinas

Dr. J. Vilar Jiménez

Charlas Médico Taurinas

Prólogo de **Jerónimo Serrano** (Azares)

BARCELONA 1918

BRINDIS

A D. Ricardo Torres Reina "Bombita", fundador y primer presidente de la **Asociación de Toreros,** y a D. Vicente Pastor Durán, segundo presidente de la misma, brindo estas

CHARLAS MEDICO-TAURINAS

PRÓLOGO

No te atemorice, lector, lo tétrico de la portada de este libro, tan original como el texto que preside.

Acelérate a ojear estas líneas hasta que tu retina tropiece con el título del primer capítulo y seguro estoy de que te verás acuciado a seguir leyendo, sin tregua, hasta el índice.

A ello te impelirá la originalidad de estas CHARLAS, su mayor mérito; lo instructivo, ameno y profundo al mismo tiempo del relato, trazado con pluma correcta y poseída de fervor por la ciencia y por nuestra fiesta.

Por ser la obra de un médico, hombre culto, ilustrado, apasionado por la ciencia hipocrática, la crítica, alabanza, censura o simple comentario de los casos que en ella se tratan o simplemente se relatan tienen toda la autoridad que naturalmente le da el estudio concienzudo de cada uno de ellos.

Es la primera obra en que van enlazadas la Ciencia y la Tauromaquia; es la primera vez que se trabazonan Esculapio y *Lagartijo* en letras de molde.

Espíritus pusilánimes, almas febles, se estremecerán al solo enunciado de que hombre que ha pisado aulas universitarias pueda sentir aficiones a fiesta tan bárbara como la española y dedicar a ella horas de vigilia, terminada la pacienzuda consulta y la acelerada visita, para escribir un libro.

Otros, por presumir de *civilizados*, denostarán o sencillamente despreciarán al autor de esta obra, nimbada en su plan y desarrollo

por un sentido humanitarista, guiada la pluma por un corazón muy grande, sensible al dolor del semejante, aunque éste sea un torero.

Los hombres buenos, afortunadamente en mayoría, los médicos, los aficionados a la más hermosa y viril de las fiestas, se compenetrarán espiritualmente con las CHARLAS del Dr. Vilar, subyugados por la bondad que destilan, tanto al señalar deficiencias médicas como al ensalzar aciertos presididos por la Ciencia.

No se escandalicen los detractores por sistema de las corridas de toros ante el título de CHARLAS MÉDICO-TAURINAS

Las opiniones se dividen ante los acontecimientos, pero el mundo sigue su camino sin preocuparse de ellos, como obedeciendo a una fuerza superior, que ya los antiguos llamaron fatalidad, siendo lo más seguro que todo está, como dijo Lucrecio, «en la naturaleza de las cosas».

De siempre la opinión pública se halla dividida con motivo de dos cuestiones que parecen heterogéneas y completamente desligadas entre sí, formando en realidad dos ramas de un mismo tronco: la guerra y las corridas de toros.

Tienen ambas adversarios y panegiristas, según miran la cosa bajo uno u otro aspecto; pero ellas, «la cosa en sí», se ríen de las censuras y de los aplausos, lo mismo que pueden hacerlo las estrellas de los juicios de los astrónomos.

Y es que las cosas son como son y no como nosotros queremos que sean.

El hombre, que ya nos encontramos hecho, es un pequeño resumen de la Naturaleza. Como él, tiene ella momentos de calma y otros de agitación nerviosa y destructora. En un momento dado acaricia las plantas con brisas bienhechoras; en otros las azota con las furias del vendaval. Es torrente que se desploma por la cascada con estrépito y fuentecilla que serpentea entre los céspedes.

De esos contrastes ofrecen uno y otra infinitos ejemplos y los ofrecerán mientras existan en el planeta.

He aquí explicado, razonándolo, el doble fenómeno objeto de discusión.

La guerra es el hombre-fuerza luchando con otra análoga, como dos vientos en el espacio.

Se complace nuestra especie en esos alardes de poder, a manera del animal de presa, el águila o el león, en la plenitud de su vida y poseído de su fuerza.

Tan natural es en el hombre-especie, no siempre en el individuo, ese desbordamiento de vida psíquica y física a la vez, que en ningún tiempo ni lugar ha dejado de aparecérsenos como guerrero, o, al menos, dispuesto para la guerra, siempre que la ocasión se tercia.

Será todo lo triste y hasta brutal que se quiera esta condición humana, pero es humana. Véase lo que pasa en todo el planeta y de seguro no se encontrará un pueblo ni una tribu sin lo que podríamos llamar instituciones militares, fiestas bárbaras, tanto más acusadas cuanto más avanzados en civilización. A medida que se yergue el hombre colectivo ante las fuerzas naturales, paralelamente se siente crecer ante las de otra colectividad. Individualmente preterirá tal vez su fuerza física; como nación, jamás.

El mismo principio tiene aplicación a los deportes de fuerza y agilidad. En todo tiempo y en todo lugar se les ha rendido culto. Es la guerra en pequeña escala y obedece al mismo principio.

En Alemania se llama desafío, en Inglaterra y Estados Unidos boxeo y carreras de caballos, en Vasconia juego de pelota, en Italia riñas de gallos, en toda España corridas de toros y en Francia todas las cosas juntas. Do quiera lucha el hombre con el hombre y con las fuerzas naturales, por instinto asoma su salvajismo, porque lo tiene en su propia complexión, como representante y resumen de la Naturaleza en el mísero planeta que habitamos.

¿Qué sucederá en el porvenir? ¿A dónde nos conducirá el progreso? ¿Llegará un día en que el refinamiento de la cultura universal habrá alcanzado un grado tan alto que la fuerza física, la agilidad y demás cualidades materiales quedarán relegadas al olvido para rendir homenaje únicamente al talento, al arte, a la ciencia, a la vida del espíritu?

Entonces quedarían abolidas las guerras, desterrados los ejercicios de carácter violento, las fiestas en que las multitudes gozan viendo correr sangre de sus semejantes, y el orgullo del poder por el poder, que hoy encanta al hombre, sería sustituído por el poder al servicio del ideal, que es amor, que es cultura, que es el triunfo del hombre sobre el mundo para realizar el bien.

Puede ser que venga un día esta Humanidad; pero ¡está tan lejano!

Vayamos, si se quiere, en dirección a ella, pero libremente, siguiendo el ritmo natural del progreso.

* * *

El torero se ha lanzado siempre al peligro inconscientemente, sin medir las consecuencias del riesgo.

Como si el afán de gloria o de lucro le embotara el sentido de su propia existencia; como si la ofreciera, a lo gladiador romano, en holocausto a los dioses, no le preocupó jamás que si iba al ruedo a contender con una bestia y ésta le ganaba la pelea, cabía poner remedio al percance.

Más importancia dió, por ejemplo, a la esplendidez del traje de luces, a si le sienta mejor o peor tal o cual color, que a exigir ni a pensar siquiera si en la plaza donde torea hay enfermería bien instalada, servida por buen cirujano, práctico sobre todo en la cura de heridas de asta de toro.

Desde que las corridas de toros dejaron de ser palenque donde lucían sus arrestos nobles caballeros ante los ojos febriles de sus bellas damas, para pasar a ser espectáculo público, negocio especulativo explotado por empresarios, no se le concedió importancia alguna a la cornada.

Las célebres de Montes y el *Tato*, que obligó a aquél a retirarse del toreo y costó la pierna derecha a éste, tuvieron resonancia no por el daño en sí, sino por sus graves consecuencias.

Los médicos de aquella época, poco interesados en el estudio de esa rama de la Traumatología, y faltos, por otra parte, de los elementos eficaces de que dispone la Cirugía moderna, consideraban las heridas producidas por asta de toro como un caso corriente, un navajazo, una bala que horada y sigue, más o menos extensamente, su trayectoria en el cuerpo humano.

Hoy, felizmente, ha progresado de tal modo la Cirugía, que es difícil se le escape un herido sin salvarle.

De cornadas mucho más graves que la del *Tato* ha triunfado la Ciencia: la de *Conejito* en Barcelona, la de *Bienvenida* en Madrid.

Los dos conservan la pierna lesionada. El *Tato*, con menor daño, perdió la suya.

Pecaríamos de olvidadizos. y de ingratos además, si no consignáramos en este libro los nombres de dos médicos que, sin otro acicate que el amor a su ciencia, fueron los iniciadores y propulsores de la

nueva rama de la Cirugía especializada en el estudio y consiguiente curación de las heridas de asta de toro.

Citemos esos dos nombres con orgullo de españoles: D. Antonio Alcaide de la Peña y D. Julio Pérez Obón.

En 1874 empezaron a tocar prácticamente los toreros el resultado de los desvelos de los doctores mencionados.

Fué inaugurada el 4 de Septiembre del citado año la plaza de toros de Madrid, con enfermería instalada en las debidas condiciones, con todos los adelantos de aquella época.

Tuvo la desgracia de estrenarla Manuel Hermosilla y a los pocos días siguiólé Juan Molina.

Ambos heridos, asistidos con solicitud y con todos los medios de que entonces disponía la Ciencia, curaron y al año siguiente reemprendían su peligroso oficio.

Las graves heridas sufridas por *Frascuelo* y el banderillero Lagares en 1877, como la que causó el toro *Chamorro*, de Lafitte, a Valentín Martín en 1878, en la plaza madrileña, hubieran podido tener graves consecuencias a no ser por las aptitudes e interés que en su curación pusieron los doctores Alcaide y Pérez Obón.

Desde entonces, torero cogido en Madrid, de no llevar una cornada mortal de necesidad, como las de *Yusio* y *Pollo*, ha sido salvado.

Tal fué la confianza, muy justificada, por cierto, que los toreros pusieron en los doctores Alcaide y Pérez Obón, que si sufrían un percance, leve o grave, en plazas de provincias, hecha la primera cura, se apresuraban a ir a Madrid para que aquellos doctores examinaran la herida y se encargaran de su curación.

Frascuelo, herido en Barcelona, en 1883, así lo hizo, desatendiendo las observaciones de los médicos que le auxiliaron recién sufrido el percance.

El ejemplo de la plaza madrileña cundió poco; sólo en contadas capitales importantes se adecentaron las enfermerías.

La despreocupación de los toreros por su propia existencia causa dolor; la mayoría de las enfermerías están en el mayor abandono.

Necesariamente el doctor Vilar, al planear su libro, como aficionado, por deber profesional, debía conceder importancia capitalísima a las enfermerías.

Al tocar este punto el ilustre médico describe con pluma lancinante episodios trágicos de la vida del torero, que al salir vencido en

su lucha con la fiera, horadado su cuerpo por el asta, va a parar a manos ignaras, en covachas donde no hay los más rudimentarios utensilios para una primera cura, para lo más elemental.

¡Cuántas vidas cortadas por una simple infección, por falta de antisépticos o de unas gasas asépticas!.....

Los lamentos del Dr, Vilar quedarán en el vacío, porque los toreros seguirán su ruta, como hasta aquí, desatendiendo advertencias y ciegos y sordos a todo ejemplo, a toda evidencia.

* * *

En esta fiesta de sentimiento y visualidad, el espectador, poco dado al análisis minucioso, sólo presta atención a lo externo, al tipo del toro, a la valentía o destreza del torero, sin profundizar más.

Se discute si tal hace las verónicas así o asá, si abre o cierra las piernas en su ejecución, si entra o no entra a matar, con sobra de tecnicismo y falta de estudio anatómico del torero.

Es decir, se discuten los efectos, no las causas.

Este análisis es el que os explica el Dr. Vilar en sus CHARLAS, claramente, científicamente, como aficionado observador y médico concienzudo.

En el contraste que han formado las parejas célebres en la historia del toreo sólo ha merecido la atención del aficionado su modo de ejecutar las suertes.

Nadie ha explicado la movilidad de lagartija de *Lagartijo* (de ahí el remoquete), de cuerpo flexible, que le permitía hurtar el peligro, asombrando el público por su destreza, y la facilidad con que los toros cogían a su pareja, *Frascuelo*, envarado de cuerpo, torpe de movimientos, torero de corazón más que de cerebro.

Recordad la agilidad de un *Guerrita* y la pesadez de piernas de *Espartero*; aquellos recortes capote al brazo de Reverte, tan ceñidos, tan emocionantes. que nos daban la sensación de una cornada, y tan imposibles para otro que no tuviera la flexibilidad de cintura, el busto «encorsetado», digámoslo así, del malogrado alcalareño.

En nuestros días, fijaos en el zanquilargo Joselito y el patizambo Belmonte; lo que a éste le sobra de brazos, le falta de piernas, y viceversa a Joselito.

Esto os explicará mejor que todos los tratados de Tauromaquia

que el uno toree afianzado en sus poderosas piernas y el otro tenga en los brazos su defensa contra las acometidas del toro.

El Dr, Vilar os aclarará el *caso* del *Gallo*, ese gran artista del toreo, sin igual como hombre y como torero, que en el espacio de minutos, cuatro, cinco lo más, sube al zénit de la gloria y cae en sima profunda.

El capítulo dedicado al *Gallo-caso*, profundo estudio científico de ese hombre incomprensible, tratado de anacronía viviente, explica—hasta donde la ciencia alcanza—a sus admiradores y detractores esas distintas fases, ese perenne contraste del artista sublime del toreo.

Comprenderéis, aficionados o simples lectores, por el esquema que os he trazado de las CHARLAS, lo profundo del trabajo analítico del Doctor Vilar.

Como aficionado, como personalidad literaria. huelga su presentación.

Sirviéndole de tribuna *La Lidia* está desde hace tiempo en relaciones con la afición de toda España y sus artículos son leídos y buscados, por presidirlos una desusada sensatez, tan difícil de hallar y sostener en esa fiesta, todo pasión y sentimiento.

***

He dicho que esta obra es originalísima.

De todo lo concerniente a nuestra hermosa fiesta se ha escrito y mentido pródigamente; la exaltación del torero, su vida, historia, dichos y hechos, en todos los rincones de su intimidad se ha huroneado para satisfacer la curiosidad del aficionado.

Hasta que el Dr. Vilar, llevado de su entusiasmo por nuestra grande fiesta e impelido por el mandato de su conciencia, ha compendiado en un tomo la íntima e inevitable relación de la Medicina con la Tauromaquia, nadie dió importancia a lo que la tiene tan primordial.

Médicos, toreros y aficionados oirán, deleitándose, estas CHARLAS MÉDICO-TAURINAS: los primeros por las sanas advertencias y las sabias enseñanzas que de ellas pueden obtener; los segundos por lo que les interesa defender su vida de manos inexpertas y censurables deficiencias, peligro más grave este que el que desafían en el ruedo; los últimos por lo que les ilustrará en cosa de la que no pasaban de en-

terarse del parte facultativo, redactado en forma oficinesca, ininteligible para los profanos en ciencia médica.

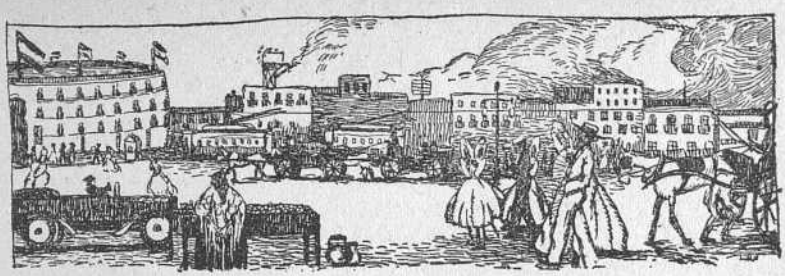
Ciertamente el Dr, Vilar, al encargarme la presentación de su meritísima obra al público. ha dado preferencia a la amistad en menoscabo del acierto y lucidez en el juicio de aquélla.

Charlando, charlando, he correspondido a la deferencia del amigo y a la gratitud al médico, exponiendo vagamente, arbitrariamente, el producto de sus aficiones y desvelos.

La crítica médica y taurina, la afición y la torería juzgarán estas CHARLAS—que yo titularía *Conferencias*, con ausencia de modestia, pero con presencia de veracidad — como obra de un intelecto privilegiado que tenía hueco designado en sitio preferente de toda biblioteca taurina y científica.

Perdonad mi pesada charla y leed las CHARLAS MÉDICO-TAURINAS que continúan.

AZARES



A manera de paseíllo

Leí un día, hará de esto algunos años, y escrito por no recuerdo quién, que todo hombre durante su paso más o menos largo por el mundo «debe plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro». Allá en un pueblecito de la plana de Vich, donde debuté como ser humano durante la temporada de 1879, quedan pruebas irrefutables de mis aptitudes de *arboricultor*. En el año de gracia de 1907 tomé *la alternativa* marital y mi éxito conyugal ha sido completo, pues cuento ya anotado el quinto retoño en mi hoja de servicios matrimoniales, como si dijéramos la *quinta ovación y oreja* en la Plaza *demográfica nacional*. Faltábame cumplir la condición tercera de la sentencia del para mi olvidado autor aludido en la cabecera de estas líneas.

Revueltas en el fondo de un baúl, inseparable compañero de mis tiempos de *novillero* (estudiante), tenía almacenadas, durmiendo eterno sueño, una porción de cuartillas emborronadas con asuntos tauró-maco-médicos, ya que mi afición al arte de Montes es tan antigua como a la ciencia de Hipócrates.

Al tomar *la alternativa* de médico, allí quedaron *enchiqueradas*, esperando inútilmente el día de la salida a la vindicta pública. Envalentonado por el *éxito* que han tenido mis desapasionados artículos publicados en *La Lidia* durante medio año y la buena acogida que les ha dispensado la *afición*. contando con el *permiso de la autoridad competente*. que en el caso presente es el público aficionado a la fiesta de los toros, y *si el tiempo no lo impide*, propóngome abrirles *el chiquero del libro*, para que tanto las Empresas como los toreros se den

cuenta del importante e indiscutible papel que desempeña el médico en la taurina fiesta, fustigando al mismo tiempo prejuicios anticuados que persisten en los circos taurinos por desidia y abulia de quienes más interesados deberían estar en su extirpación o alejamiento.

Requiero, pues, «las armas toricidas», que en esta ocasión son la estilográfica y el papel, y voy a dar a la estampa estas CHARLAS MÉDICO-TAURINAS (algunas de las cuales han *sido lidiadas* en el periódico citado), ilustradas por el artista del pincel D.Estanislao Romero (*Lao*), a fin de dar más amenidad a las mismas.

Resulta en los instantes actuales, en que Europa está engolfada en esa *vesánica* lucha que cubre de cadáveres medio continente, empresa poco menos que titánica y labor ciclópea editar un libro como el presente. El papel, como las subsistencias y los neófitos en el arte de *Joselito*, candidatos al *cuarto del hule*, por las nubes. A pesar de todo, voy a *librar* el presente libro con el fin pseudo-caritativo hacia esos toreros inmolados en los Templos taurinos (Plazas de Toros) víctimas de la desidia, marasmo, incuria, ambición, abulia o descuido en que tienen las dependencias médico-quirúrgicas de la inmensa mayoría de las Plazas de toros de España los desaprensivos cresos del negocio.

Aquel real personaje que *in articuli mortis* abolió la ley sálica y creó una escuela de tauromaquia en Sevilla, de la que salieron toreros de fama y renombre como Francisco Montes, olvidóse de crear un cuerpo de cirujanos adjuntos para asistir a los traumatizados; sin duda creyó que ya subsanarían este descuido los interesados, exigiendo la

presencia de quien les garantizara la vida cuando ésta se hallara comprometida por alguna cornada. Por desgracia y para mengua de este siglo *kultural*, estamos tocante a este punto como en los días de Fernando VII *El Deseado*, que es el personaje real a que me refiero al principio de este párrafo. Ninguno de los de arriba se preocupa de asunto tan interesante, y los de abajo conténtase con exclamar como *Espartero*: «Más cornás da el hambre».

Pasaron a los dominios de Clio aquellas civilizaciones primitiva , época de barbarie en que los gladiadores romanos, antecesores de nuestros toreros, salían al circo saludando al César con la frase de ritual: «Ave, César, morituri te salutan», para ser rematados luego como reses al caer heridos en la arena. Hoy precisa que estos toreros descendientes de aquellos gladiadores, al caer heridos en la Plaza, no sean rematados por falta de sacerdotes del arte de curar y material quirúrgico para que sea realizada la pronta y útil cura; se impone que se les rodee de todos los modernos auxilios que la ciencia de Esculapio y el arte de Hipócrates dispone. A este fin el galeno que suscribe edita el presente libro.

La Biblioteca taurina posee infinidad de folletos, obras voluminosas de amena, clásica y doctrinal literatura dedicada toda a los diferentes asuntos que ofrece al espectador la fiesta nacional; gran parte de esta literatura está encaminada a ensalzar a los artistas del toreo; entre tanto volumen a cual más interesante, no he hallado ni uno tan siquiera dedicado a la medicina moral y traumática del tauródromo, en el que sean tratados en una u otra forma los abusos y vicios médico-taurinos que en el mismo tienen lugar y en el que se apunten causas «etiológicas» productoras de traumatismos y crímenes de lesa cirugía cometidos en las Plazas de toros. Para llenar este hueco escribí este libro; si gusta, ovacionadlo; si, por el contrario, os aburre y resulta un *fenómeno cerebral*, especie de *aborto psíquico* de este galeno aficionado, *pitadlo y echadlo al corral*, perdonando al autor su buena intención.

DR. J. VILAR JIMENEZ

Barcelona, Agosto 1918.

EL CUARTO DEL HULE

El cuarto del hule

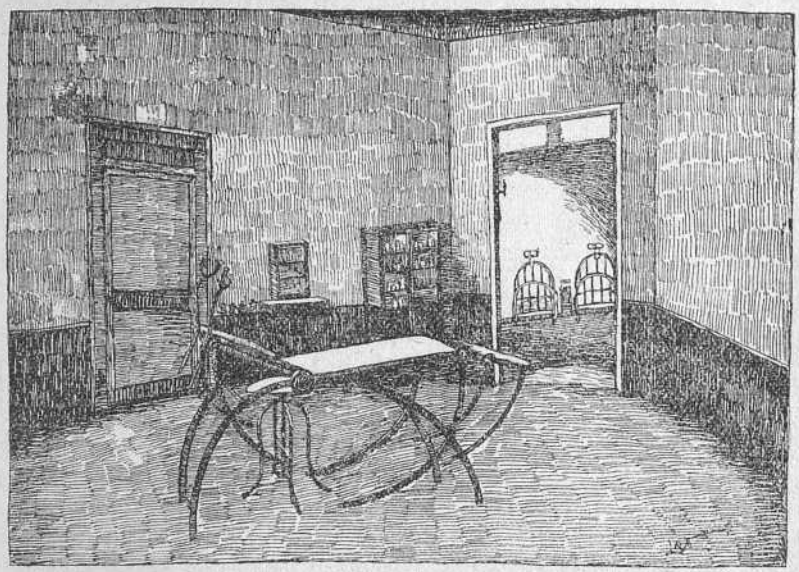
Este enunciado parece así, a primera vista, el título de una de esas amorales películas detectivescas. Nada de eso; con este nombre es conocida entre la gente del pelo trenzado la enfermería de la Plaza de Toros. Llámasela también *cuarto de reparaciones*. El primer nombre débeselo a que las mesas en donde eran tendidos los diestros heridos, al transportarlos de la *arena* a la enfermería, antes de conocerse *la asepsia y la antisepsia,* estaban tapizadas con esta substancia. El segundo a que se reparan en la enfermería los agujeros y desperfectos que en la piel, partes blandas y óseas han hecho los brutos astados.

Era antiguamente la enfermería del tauródromo (queda hoy, por desgracia, algún ejemplar, v. gr. Astorga) un cuarto sucio, viejo, lúgubre, lleno de polvo y telarañas, local oliendo a reumático; por todo mobiliario la supradicha mesa del hule, un armario desvencijado que servía para guardar el arsenal quirúrgico, consistente en *unas pinzas, tijeras agujas* (la inmensa mayoría de veces enmohecidas), *sedas, alguna venda, un paquete de gasa iodofórmica y algodón*, la tradicionla

venda de Esmarck y, las mejor surtidas, el anticuado *torniquete de Petit*. ¿Verdad que la descripción de una enfermería como la anterior, más que sitio donde se va a buscar la salud, a salvar la vida, parece una mansión de los tormentos que nos describen de la Inquisición? ¿Tiene que extrañarnos el que la lista fúnebre de los heridos en el redondel sea tan nutrida al ver que existen todavía enfermerías en estas condiciones? ¡Cuántos diestros fuera de combate! ¡Cuántos toreros o aspirantes han perdido la vida en los albores de su triunfo! ¡Cuántos quedaron mutilados en el alumbramiento de su fama o en el pródromo de su fortuna por deficiencias en el servicio sanitario o por falta de enfermería!

«Cuarto del hule» antiguo o mansión de los tormentos

¿Podría perdonarse al Estado Mayor de cualquiera de los ejércitos beligerantes de las naciones que hoy en encarnizada lucha tiñen en sangre los campos de Europa el que no llevara en



«Cuarto del hule» moderno, templo sagrado dedicado al culto de la Medicina...

sus retaguardias unas nutridas ambulancias de instrumental y curas que la cirugía moderna requiere? ¿Qué diríamos? Que van a la *débâcle,* a la ruina de sus héroes, a transformar Europa en un cementerio. Prueba de que no es así, es que gracias a la Medicina y a la Cirugía aquellas plagas conocidas con los nombres de *tétanos, septicemia, gangrena, podredumbre de Hospital,* etc., que segaban a Cuerpos de ejército casi por entero, han desaparecido gracias al pletórico material quirúrgico y sanitario; en una palabra, por poseer hasta el último adelanto científico en sus enfermerías.

Como un templo sagrado dedicado al culto de la Medicina y adonde acude el traumatizado en el redondel para implorar la curación a la divina Cirugía, será la enfer-

mería de los Tauródromos el mejor local de la Plaza, espacioso, limpio, higiénico, con luz abundante (natural y artificial), *hipertrofiado* su arsenal quirúrgico y servida por un médico-especialista (como si dijéramos *un as* de la Cirugía) en el arte de curar vulnerados, léase heridos. Constará de dos habitaciones: una destinada a sala de operaciones, o sea primer tercio de la asistencia al traumatizado, y otra habilitada para clínica, en donde habrá cuatro o seis camas (cuatro previene el Reglamento), adonde transportarán los heridos una vez curados; en la sala de operaciones habrá una moderna mesa de hierro y cristal, substituyendo a la prehistórica *mesa del hule; autoclave* para esterilizar *compresas, torundas, vendas*, etc.; para la ebullición y esterilización del agua habrá un aparato especial; *frascos de cloroformo*

Antes de la corrida: visita a la capilla de la plaza

y éter para anestesiar al herido si la cura ha de ser cruenta o laboriosa; *suero antitetánico* para inyectar al herido al ingresar en la enfermería; *suero artificial* en gran cantidad para los casos de hemorragias; *tubo de oxígeno comprimido;* una gran vitrina con un surtido completo de instrumentos quirúrgicos para poder practicar toda clase de intervenciones, desde la pequeña *sutura a la trepanación*, *laparatomía*, etc., pasando por la *ligadura* o *amputación*.

Tengo entendido (y no lo critico) que esa tontería de artista llamado *el Gallo* no torea si antes de empezar la lidia no ha entrado en la capilla de la Plaza. ¿Se le habrá ocurrido alguna vez entrar en la enfermería antes del paseíto para ver si está todo dispuesto para un caso desgraciado? Yo os veo responder que no le incumbe a él, ni está en condiciones de saber si el material científico es suficiente. Es que si así lo hiciera, serviría de estímulo y de ejemplo a los demás, y queriéndolo él, las Empresas no tendrían más remedio que preocuparse de estas tan descuidadas enfermerías en que, salvo raras excepciones (donde existan), sólo de tales tienen el nombre. Si esta pobre idea mía la hicieran suya los apellidados *ases del toreo*, Pastor, *Gallo*, Joselito y Belmonte, no duden que sería *la mejor faena realizada durante su vida torera.*

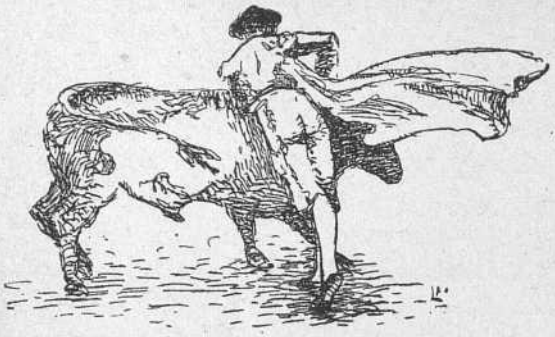
¡¡POBRE CARPIO!!

¡¡Pobre Carpio!!

TOREAR como Belmonte, quererle imitar, es tomar billete de ida a *Necrópolis*». Frase popularizada por el ex matador de toros Enrique Vargas, *Minuto*. «Al toro hay que quitárselo de delante; si no, es él quien nos quita», axioma taurino del gran *Lagartijo*.

Los hechos acaban de demostrarnos la triste verdad de las anteriores frases. El desgraciado Miguel Freg en la Plaza de Toros de Madrid (12 julio 1914); Silvetti en Valencia (22 junio 1916), si bien este mejicano pudo encontrar billete de vuelta gra-

Antonio Carpio † agosto 1916



Media verónica belmontina

cias a los esfuerzos de la ciencia médicua, nidos al arte de Esculapio, auxiliados por el nutrido material sanitario de la citada Plaza; Carpio en Astorga el 27 agosto de 1916. Billete de ida; no se pudo conseguir la vuelta. Nada de disquisiciones, fantasías y críticas del toreo del desgraciado Carpio.

No voy a discutir su arte, su valor, sus verónicas belmontinas, su personalidad más o menos definida. Sólo voy a ocuparme de Carpio como caso clínico, haciendo unas ligeras observaciones de técnica-quirúrgica aplicadas a la herida de la femoral sufrida por dicho diestro, recordando otra de igual calidad de Antonio de Dios *(Conejito)* en la Plaza de Toros Arenas de Barcelona en 1903, de la que fuí testigo, y que demuestra la necesidad de modernizar todos los tauródromos científicamente para evitar que diestros heridos en un vaso arterial mueran por hemorragia.

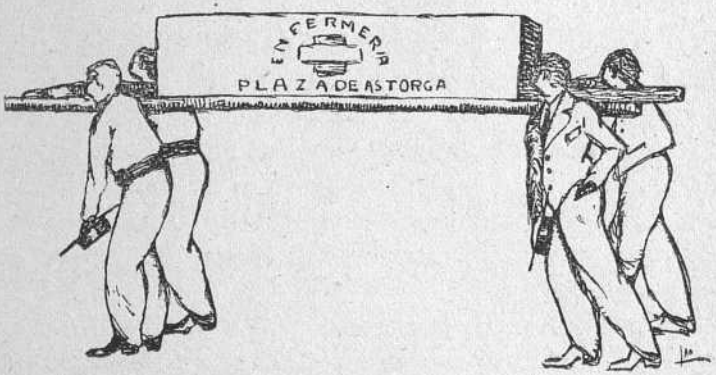
Leamos el parte que de Astorga transmitió la prensa:

«Antonio Carpio tiene una herida situada en la parte alta del muslo derecho de 15 a 20 centímetros de extensión, que interesa el tejido celular subcutáneo y ha desgarrado los músculos correspondientes.

Ha sufrido una hemorragia tan abundante, que los médicos temen haya sido lesionada la femoral.

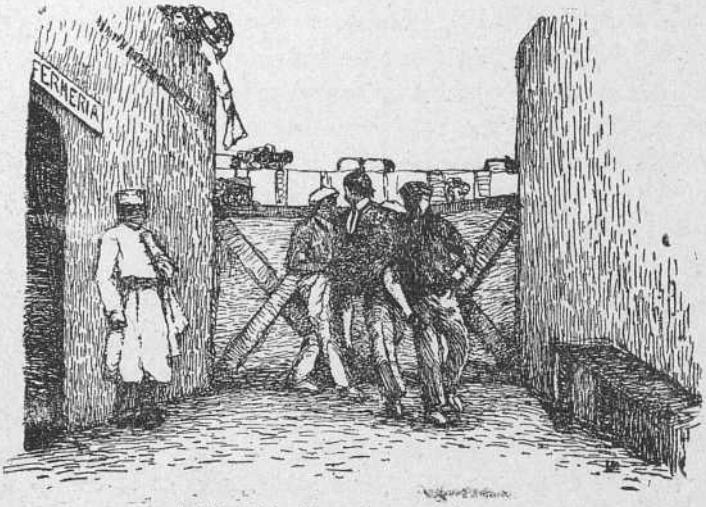
Por prescripción facultativa Carpio ha continuado en la enfermería de la Plaza porque su estado hace temer un desenlace fatal. De todos modos, el torero fué trasladado al Hospital.»

De la lectura del anterior telegrama se desprende que la Empresa de la Plaza de Toros de Astorga no se preocupó, ni pensó pudiera ocurrir un caso de cirugía de urgencia que requiriera tener en la enfermería de la Plaza gasas esterilizadas en abundancia para hacer un buen taponamiento de la herida al traumatizado Carpio, mientras un ayudante preparaba lo necesario para hacer la ligadura de la femoral; 3,000 o 4,000 gramos de suero fisiológico normal, para que no se quedaran estos dignos compañeros del que suscribe sin enfermo (como sucedió), a fin de reparar la sangre perdida; separadores, pinzas de Pean en abundancia, sedas, catguth, etc., etc. ¿Porqué no se ligó *ipso facto* la femoral? Y si el campo operatorio era insuficiente, como dice el parte, ya que de momento no se pudo apreciar si estaba rota la femoral, ¿por qué no se *desbridó* la herida? No me cabe la menor



Camino del hospital

duda; se encontraron imposibilitados de practicar esta pequeña intervención al desgraciado Carpio por no disponer del material sanitario apropiado al caso. Carpio, como *Conejito*, de no recibir la herida en una Plaza



Salida del herido en brazos de los monos

que no reunía la enfermería las garantías de material necesario y suficiente para la cura de un trauma de la importancia de la rotura de la arteria femoral, no pierde la vida por hemorragia; como médico afirmo que hoy en Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, un torero herido en una arteria de cualquier extremidad, superior o inferior, podrá morir de schock, septicemia, etc., pero de hemorragia, no.

Y vamos a comparar el caso clínico de *Conejito* con el anterior. Celebrábase en las Arenas de Barcelona la inauguración de la temporada el 12 de abril de 1903 con

seis toros de Surga para *Conejito*, *Machaquito* y *Morenito de Algeciras*. El cuarto de la tarde, al darle un ceñido pase de pecho, engancha al diestro por el muslo derecho. Por su pie llega hasta la barrera el herido, donde por efecto de la gran hemorragia, que baña toda la extremidad inferior, se desvanece y en brazos de los monos es conducido a la enfermería, donde estábamos preparados para recibir al diestro traumatizado. Y ahora, después de leer lo que se hizo con *Conejito* en 1903 y lo que por falta de arsenal quirúrgico y condiciones de local, etc. (como apuntaba al principio) no ha podido hacerse en 1916 con el desgraciado Carpio, júzguese.

1.° Taponamiento compresor con gasa esterilizada en el sitio traumatizado.

2.° Inyección de 3,000 gramos de suero artificial.

3.° Compresión digital en el arco crural.

4.° Ligadura de la femoral (que practicó con ligereza el eminente cirujano doctor Raventós).

Ligada ya la arteria, deja de sangrar la herida, la vida del enfermo está asegurada (por el momento); de hemorragia ya no se puede morir.

Por la noche celebran una consulta los tres *ases* del bisturí, Dr. Cardenal, Dr. Esquerdo y Dr. Raventós, acordando que si por la femoral profunda y sus colaterales se restablece la circulación, el diestro *Conejito* no sólo salva la vida, sí

Antonio de Dios, *Conejito*

que también el muslo. En esta lucha sale vencedora la Ciencia, y *Conejito* hoy, allá en Córdoba, recordará todavía aquella aciaga tarde en que un toro de Surga se le llevaba la vida en la punta de un asta.

En conclusión: que no trato de molestar a nadie con lo expuesto; sólo me animó a publicar estas dos comparaciones clínicas el deseo de que esta fiesta, por mí tan querida, se vea lo menos posible enlutada por casos de esta naturaleza, y ojalá pudiera Esculapio burlarse siempre de Tanatos, como en el caso relatado de *Conejito*.

EL MÉDICO EN EL TAURÓDROMO

El médico en el tauródromo

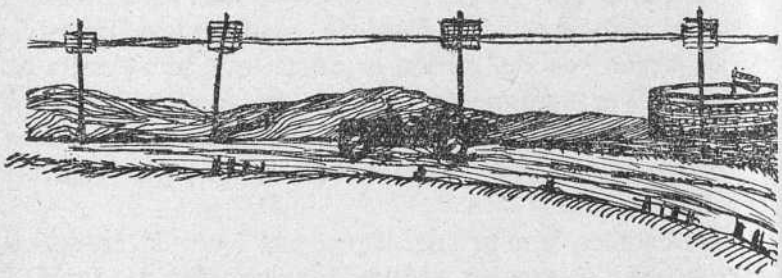
Cuando en el palenque del circo taurino se olvidan las reglas de torear, el toro (causa *etiológica* de los vulnerados en el redondel) hace necesaria la intervención del médico, arrancando a la muerte infinidad de víctimas inmoladas en aras de la fiesta nacional. En ese instante doloroso de la más bulliciosa y alegre de las fiestas es cuando vemos la importancia del médico en el tauródromo. Con su arte el cirujano y su ciencia el médico son factores insustituibles y, por lo tanto, precisos en toda fiesta en que se lidian reses más o menos bravas.

El papel que juega el médico en los cosos taurinos, restando números a la *Huesuda*, escudando a los caídos en la arena, es de tal importancia, que se necesita ser *miope* del entendimiento para no ver que de él depende la conservación de la vida o la no mutilación de un *miembro, órgano o función* que, a no ser por él, el diestro perdería.

La crónica fúnebre del toreo, esa historia macabra, tan surtida y variada en cogidas seguidas de muerte o mutilación, no estaría tan nutrida si siempre a la vera de

un émulo de Montes estuviera un discípulo de Galeno velando por los *traumatizados* en la plaza, pues de su pronta y eficaz intervención depende el éxito de la cura del herido. Corroboran estas afirmaciones los heridos de la temporada de 1916 (por desgracia muchos y de importancia sus *traumas);* Gracia y Malla en la Monumental de Barcelona los días 21 y 28 de mayo, respectivamente. Pacomio Peribáñez en Madrid el 18 de junio, etc., etc.

Esto me induce a sostener la tesis de que para encargarse de la cura de los heridos en la Plaza de Toros no basta ser médico, poseer el título de Licenciado en Medicina y Cirugía; precisa ser cirujano experto, ya que la gama de las cogidas da una serie tan variada de traumatismos, que sólo al cirujano especialista es dable intervenir con la suficiencia necesaria. ¿Queréis una prueba de mi afirmación?... Cae herido en el redondel de la Plaza de Morón el día 17 de septiembre de 1916 el simpático torero aragonés Florentino Ballesteros, con una cornada en la cavidad torácica y fractura de una costilla; es en la misma Plaza asistido; pero ved a su compañero Posada devorando kilómetros en un auto para llevar al lado



El diestro Posada en auto, en busca del especialista

del lesionado, lo antes posible, a dos *ases del bisturí* (especialistas).

¡Intelligenti pauca!

¿Qué duda cabe que hoy es necesario especializar al médico de los tauródromos? En todas las ciencias, artes y oficios vemos al especialista; ¿y vamos a dejar el tauródromo a manos del *Pandiatra* (médico general)?

Si hasta los *héroes* del redondel llegan al pináculo de la gloria porque cultivan una especialidad. Juan Belmonte *(El Fenómeno)* ¿no es un especialista de la media verónica y el pase natural? José Gómez *(El Papa)* ¿no es, a más de una enciclopedia del toreo, un especialista en sus inimitables e inconmensurables pares de rehiletes? Créese el especialista en curar cornadas o especialista en cirugía de urgencia en los tauródromos; esta cirugía que no admite demora, la exigente, la imperiosa cual ninguna, la de las grandes responsabilidades. Cirugía de urgencia, reducida antaño a la cura de cuatro *fracturas, reducción* de *luxaciones* y tal o cual *ligadura arterial.* Pero ogaño, a medida que avanza la Patología y Terapéutica quirúrgica y que gracias al «fenómeno» Pasteur con sus geniales descubrimientos e investigaciones, junto con los trabajos del «Papa» Lister, hemos aprendido que se infectan las heridas por esos microscópicos seres llamados *bacterias* que viven en el suelo, aire y agua; y que éstas (las heridas) sólo supuran si dejamos germinar en ellas a esos *bichos pregonados* (microbios), va más allá esta cirugía de urgencia; no tolera el *marasmo* (inacción); pide y exige que se resuelva inmediatamente y sin perder hora, minuto ni segundo los más intrincados y arduos conflictos quirúrgicos, precisos a curar *ipso fac-*

Salvador Sánchez, *Frascuelo*

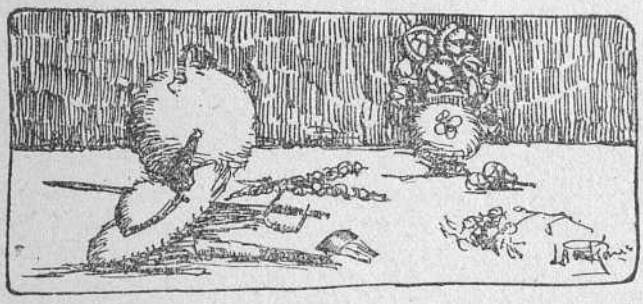
to cuando el asta ha perforado la *cavidad abdominal*, penetrado en la *torácica* o *fracturado* la *craneana*.

Brinda la civilización al torero todos los adelantos modernos del tren expreso y el 40-HP para salvar kilómetros y más kilómetros y sumar más contratas. Rodéase el diestro de todo el *confort* que esta vida le facilita. Junto a él en esta peregrinación anual por los cosos taurinos van auxiliares imprescindibles, ágiles peones y bravos y fuertes picadores. Exige a las empresas miles y miles de pesetas; toros de tal o cual ganadería, etc., etc. En su *vesania* de árbitro de la fiesta y acaparador de honores, olvídase de ese hombre científico que en un momento dado y en su peligrosa profesión puede y es el amo de su vida.

Me sorprende más esto al ver que hoy estos profesionales en la lidia de reses bravas son, moralmente considerados, el viceversa de los pasados; menos juerguistas, más cultos, más instruídos, menos analfabetos, más morigerados en sus costumbres. Media un abismo (medio siglo) entre aquel gran torero *Frascuelo*, que deslumbraba con sus áureos colgantes, habillado exóticamente, entrar montado en su jaca en el Café Imperial, derribando vela-

dores, para sorprender a la gente con su majeza y poca cultura, y este Belmonte, que se rodea y codea con los maestros de las letras, viste trajes corte inglés y lee en sus ociosidades *Sangre y arena* o *Los cuatro jinetes del Apocalipsis;* y, sin embargo, olvídanse de que el médico es su padre científico y a quien deberían venerar siempre. No aparten de su memoria, como final, aquel sabio aforismo hipocrático: «Vale más prevenir que curar»

¿Seguiremos permitiendo el 90 por 100 de corridas de toros huérfanas del médico especialista en curar cornadas? ¿Seguiremos con nuestra aclimatada estoicidad, casi espartana, presenciando cornadas a granel sin que estén los desgraciados que las reciben amparados por el médico especialista? ¡Oh, España! *Coxis de Europa*, como te llamó muy sabiamente el doctor Comenge.



UNA HECATOMBE
DEL PARADÓJICO RAFAEL EL GALLO
O DARWIN EN EL TENDIDO

Una hecatombe del paradójico Rafael el Gallo

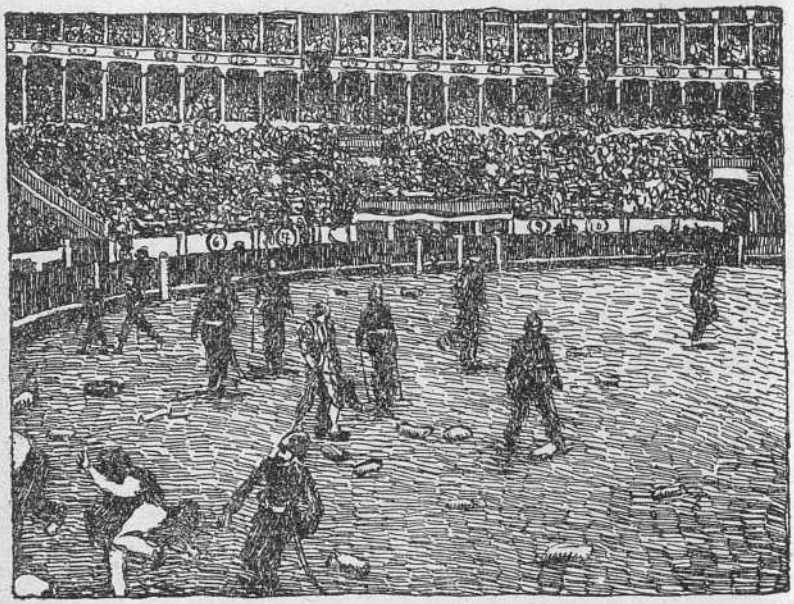
o Darwin en el tendido

En honor a la verdad, hasta los momentos actuales las teorías de la evolución introducidas en el mundo científico por el sabio naturalista inglés Darwin —nacido en la *rubia Albión* en 1809 y publicadas en 1859 en un libro titulado *Origen de las especies*, que revolucionó las sociedades naturalistas, y confirmadas en 1871 en su obra *La descendencia del hombre,* en todas las cuales dicho profesor sustentaba y creía probar que nuestros antepasados fueron unos *respetables simios,* conocidos en las aulas de Historia Natural con los *alias* de gorilas, chimpancés, orangutanes, etc.—muy poco, por no decir nada, me habían preocupado, al extremo de creer de buena fe que Darwin fué un sabio equivocado, pues veía que el hombre, al civilizarse, iba perfeccionándose y evolucionaba en el sentido de llegar al estado perfecto de la inteligencia, alejándolo tanto del hombre primitivo, que la selección natural o teoría darwinista era para mí una aberración del intelecto del naturalista inglés.

No ha mucho tiempo el ilustre periodista don José Francés, en un hermoso artículo que encabezaba con el nombre de *En busca del hombre futuro,* decía entre otras cosas: «...que la Humanidad, demasiado vieja, atraviesa una crisis fatal para la civilización. Se cumple en ella una regresión a los más feroces instintos. El hombre ha retrocedido hasta la bestia, y el porvenir que puede brotar de las tierras encharcadas de sangre y podridas de cadáveres, de las ciudades escombrosas y de los odios enloquecidos, no puede ser muy halagüeño.

. . . . . .»

Reseñando, al mismo tiempo, que el profesor neoyorquino Roberto S. Garner ha emprendido un viaje al



La fuerza pública protegiendo al *Gallo*, en Madrid, el 15 de abril de 1917

Africa virgen en busca del gorila y del chimpancé, de donde espera ha de surgir el hombre futuro.

El lunes, día 16 de abril de 1917, el periódico madrileño *A B C* publicaba la reseña de la corrida celebrada en dicha plaza el día anterior, y de la misma entresaco lo siguiente:

Rafael Gómez, *El Gallo*

«...El público, que se pasó la tarde reprochando la conducta del *Gallo*, acabó poniéndose en un plano de inferioridad desde el que no se puede reprochar nada. Perdió toda la razón que le asistía. *El Gallo* estuvo cobarde; el público estuvo más cobarde todavía. El público llamaba cobarde al *Gatlo* porque hería a traición a los toros, y este público se echó al ruedo y tiraba por la espalda almohadillas al torero cuando aun estaba ante el último toro completamente indefenso. Cobardía por cobardía, es más reprochable la del público. Intervino la fuerza armada.

. . . . . .

Los que se despojan de ellas (almohadillas) para revolcarse en el barro de los tendidos, bien están sin almohadillas; el lodo es su elemento.

. . . . . .»

Este hecho, para mí puramente *atávico*, de refinada animalidad, observado en la Plaza madrileña el día 15 de abril de 1917, me recuerda otro hermano gemelo de él, presenciado por el cronista en la temporada de 1899 en la antigua Plaza de la Barceloneta (Barcelona) y en que las víctimas fueron los dos hermanos *Bomba*, Emilio y Ricardo, más injustamente agredidos por la masa inconsciente que ahora el *Gallo*, y hánme hecho ver que las teorías del inglés Darwin y la busca del hombre futuro en las selvas africanas por el yanki Garner tienen justificación lógica en las Plazas de Toros cuando los ocupantes del tendido abdican de su personalidad de hombre civilizado.

Veía con satisfacción de aficionado sensato, *vacunado contra las filias y fobias* que invaden a las tres cuartas partes de los públicos, que los concurrentes a la bella fiesta española de los toros queríanle dar un mentís a Darwin y hacerle ver a Garner que su viaje era una excentricidad de naturalista yanki, entrando en la vereda de los públicos cultos y equilibrados que protestan con dignidad cuando empresarios o artistas toreros se burlan de él y que sólo alguna que otra tarde, como una flor exótica, un *morboso mental* cometería un hecho de la índole del que nos ocupa, y que por ser *un solitario,* como caso de *vesania*

El Gallo haciendo ensayos de anatomía taurina

individual y esporádico, no nos preocuparía. Para mengua del buen nombre de la afición española hay que reconocer que el espectáculo que el *Gallo* dió enla Plaza de Madrid fué épico; pero el que dió el público madrileño en tal fecha, como el que realizó el barcelonés en 1899, fueron monstruosos; por eso decía, y bien a pesar mío, que todavía anda *Darwin en el tendido* archivando datos para su famosa teoría.

En las elevadas regiones orgánicas, surcadas por las circunvoluciones cerebrales, reside la fragua de las ideas resguardadas por el estuche óseo conocido en anatomía con el nombre de cráneo, que no sólo sirve de adorno y remate al tronco, si que de laboratorio del sentido común, y que obliga al que quiere llevarlo con dignidad y altivez no abdicar de tal cualidad ni un segundo para demostrar a la faz de sus semejantes que por razón que tenga Darwin, nunca el aficionado sensato y culto llega a la agresión del torero a botellazos, almohadillazos o pedradas para protestar de las tomaduras de peloque a él le hace el artista una y otra tarde, pues si tal conducta realizara como en las tardes citadas, caería irremisiblemente en el terreno del inconsciente gorila o libre habitante de las selvas.

Sí, coaficionados de mis pecados; hay maneras más humanas y morales que el botellazo o la pedrea, que son

agentes vulnerantes para el diestro, a quien podéis convertir en siniestro con tales medios. Silbadle, gritadle hasta la afonía cuando su mala labor le haga merecedor de tal *ovación*; y si no se enmienda a pesar de estas ovaciones negativas, huid de la taquilla como si estuviera apestada el día que el artista merecedor de tales extremos vaya a trabajar.

Atentatorio a los más embrionarios derechos de humanidad es ver a esos obcecados encaramados en la grada del tendido arrojando objetos constantemente contra el torero que no satisface su *filia* o irrita su *fobia;* anestesiados morales, acreedores del más profundo desprecio de los que, más razonables y alejados de nuestros antepasados, presenciamos esas aberraciones del sentimiento que producen *las hecatombes del paradójico Rafael (el Gallo)*, que, sin pensar en la incultura que significan para quien las realiza, pueden ser causa de traumatismo a un semejante en el momento que expone *(es metáfora)* su vida al luchar con el toro.

Sonó en el reloj de la cultura nacional la hora que marca utópicamente el paso acelerado de *Darwin en el tendido*; hora que señala el momento en que el aficionado aleja de sí al hombre primitivo, para ejemplo de las generaciones futuras y restar armas a los detractores del espectáculo nacional, dejando sentado para siempre que es el *homo sapiens* que se sienta en el tendido y no el primativo o chimpancé; hora que demuestra que por algo ocupamos el número uno entre los vertebrados, somos bimanos y andamos en posición vertical.

PONOSIS SURMENAGE

JOSELITO-BELMONTE

Ponosis-Surmenage

Joselito - Belmonte

CRÉOME autorizado para afirmar que la fuerza física tiene un límite, salvado el cual invariablemente el fisiologismo orgánico cesa para caer en lo que todo el mundo conoce con el nombre de fatiga o cansancio, los médicos llamamos *ponosis* y los franceses *surmenage* o agotamiento. En todas las profesiones y oficios existen casos, y no aislados, sino muy frecuentes, de sujetos o individuos fuertes, sanos, robustos, pletóricos de vida, que, autosugestionados por su desarrollo orgánico, con *biceps, gemelos y glúteos* de atleta y *jaula torácica* que encierra buenos pulmones, con capacidad respiratoria perfecta, claudican por rebasar este límite fijo de resistencia orgánica.

José Gómez, *Joselito*

El arte de lidiar toros, *sport* nacional que requiere, a más de valor, pericia, agilidad y arte, es una de las profesiones que nos

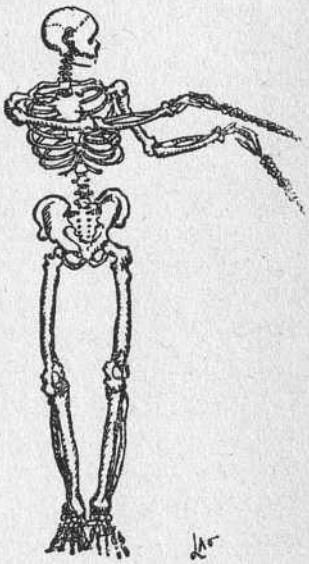
Juan Belmonte, *El Fenómeno*

va a servir de modelo para demostrar el *surmenage*.

Y vamos a fijarnos con preferencia en la pareja Joselito-Belmonte, los dos colosos de la tauromaquia que en 1916 han llegado al límite de las contratas, acaparando las ferias de toda la Península, toreándolas todas el primero y quedándose a la mitad el segundo por el percance de La Línea.

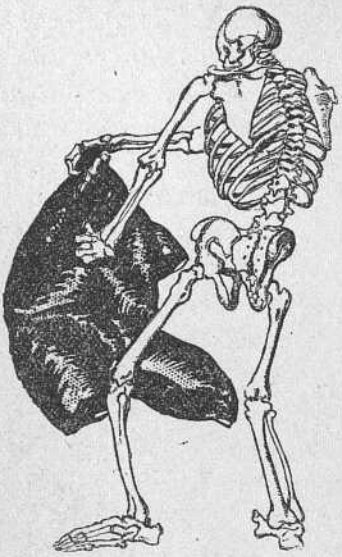
JOSELITO. — Con estatura elevada, lleno de juventud, desarrollo completo de sus músculos, esqueleto proporcionado, ha realizado como torero la proeza mayor que registran los anales del toreo; durante seis meses se ha pasado la vida en la Plaza de Toros, enfundado en el traje de luces y metido en el vagón de ferrocarril; el año 1915 toreó 102 corridas y en el 1916, 105; ha llegado a la meta de la carrera, de la contrata, de la resistencia física y de la sabiduría, pues burlar 105 tardes consecutivas a los toros sin tropiezo, es llegar a la obra cumbre de la tauromaquia. Cegado quizás por esta plétora de vida y juventud, abstraído por el armonioso sonido de las palmas y alabanzas que de todos los circos han repercutido en sus *acústicos*, no me cabe la menor duda de que si lee estas líneas se sonreirá y en su interior dirá: Ridículas exageraciones de un doctor; ¡consejos médicos a mí, el árbitro de los circos!

Belmonte. — Estatura más bien baja, joven, anormalidad de desarrollo esquelético, *cifótico* (curvadura anormal de la columna vertebral con proeminencia dorsal), constitución débil, enfermedad adquirida, que ya hízole estar apartado de los ruedos en 1913, en sus últimos tiempos de novillero, quédase, mediada la temporada de 1916, sin poder seguir toreando, más que por el percance ya aludido, por el agotamiento de sus fuerzas, pues no hay en Belmonte, torero de condiciones extraordinarias, el que enardece las multitudes con sus medias verónicas escalofriantes o el que con sus pases de pecho levanta a las masas como si una corriente eléctrica penetrara en sus medulas, pasta, o sea organismo, suficiente para estar enfundado en el traje de caireles la mayor parte de las tardes, purpúreo en sangre 103, 112 o 110 tardes consecutivas. Envalentonado, quizás, por sus clamorosas tardes de gloria en el coso táurico, pensará: este doctor, con esa palabrita *surmenage*, ¡ha claudicado!...



Maravilla en su especialidad

No, parejita de moda, artistas del circo taurino; lo que este *tres* o *malilla* de la Medicina quiere demostraros es que el ejercicio corporal a que vuestra profesión taurina os obliga es, sin duda, el más a propósito para estimular la vida orgánica y activar las funciones, aumentando su intensidad y equilibrio el organismo; pero



El Fenómeno veroniqueando

como todo en la vida, como la medalla, tiene anverso y reverso, pasado este límite que la lidia de toros os exige toreando cien corridas o más, a la fuerza tenéis que claudicar; los músculos, por acerados que sean, se negarán a contraerse; y entonces la *ponosis* llegará, el *surmenage* pisará el redondel de vuestro ser y os inferirá la cogida, que podéis evitar limitando el esfuerzo físico. Pensad que por ser los amos de las contratas, los reyes del toreo contemporáneo, os debéis, a más de a vosotros, a la afición, y que ésta desea que no lleguéis al agotamiento, que os conservéis, que alejéis de vuestro ser esa espada de Damocles apellidada *surmenage*, suspendida sobre vuestras cabezas, y no olvidéis nunca el consabido refrán: «*quien mucho abarca, poco aprieta.*»

Me contaba no hace mucho un amigo que estuvo en Burgos durante las ferias últimas, que en la fonda donde se aposentó llegaron un *mataor* de los que presumen y su cuadrilla, y cuál no sería su asombro al ver que en promiscuidad que haría reir hasta a las hoy momias de *Lagartijo* y *Frascuelo* llevaban en sus maletas, junto al estoque, «el frasco de kola», al lado de la puntilla «las gotas tónicas», envueltas en la muleta y capotes de brega «las drogas antigastrálgicas, anti-

neurasténicas, etc., etc.» ¿No os dice nada este curioso detalle?...

. . . . . .

. . . . . .

Ponosis-Surmenage. — (Joselito-Belmonte.)

Llegada a la fonda

CUERPO DE SANIDAD TAURINA

Cuerpo de Sanidad taurina

ASUSTA al más optimista ver cómo se suceden sin interrupción las muertes de toreros heridos en los circos taurinos por complicaciones en sus *traumatismos*, evitables, como en estas charlas venimos demostrando, sin que por ahora se haga nada para corregir tamaña desidia. *¿Quosque tandem abutere... patientia nostra?*

En la corrida de toros celebrada en Jaén el 19 octubre de 1916 el banderillero de Malla Angel Boronat, *Angelillo de Valencia*, fué cogido en el callejón por la res al saltar ésta en el mismo, infiriéndole una cornada en el muslo, de gravedad relativa, ya que el asta respetó los vasos y nervios importantes de la región. El 27 de octubre fallece en Madrid el admirable rehiletero *Angelillo* de *septicemia*. ¿Por qué razón? ¿Qué nos prueba esta complicación? Una vez más lo que sostenemos, que la cura de urgencia realizada en la citada Plaza andaluza no pudo practicarse como los cánones de la cirugía moderna imponen. ¿Por falta de arsenal *terapéutico-quirúrgico?* ¿Por carencia del médico especialista en curar cornadas?

Esta trágica muerte de *Angelillo* acaba de afirmarme

más en la idea de la creación de un Cuerpo de Sanidad taurina. ¿Visionario? ¿Desviado me llamaréis quizás? O como el pintor de Horacio *¿risum teneatis?* En lo primero puede llevéis la razón, ya que en nuestro país es casi axiomático que todo el que pretende salirse de la rutina, modernizando lo viejo, lo caduco, se le mira con el prisma de *la fobia, la neurastenia, la desviación.* Os aseguro de buena fe que en esta visión *pseudo febril,* producto de la *taurofilia médica* que ha hiperestesiado mi sistema nervioso, veo factible, realizable y práctica la idea de la creación de un Cuerpo de Sanidad taurina, que a tantos vulnerados arrancaría de las huesudas manos de la antipática doña Pelada. En lo segundo suprimid la risa, pues es cosa muy seria y que debe preocuparnos a todos el ver y releer día tras día cómo un tanto por ciento muy crecido de los caídos en el circo vénse en los primeros momentos deficientemente asistidos; estos instantes, que son los más apremiantes, los que deben preocupar más, ya que en ellos se discute la vida de un hombre, y la vida no tiene precio; se pueden perder las riquezas y los honores porque se pueden recuperar; la existencia, no; una vez perdida, es irrecuperable.

Angel Boronat, *Angelillo de Valencia*

Ricardo Torres, *Bombita*

¿Cómo y quién debe crear este Cuerpo de Sanidad taurina? Por concurso entre los cirujanos que al cultivo de esta especialidad se dedican, pudiendo hacerse que el Cuerpo constara de 150 o 200 individuos, repartidos en las capitales de provincia de toda la península ibérica, de tal manera, que pudieran salir de sus habituales residencias para asistir a las corridas que en su demarcación se les señalare con dietas apropiadas a su profesión y categoría. Debería crearlo o patrocinarlo... casi no me atrevo a proponerlo; pero como no me guía al escribir estas líneas más que la buena voluntad, junto con la espontaneidad, allá va... la Asociación de Toreros; sí, señores; esta filantrópica y benéfica institución, creada, con altruísmo nunca bastante admirado, por aquel gran torero Ricardo Torres *(Bombita)*. Como obra humana es susceptible de perfección, y yo con mi humilde proposición me atrevo a rogar a la Asociación de Toreros, al frente de la cual está hoy como Presidente el pundonoroso diestro apellidado Vicente Pastor y asesorada por el competente, perito y sabio especialista en esto de curar cornadas doctor Albéniz, que estudien el asunto y que no le echen el tupido velo de la indiferencia a esta para algunos original idea del que suscribe.

Una vez creado este Cuerpo de Sanidad taurina, podrían los toreros exigir la presencia en todas las corridas que se celebraran de un médico especialista a él perteneciente, y así estarían resguardadas sus vidas al ser traumatizados durante la lidia.

Como corolario: al salir el especialista a curar cornadas para la Plaza a la que fuere designado, podría llevar el instrumental quirúrgico necesario para los casos en que debiere entrar en funciones. En las Plazas donde por celebrarse pocas funciones taurinas durante el año es poco menos que imposible exigirles que sus enfermerías tengan todo el costoso arsenal quirúrgico que la ciencia requiere, verían solventado este grave inconveniente surtiéndoles la Asociación de todo lo necesario e imprescindible. No canso más sobre este tema y digo como el sabio maestro doctor Letamendi, gloria de la Medicina patria: «*¿Será el filo acerado de la lógica impotente contra la masa de la preocupación que inexorablemente vuelve a juntarse por detrás del instrumento que la cortó?*» El tiempo lo dirá.

Vicente Pastor

PUNTUALIZANDO (1)

Angelillo murió. Res-

(1) Velando por los fueros de la verdad histórica, a raíz de publicado el anterior artículo en *La Lidia*, *Baldomero* insertó en el mismo número la siguiente nota aclaratoria, que me complazco en copiar.

petemos su memoria dedicando un recuerdo al que cayó en su sitio al rudo golpe de la suerte aciaga.

Y cumplido este deber de humanidad, puntualicemos.

Son muchos, todos, me atreveré a decir, los periódicos de la Corte que en la información correspondiente a la segunda corrida de Jaén dijeron que *Angelillo*, como su compañero Malla (el hermano del matador contusionado esa tarde), fueron cogidos entre barreras. Yo, testigo presencial de lo ocurrido, afirmo, velando por los fueros de la verdad, que no es exacto.

El toro salió manso, y delante de los toriles, sin haberle toreado de capa, le tomó *Angelillo* a dos manos, pretendiendo colocarle en suerte; pero el bicho, segundo de la tarde, se arrancó bruscamente, empuntándole con el pitón izquierdo y soltándole por el derecho, tras zarandearle frente a los toriles y a la derecha de los caballos, que estaban casi juntos.

Todos los matadores hicieron el quite, pero el bicho salió suelto tras el hermano de Malla, que se confió al saltar la barrera, quedando montado en ella. El toro tropezó con un caballo, derribándole, el cual, al caer contra la barrera, le causó la contusión de que se habló.

Quizá por el desbarajuste que originó todo esto el público no se diera cuenta de la gravedad de *Angelillo*, que se levantó marchando por su pie hasta la división del sol —unos quince metros—, donde se notó herido, siendo conducido en brazos de las asistencias a la enfermería.

Testimonio de ello es el artículo del competente doctor Vilar, que insertamos, rectificándole, como a todos los demás, velando por los fueros de la verdad. Como testigo presencial,

BALDOMERO

DOS TARDES FÚNEBRES

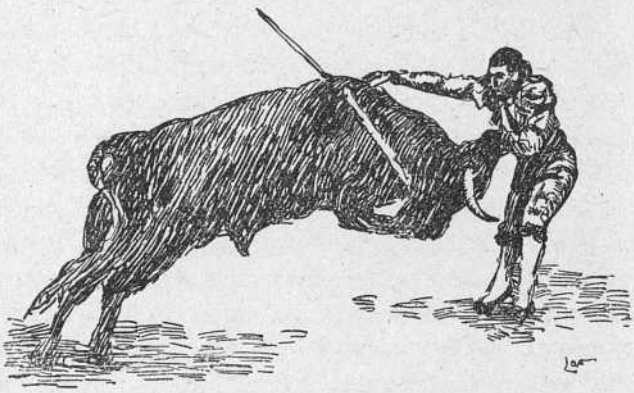
ESPARTERO - DOMINGUÍN

Dos tardes fúnebres

Espartero - Dominguín

PLETÓRICO el circo de mujeres ataviadas con la española mantilla de encaje, en pleno aire, saturado el coso por la alegría del vivir de la gente moza en mayoría, congestionados los rostros por el vital elemento sangre en tormentosa circulación, acelerada por la nerviosidad espectante ante las ansiadas proezas olímpicas del lidiador, en plena satisfacción el espíritu ante el goce de la vida, no empañado este marco todavía por la tragedia, y olvidadizo como el infante que sólo retiene lo que momentáneamente impresiona su retina, ve trocado en un instante por obra del toro este cuadro de vida, sol, flores, caras bellas, alegría y arena dorada, por el de congoja, ansiedad, tristeza, ayes, duda, sangre y arena roja.

Ha cambiado la película: aquel robusto y arrogante mozo vestido con áureos caireles y envuelto en sedas, en pleno triunfo de su carrera taurina, que alegraba con sus trabajos emocionantes el primer cuadro, ha sido transformado en *caso quirúrgico;* rota la taleguilla, tinta en sangre su ya purpúrea faja, que apenas puede sujetar ya las abdominales vísceras, perforadas por el asta homicida del amo del circo, es conducido en brazos de los monos y peones, mientras rueda como una pelota de la certera estocada hasta la bola el cornúpeto causante de la tragedia, al *cuarto del hule* donde los «lidiadores del bisturí» esperan ya con sus albos trajes para echarle el capote salvador; óyese el estridente y metálico sonido de *pinzas*, *escalpelos*, *sondas*, *tijeras* y *agujas* que en macabro baile danzaron hirviendo en los *esterilizadores,* mientras la febril, nerviosa, diligente y ya *aséptica* mano del practicante entrega al cirujano para la primera cura al traumatizado; una semi-asfixiante atmósfera de vapores etéreos y clorofórmicos flota



Una estocada de *Espartero*

Operando al herido

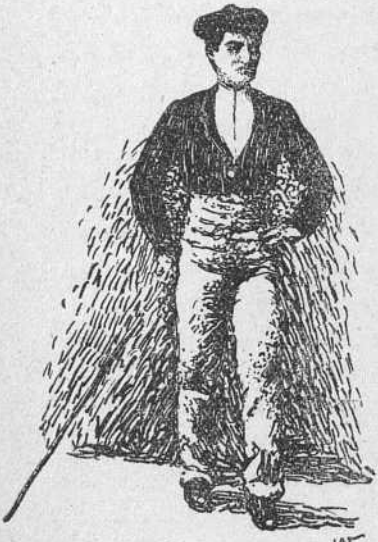
por la sala de operaciones, envolviendo el cuerpo del torero herido, que yace inmóvil en la fría mesa operatoria; salpican el suelo torundas y gasas esterilizadas empapadas en sangre, que los ayudantes tiran con agilidad después de esponjar las sangrantes heridas del torero, para que el galeno vea claramente el campo operatorio; «la faena resulta laboriosa», la cornada ha sido de caballo; vence en este pugilato científico la «Fea de la guadaña». Tanatos domina con su fúnebre cetro *el cuarto del hule;* Esculapio, rendido, inclina la cabeza sumiso ante la Ciencia, impotente en este caso... He ahí esbozada «la tarde fúnebre.»

La vida del hombre cuando es truncada en la plenitud de la fuerza, cuando cesa por un accidente fortuito, cuando es arrebatada por un traumatismo, cuando el que la pierde lo hace en los instantes críticos que la corona de la fama popular ciñe sus sienes por haberlo convertido en su *ídolo,* en *semidiós,* sienten estas multitudes «proletarias», de donde ha salido el ídolo, un espasmo tan intenso, que lo transmiten a las generaciones siguientes

con convulsión apocalíptica imborrable por la muerte del *semidiós*.

Dos de esas tardes que más han repercutido en la masa popular, durante el último tercio del siglo XIX, son la del 27 de mayo de 1894, que en la Plaza de toros de Madrid perdió la vida Manuel García *(Espartero)*, y la del 7 de octubre de 1900 en las Arenas de Barcelona, en la que dejó de existir Domingo del Campo *(Dominguín)*. Por la afición son de sobras conocidas y no puedo dejar de hacerles un hueco en estas CHARLAS MÉDICO-TAURINAS.

Con mi pobre pluma empañaría la soberbia descripción que con estilo propio y galanura florida relató el hecho de la cogida y muerte de *Espartero* el excelentísimo señor don Mariano de Cavia con el seudónimo de *Sobaquillo;* así es que resta muda mi insignificante estilográfica para no perder sílaba de lo que escribió el Cervantes de la literatura taurina...



Manuel García, *Espartero*

«Vestía el matador de verde y oro.

Brindó y se fué al miureño, que se hallaba «con todas las de la ley»: receloso, quedado, defendiéndose, y con la cabeza poco menos que entre las mismas manos.

El diestro empezó a trastearlo con precipitación y movimiento, pero de cerca y con valentía, dada la condición de la res. Doce pases con la derecha, alto y uno cambiado, precedieron a un pinchazo que el diestro soltó, con su

peculiar hormigueo al arrancar, pero entrando a herir con mucha valentía, y saliendo enganchado por la entrepierna, lanzado a gran altura y arrojado con fuerza al suelo.

La cuadrilla, con el Valencia en primer término, estuvo muy oportuna; Manuel se levantó, sin daño alguno, al parecer, y se dirigió de nuevo al animal con verdadero coraje, ¡coraje que le impidió hacerse cargo del peligroso estado de la res! Dió cinco pases más, y entrando a matar, frente al 1 y a la querencia de un caballo, con mucho corazón, pero sin dar salida al toro, dejó una gran estocada en el lado contrario y salió arrollado por el toro.

Quedóse en la misma cara, perdidas ya tal vez todas las facultades — según presumen los médicos — por la fortísima conmoción sufrida anteriormente, y antes de que hubiera posibilidad alguna de salvarle, el toro hizo por él de nuevo, le enganchó por la parte superior del vientre, debajo de la faja, lo volteó y lo despidió.

Al quedar en el suelo, el infeliz *Maoliyo* experimentó una tremenda contracción convulsiva que hizo juntarse las rodillas con la barba..... Le tiró la fiera otro derrote sin enganchar ni levantar la inmóvil figura del espada; se llevaron los toreros al bicho, alzaron del suelo a Manuel los monos sabios y le condujeron a la enfermería, rígidos ya sus miembros y con la lividez de la muerte en el semblante.

El funesto *Perdigón* cayó muerto a la vez que el matador salía del redondel expirante. La estocada había sido magnífica...

¡Magnífica! La mano tiembla y el corazón se estremece al escribir esa palabra llena de sangrienta ironía y siniestro sarcasmo.

* * *

Entró en la enfermería, no Manuel, sino su exánime cuerpo; se le desnudó, se vió que tenía encima del ombligo, en el hipogastrio, una gran cornada, una herida de cuatro centímetros de abertura; se intentó hacerle volver en sí por medio de la respiración artificial; el doctor Ortiz de la Torre le hizo una sangría, y el teniente cura de la parroquia del Pilar, don Manuel Nieras, le dió la Extremaunción... A las cinco y cinco minutos de la tarde expiraba Manuel García, sin haber llegado a recobrar el conocimiento.

Hé aquí el parte facultativo:

«Plaza de Toros de Madrid. — Enfermería. — Función del 27 de mayo de 1894. — El profesor de medicina y cirugía que suscribe, encar-

gado del servicio facultativo de la Plaza en el día de hoy, da parte al señor presidente que durante la lidia del primer toro ha sido conducido a esta enfermería el diestro Manuel García *(Espartero)* en un estado de profundo colapso.

»Reconocido detenidamente, resultó presentar una herida penetrante en la región hipogástrica con hernia visceral, una contusión en la región esternal y clavicular izquierda.

»Prestados los auxilios de la ciencia por el estado más alarmante, que era el de colapso, y reconocidos al cabo como ineficaces, se le administraron los últimos Sacramentos, falleciendo el herido a las cinco y cinco minutos y a los veinte de su ingreso en esta enfermería.

»El jefe del servicio, *Marcelino Fuertes.*»

Y mientras el tropel de amigos y admiradores de *Maoliyo* se agolpaba a la puerta de la enfermería, dando vivas muestras de dolor; mientras los compañeros del bravo lidiador entraban en aquel local, y después de saludar los yertos despojos de *Espartero* salían de nuevo a la Plaza enjugándose el llanto; mientras el cadáver de aquel hombre, lleno de brío, de vida y juventud minutos antes, yacía sobre el siniestro *hule* cubierto por una sábana y custodiado por dos parejas de orden público, que aguardaban la llegada del juez de guardia, la temperatura continuaba tan apacible, el público tan impávido, el presidente en su puesto y la función su curso.

Sí; la función *siguió.*

Pena y vergüenza da tener que consignarlo. Lo menos por humanidad, por piedad, por simple tributo de consideración a un torero... debía de haberse hecho en cuanto corrió por la Plaza la infausta nueva —que fué al lidiarse el segundo toro—suspender en el acto «la fiesta».

. . . . . .

Una ovación entusiasta... ¡y el cadáver de *Espartero* a cuatro pasos!

Táchenme de lo que se quiera, este increíble contraste me parece casi, casi tan siniestro y horrendo como la misma desgracia de Manuel García.»

Esto escribía el gran *Sobaquillo* a la muerte del valiente *Maoliyo* hace veintitrés años, si no padecemos «amnesia», y recordamos otra trágica muerte en la Plaza madrileña en 1914 — la de Miguel Freg — y

veremos que este contraste tan horrendo y siniestro de que nos habla *Sobaquillo* ha desaparecido ya de los cosos por humanidad y lógica razonada de los aficionados ante el cadáver del ídolo.

Domingo del Campo, *(Dominguín)*

Dominguín, en pleno apoteosis de su carrera taurina, había toreado con éxito aquella temporada una porción de corridas en Barcelona, logrando crearse un partido a «fuerza de arrimarse»; cuando pensaba y veía no lejana la tarde de consolidación en el circo madrileño, galardón ansiado por todo torero, vino la aciaga «tarde fúnebre», orlaron su cabeza los negros crespones conque cubrieron su cadáver en la marmórea mesa de operaciones la tarde del 7 de octubre de 1900.

El primero de los seis miureños que en el chiquero aguardaban fué el causante de la desgracia. Al romper plaza arremetió contra el picador de tanda *(Badila),* con tan mala fortuna para *Dominguín,* que, al tropezarse con él, no le dió tiempo ni para desplegar el capote para burlar el homicida hachazo que traidoramente el bicho le dió; exánime es llevado a la enfermería de las Arenas, modelo de *cuartos del hule,* a donde llega en pleno colapso; em-

piezan la cruenta cura que no pudo arrebatar de las huesudas garras de la Terrible, que presa había hecho del desgraciado torero, quien pasó al «no ser» a las ocho de la noche.

Irrisión de la fortuna, burla cruel de la vida... Mientras en estertores agónicos se contorsionaba el desnudo cuerpo de *Dominguín* en el helado cristal de la mesa de operaciones, seguía en el circo la corrida en no interrumpidas ovaciones al compañero *Algabeño*, que despachó la corrida. ¡Pobre *Dominguín*! Diste la primera «tarde fúnebre» en las Arenas de Barcelona! ¡Ojalá sea la última!

EL *CENTAURO DEL CASTOREÑO*

El *Centauro del Castoreño*

PASARON por estas cuartillas, más o menos disecadas, las figuras del *tablado taurino;* una restaba a la lista, no porque su papel sea insignificante, preste poca ayuda en la lidia de toros o pase en la penumbra su figura en el *anillo.* Todo lo contrario; es personaje de relieve, que se destaca con aureola de héroe cuando dignamente ocupa su puesto y cometido; o con ribetes de payaso cuando abdica de su prestigio y mixtifica su papel. Refiérome al *Centauro del Castoreño;* en otros términos: *el picador.*

Desflorando los olvidados secretos de la *Mari-Clío* del toreo en lo que hace referencia a la importancia de este lidiador a caballo, apellidado picador, al galeno taurófilo emborronador de cuartillas imposible seríale seguir sin *refrescar* un instante, glosando aunque a la ligera a aquellos fenómenos, casos prodigios, como queráis llamarlos, héroes de la puya, *Centauros del Castoreño, Napoleones* del toreo a caballo, que tuvieron por nombre Sevilla, Pinto, *Poquito-Pan, Charpa,* los Calderones, *Badila, Agujetas*, etc., caballistas ante todo, conocedores como el primero del toro y del toreo. Picaban

seis toros con el mismo caballo, midiendo contadas veces el suelo, y si levantaran la cabeza y vieran cómo se asesinan actualmente los solípedos, con esas puyas alanzadas y de palo fino para que no se encallezcan las manos de epidermis satinada (?) del *Centauro* actual (los hombres de muñecas de hierro y manos callosas fueron), *se volverían a sus lechos de piedra,* avergonzados ante sus herederos. No es de extrañar que fueran los menos castigados en este *sport* taurino y, por lo tanto, los que menos falta les hacía el cuarto del *hule*. Para mengua de los herederos de aquellos *Centauros* y descrédito de la fiesta nacional, en la actualidad la suerte de varas está en decadencia; ha dado el salto atrás, que la ha convertido de la más hermosa, viril y vistosa suerte del toreo en espectáculo poco menos que macábrico y repugnante, arsenal inagotable de traumatizados y liquidación de la raza caballar.

Un *Centauro del Castoreño*

Por efecto de esta ley natural e inmutable alrededor de cuya órbita giran sin interrupción los seres, haciendo que el hombre sea un esclavo del medio en que vive, vemos, para escarnio del *Centauro del Castoreño,* convertir la más grandiosa de las suertes del toreo v

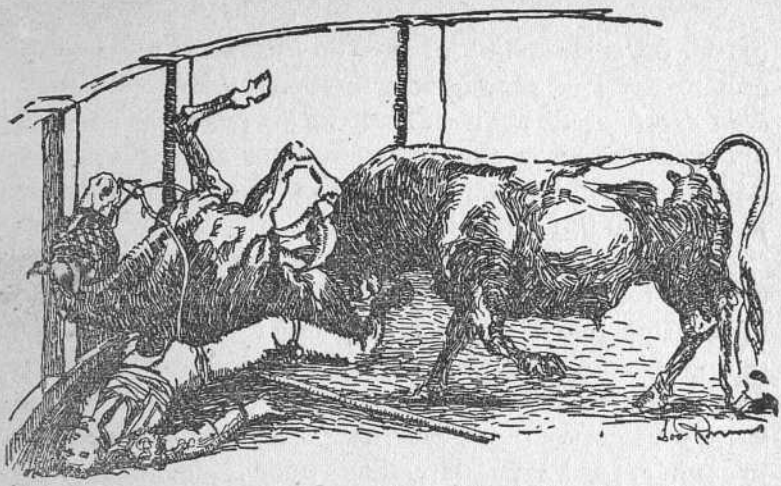
caballo, practicada como los cánones de la tauromaquia marca, en repugnante montón de estiércol, tripas y sangre por este picador especie de *pelele* montado, asesino de caballos y rajador de toros; si bien que en descargo suyo hemos de apuntar que algo de responsabilidad les alcanza a los *maestros* en este desbarajuste, pues en el último tercio, picando como hoy se estila, se encuentran con menos cantidad de fiera.

Dispensadme esta digresión, pequeño desahogo dado a mi espíritu de aficionado en loor de la taurina fiesta; inconscientemente, al correr de la pluma, apartéme de la ruta en que están inspirados estos escritos médico-taurinos, encaminados al solo y único fin de realzar la figura del galeno en el circo y su ineludible intervención en el espectáculo nacional, señalando deficiencias médicas y maneras de subsanarlas, velando por la eficaz asistencia de los traumatizados en la Plaza de Toros.

Por la forma como en la actualidad se ejecuta la suerte de varas, es el picador, de todos los actores que intervienen en la representación del *sainete, comedia o drama* (según los casos) titulado corrida de toros, el que lleva la peor parte en eso de los *trauma*. Monta, en general, un irrisorio (llamémosle para darle nombre) caballo, especie de esqueleto cubierto con una piel llena de alifafes, que a duras penas anda y es imposible distinguir a qué especie de animal pertenece. ¡En la cuadra de caballos querría ver los apuros que pasaría Linneo clasificando a tales pensionistas! Con este compañero no me extraña que *El Centauro del Castoreño* haya ido falsificando la suerte y que sólo procure *taparse* al caer y que sean muy frecuentes los *porrazos* que recibe durante la lidia, traducidos en *equimosis, contusiones, conmociones viscerales, fracturas* y con predilección las *humerales, femorales o claviculares.*

Manuel Calderón

Las heridas por asta de toro son en él poco frecuentes; protegidas las piernas por la *mona,* abandonando el caballo al toro en vez de sujetarlo con la puya, es muy difícil que el toro le coja; además, los capotes, prontos y rápidos, llévanse al toro en cuanto éste derriba; sólo contados picadores reciben heridas directas, son siempre por carambola, y entre las lesiones a que está más expuesto es la *conmoción cerebral.*



Caída de latiguillo

Al verificarse la suerte próxima a las tablas, en el 90 por 100 de casos al caer el caballista tiene que topar en ellas, ejerciendo las mismas de *agente vulnerante*.

El tributo de sangre que la humanidad ofrenda a todas las profesiones no podía saltar al *Centauro del Castoreño* sin hacerle tributario de tal gabela. No han sido sus traumatismos tan numerosos como los de los toreros a pie, pero sí lo bastantes para que nos ocupemos de ellos. A Manuel Calderón tócale el turno de figurar en estas crónicas en calidad de picador; era el cuarto de los hermanos Calderones, célebres picadores que florecieron a mediados del siglo XIX; figuraba en la cuadrilla de *Lagartijo el Grande,* fué el más flojo de los cuatro *Centauros del Castoreño* de Alcalá de Guadaira y halló Manuel la muerte en la Plaza de Toros de Aranjuez el 30 de mayo de 1891. El toro *Lumbero*, del duque de Veragua, toreado en primer lugar, de mucho poder, recargó sobre Cal-

derón, derribándolo, y al caer de *latiguillo* y echarle el caballo encima, recibió una fuerte *contusión* y *conmoción cerebral*, de la que falleció en las primeras horas del día siguiente en la misma enfermería de la Plaza, acabándose con él una dinastía de *Centauros del Castoreño* ante la cual hay que descubrirse.

De manera que, analizando lo antedicho, vemos que el arsenal terapéutico de la enfermería para la asistencia facultativa del *picador* deberá estar surtido con cantidad suficiente de *férulas, gotieras, vendas, escayola, enyesados, tablillas, planchas* recortables para los apósitos y vendajes que el cirujano necesite con urgencia practicar. ¡Ah! Y cuando menos unos kilogramos de hielo para evitar el homicida espectáculo de que carezca la enfermería de este *específico* de la *conmoción*.

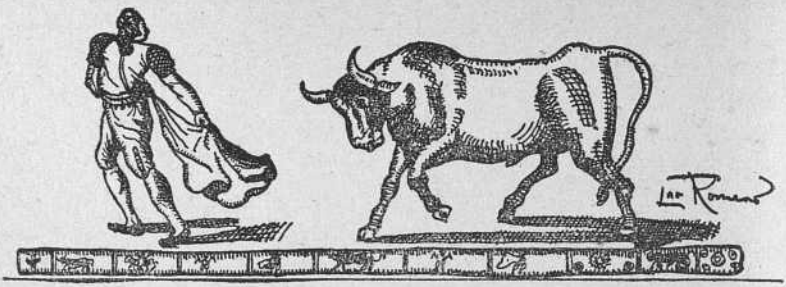
Se dan casos.

¿ORATE? LA VESANIA DEL DIESTRO

¿Orate? La vesania del diestro

BUCEANDO en los polvorientos papeles de la nutrida biblioteca del toreo, hallo innumerables casos de diestros en el arte de torear que en sus vastos *dominios cerebropolitanos* ha dejado de reinar, durante la lidia, el *sentido común* o *razón* para coger las riendas del estado *psíquico*, la anarquía, vulgo *vesania*, transformando al entonces *orate,* el toro, en caso quirúrgico por obra y gracia de su *frenopatía.* Gloria en el arte de *Costillares*, colosos de la tauromaquia han pagado este tributo de sangre debido a su locura razonada o momentánea en el ruedo.

No voy a referirme a este apagamiento teatral de la más noble facultad humana que se presenta de manera aparatosa, que el vulgo conoce con el nombre general de loco. Gracias a los estudios detallados de eminentes *frenópatas,* sabemos hoy que la locura ofrece diferentes formas, cada una de las cuales tiene una personalidad clínica bien definida y deslindada. Una de estas formas llamada *vesania razonada* o *accidental*, especie de perturbación mental que trasciende a la voluntad, ataca a los toreros en muchas ocasiones.



La razón estriba en el armónico funcionamiento mental; rota esa armonía, la razón pierde su cetro y no ejerce la fuerza reguladora sobre la voluntad; he ahí el acto *vesánico,* la locura, *el orate.*

Ebrio de la gloria que lo endiosa hasta la disfrenia, olvídase momentáneamente el diestro de que pelea con un irracional, ante el cual debe tener siempre dominio completo de todas sus facultades para luchar ventajosamente con el *cuadrumano bóvido.* Aguijoneado en múltiples ocasiones por eso que la afición llama vergüenza torera, veréis casos de vesania aguda o razonada y que han sido causa *sine qua non* de traumatismos de toreros que no han sabido sortear este pernicioso afán de gloria alcanzada a expensas de su vida y nunca premiada con el verdadero galardón de la popularidad y gloria que da el valor sereno y reglado sin menoscabo de la integridad de la *epidermis* y de la *psiquis.* Creo no admite discusión la verdad de lo apuntado y que un sin fin de cogidas seguidas de heridas leves, graves y mortales son debidas a estos actos vesánicos, delirio impulsivo o pérdida de la voluntad del diestro en el momento de la lucha enconada entre él y el toro durante los momentos culminantes de la lidia.

El torero, desde el instante que pisa el redondel, debe tener dominio completo de su voluntad, debe conservar el aplomo sereno y consciente del hombre sano, mentalmente hablando; que no huye al peligro, pero que no olvida que delante de él está en forma de irracional astado. No debe con sus imprudencias e impetuosidades exponerse a percances serios traducidos en cornadas, y no olvide que la afición le tendrá lástima si el bicho lo traumatiza, pero no le perdonará nunca que la aureola que pretendía conquistar con su arrojo temerario, vulgo disfrenia, era a expensas del verdadero saber y arte. En su paroxismo histérico, el diestro que así obra lo comparo al médico que en el ejercicio de su profesión, para dar muestras de valor ante las gentes, omitiera las reglas *profilácticas* que la Higiene le dicta para la visita a los enfermos infecciosos. ¿Qué calificativo merecería el galeno que así

La de los cabellos dorados

obrara? *Orate, vesánico,* víctima voluntaria inmolada a expensas de su locura temeraria al desposeerse de tal arma para luchar sin desventaja ante los apestados. ¿Qué diremos del torero que proceda en iguales circunstancias? *Orate, vesánico*, víctima o suicida voluntario, digno de compasión cuando su disfrenia lo lleva al traumatismo y de desprecio cuando por un azar de la fortuna sale en bien de su locura voluntaria.

Si como muestra basta un botón, y éste es de calidad reconocida, por ser astro de primera magnitud el torero botón de muestra de cual acto vesánico voy a hablar, creo bastará para convenceros de la veracidad de lo apuntado.

Aquel portento de sabiduría táurica que fué el ídolo popular durante la primera mitad del siglo XIX; aquel fenómeno entre los maestros en lidiar toros, reformador del toreo antiguo y creador del moderno, que nació en

Chiclana el día 13 de enero de 1805 y se apellidó Francisco Montes, *Paquiro,* es este botón de muestra de que os hablo para demostrar la *vesania del diestro.*

Acaeció el hecho en 21 de julio del año 1850 en la Plaza de Toros de Madrid y el toro causante de las heridas que sufrió el *coloso* se llamaba *Rumbón;* las heridas las recibió en la pierna izquierda y a reponerse de ellas se fué a su país natal, donde murió el 4 de abril de 1851.

En dicha corrida rompió plaza *Rumbón*, de la ganadería de Torre y Rauri, retinto obscuro y de gran romana; sólo tomó dos puyazos de refilón, por lo que fué condenado a fuego por su mansedumbre.

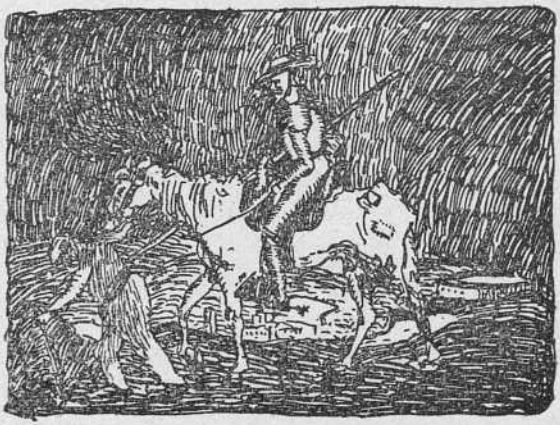
Con su buen criterio y *ojo clínico* envidiable diagnosticó Montes irrealizables sin percance grandes cosas con aquel manso para despacharlo; así trataba de dárselo a comprender al público, cuando desde un tendido una esbelta mujer de cabellos dorados, como él la soñara, irguiéndose con toda la voluptuosidad de sus contorneadas líneas, gritóle : «*¡Al toro!*».

Como si hubiese recibido una corriente oculta que le obligara a realizar lo que la voluntad y su buen criterio le vedaba, el más grande de los diestros que han pisado la arena se dirigió al manso, le encaró la muleta y al tercer pase es cogido por *Rumbón*, sacando el gran Montes de su *vesania* una herida en la articulación *fémoro-tibial.*

El caso cinematografiado es, pues, el de una *vesania parcial momentánea* en una inteligencia sana, impotente para contrarrestar los impulsos de una mujer irresistible y que, fatalmente, hiciéronle obrar en sentido inverso del de su voluntad y que su ciencia taurina le dictaban; esto es precisamente el acto *vesánico* de *Pa-*

quiro; mejor expresado «acto medular», impulsado por una causa externa—en este caso mujer—, haciendo que no ajustaran a tiempo los frenos cerebrales, evitando el acto impulsivo que hemos dado en llamar *vesánico*, porque en él no intervino la lógica razonada, residente en las localidades altas de nuestro organismo.

¿Servirá esto de ejemplo?... No sé... ¿Ciencia?... La España del siglo XX como la del XV. Siempre el caballero de la Triste Figura cabalgando sobre el esquelético *Rocinante*, ejemplar *equino* inapreciable para una Plaza de Toros.



LA FOBIA DEL DOCTOR

La fobia del Doctor

Hago esfuerzos titánicos para apartar de mis ojos esa visión macabra que ofrece—cuando repaso las víctimas del toreo—la lista de los innumerables diestros que dejaron *de ser*, más que por las heridas que en la lidia recibieron, por las pésimas condiciones de las enfermerías taurinas, el servicio a ellas adjunto y carencia de personal idóneo. No voy a decir nada nuevo, porque hasta la saciedad es sabido que antaño fué más crecido el número de víctimas en el redondel que ogaño, debido, precisamente, al poco valor que a dicha dependencia daban, acaso amparados en el desconocimiento que tenían de las teorías pasteurianas y carencia de las curas listerianas, al extremo de que diga que los que tales inhumanos absurdos permitieron debían ser *acéfalos* o tener la arquitectura cerebral en estado larvario, mejor dicho, *igorrótico*.

Podría citar varias Plazas de Toros en las que inclusive faltaba la enfermería. ¡Horror!... ¿Pruebas? En la corrida celebrada en León (Méjico) el 27 de agosto de últimos del siglo XIX o primeros del XX—no he podido hallar el año—el segundo toro de los que se lidiaban cogió al banderillero Arcadio Ramírez, infiriéndole una corna-

da doble que interesó el corazón y la cara, destrozándosela. Como en la Plaza *no había enfermería*, el infeliz herido fué transportado a casa del aficionado don Felipe Alatorre, donde se le administraron los Sacramentos, falleciendo al día siguiente.

Los que permitieron tamaña salvajada o crueldad no fueron habidos.

No se me diga como disculpa que esto pasó en Méjico, pues tamaño suceso, sea en Méjico, sea en la China, como en Cantalapiedra, debía castigarse con mano fuerte para escarmiento de empresarios e irreflexión de toreros.

Julio Aparici, *Fabrilo*

Seguid leyendo: «Valencia 27 de mayo de 1897. La cornada que en dicho día recibió *Fabrilo* es grande; penetra por el vértice del *triángulo de Escarpa,* sube ocho centímetros de abajo arriba, rasga la vena *femoral* tres dedos por debajo del *pliegue inguinal* y se dirige hacia adentro hasta la *fosa subpubiana.* El trayecto oblicuo de la herida, desde el *orificio cutáneo* hasta el punto de la sección venosa, ha facilitado la *hemostasia,* impidiendo la muerte por hemorragia.

Fabrilo quedó en la enfermería de la Plaza, donde hizo

testamento, siendo operado por el doctor Lloret, ayudado por otros médicos, entre los que se contaba el malogrado doctor Moliner, quien dictó lo necesario al presentarse el colapso.

Dicha *enfermería no reúne las condiciones:* falta luz y curas asépticas para un caso urgente. Ayer fué preciso recurrir al doctor Castell para que proporcionara una cura aséptica.»

¿Qué tal? Otro que sucumbe, quizá más que por la cornada, por la carencia del material necesario ante la gravedad del trauma recibido y condiciones del local.

Y vamos a otra víctima del redondel por mala enfermería o carencia de especialista en curar cornadas: «Esta mañana ha fallecido, a las cuatro, en el Hospital de la Santa Cruz, de Barcelona, el conocido matador de novillos Vicente García *(Chufero)*, a consecuencia de la herida que sufrió toreando en Zaragoza el día 28 del próximo pasado abril.

Al cambiar de rodillas al quinto toro, de Celestino Miguel, se retrasó *Chufero* en marcar la salida al bicho, siendo cogido y volteado aparatosamente, recibiendo una herida de ocho centímetros de profundidad en la región tibial anterior de la pierna izquierda que llega hasta el *ligamento interóseo,* con desgarro y magullamiento del *músculo tibial anterior,* pero sin lesionar la *arteria.*

Por la hemorragia que produjo la herida quedó muy débil Vicente, pero no fué calificada de grave la lesión, esperándose una pronta y radical cura. Pero parece que por *deficiencias de unos u otros*—¿Enfermería? ¿Material? ¿Médicos?—la herida no se cuidó como requería, presentándose la infección local y *septicemia* general, en vez de la pronta y radical cura, que era lo que debía suceder.»

Vicente García, *Chufero*

Trasladósele a Barcelona, y los galenos de aquí, ante la gravedad notoria de *Chufero*, creyeron inútil amputar la extremidad lesionada, que no debía salvar la vida al infortunado Vicente, nueva víctima de la incuria y abandono en que se tienen estas dependencias y falta de suficiencia del personal adjunto.

He ahí tres casos clínicos de diestros fallecidos que demuestran hasta la evidencia lo urgente, humano y lógico de que se legisle y ejecute *Statum* (al momento) lo referente a enfermerías y médicos del Tauródromo. El primero de los citados, Arcadio Ramírez, fallece en la casa de un aficionado por *no haber* ¡oh frescura de empresario y autoridades! *enfermería.*

El segundo, Julio Aparici *(Fabrilo)*, muere quizá por *la falta de curas asépticas* y malas condiciones de la enfermería.

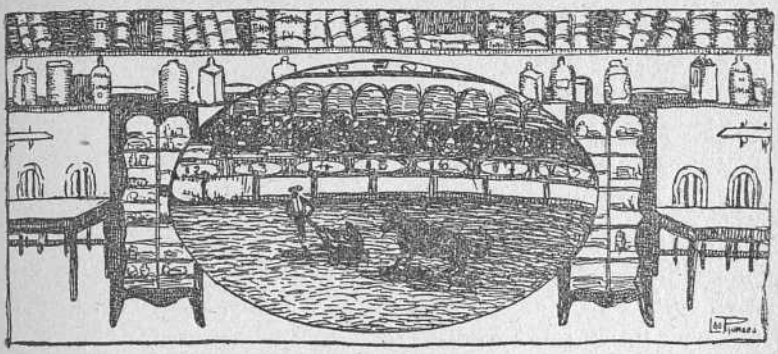
El tercero, Vicente García *(Chufero)*, deja de existir por *no hallarse presente* en aquellos instantes un *especialista en curar cornadas.*

Huroneando por la historia fúnebre del toreo encontré muchísimos casos de diestros traumatizados, con complicaciones graves, algunas seguidas de muerte o inutilidad, que encajan perfectamente en los tres *clisés* citados.

Es triste, cruel, lastimoso, que un toro quite la vida a un semejante cuando la herida es mortal *per se* o *per*

accidens que no está al alcance del médico evitar; nos conformamos ante la lógica del *son contratiempos del oficio;* pero cuando esta vida se pierde por mala asistencia facultativa, por falta de material aséptico y antiséptico, por ser malas las enfermerias, entonces se rebela nuestra conciencia de hombre ante la brutalidad criminosa o rifeña de tolerar el espectáculo nacional en Tauródromos sin las garantías científicas que requieren los modernos tratamientos operatorios... Queda, pues, justificada *la fobia del doctor.*

HIGIENICEMOS EL RUEDO



Higienicemos el ruedo

CIENTÍFICAMENTE, se entiende por higiene alejar, separar, destruir toda causa capaz de hacer salir al organismo de su estado fisiológico (salud) para ingresar en el ídem patológico (enfermedad). Aplicando tal concepto a lo que atañe al ruedo, vamos a ver, aunque sea de *refilón*, lo que es susceptible de higienizar en el Tauródromo. No voy a caer en el ridículo de pretender que se practiquen en las Plazas de Toros todas las reglas profilácticas que la higiene marca y el más escrupuloso de los higienistas exigiría; sólo pretendo en este capítulo, dedicado a la Diosa de la limpieza, hablar de la

higiene moral o social y material o práctica, tocante a tres o cuatro puntos de gran visualidad cuando se celebran las corridas.

Podemos llamar, sin temor de exagerados, a la arena o suelo del circo taurino *Paraíso de los microbios,* ya que en él, por efecto de los despojos de los caballos, cuando son corneados, dejan en el piso del anillo, a más de charcos sanguíneos (*excelente medio de cultivo de casi todas las especies microbianas*), detritus, excrementos, colgajos intestinales, lo cual, mezclado con la arena, ponen el suelo en condiciones las más favorables para que aniden en él toda esa serie de *bichos* que en el mundo *pauspérmico* llámanse *cocos, bacillus, staphilococos, streptococos,* etc., etc. El torero, al caer herido y ponerse en contacto con tan variado surtido microbiano de *todas las ganaderías* (*sueltas o asociadas*) de la *infección,* puede y es en múltiples casos pasto de tal *ganao*, y he ahí el *tétanos*, la *septicemia*, la *carbuncosis*, etc. Alejarse debe tal peligro y garantir al diestro herido de los peligros de la infección desinfectando todo lo posible la arena del circo, haciendo que los carricubas que riegan el redondel antes de la corrida y a mitad de la misma proyecten un líquido fuertemente antiséptico que bien podría ser una solución fuerte de *cloro, formol* o *sublimado.*

En sentido metafórico, los estorbos de la barrera son otro punto de higiene de los Tauródromos a los que debemos prestar atención, pues ellos han sido causa en múltiples casos de *hule*, pudiendo ser evitables, ya que la inmensa mayoría de los que permanecen entre barreras sirven únicamente para estorbar y entorpecer la lidia. Como prueba de lo antedicho léase la cogida y muerte

de Manuel Fuentes (*Bocanegra*) en la Plaza de Toros de Baeza el día 20 de junio de 1889. Al hacer un quite al cuarto novillo, apellidado «Hormigón», de Hernández, fué perseguido, y al pretender alcanzar un burladero, que, como de costumbre, se encontraba lleno de gente, no pudo meter más que medio cuerpo, tirándole el toro un derrote que le hirió en la ingle derecha, rasgando el cuerno hasta la cadera del mismo lado en una extensión de 40 centímetros, herida que le produjo la muerte al día siguiente.

Otro muerto más reciente por la misma causa es el hermano de *Limeño,* Manuel Gárate, en Santa Olalla, el 23 de agosto de 1916. Muchos más heridos por esta causa podríamos citar, tales como don Carlos Vázquez, representante de la Plaza de Huelva, en octubre de 1891; don Eduardo del Palacio (*Sentimientos*) en Madrid en 1899; José Rodríguez David (*Pepete*), el 13 de septiembre de 1899, en Fitero (Navarra); Juan Durán (*Pipa*), en Méjico, etc., etc. Debe, pues, el Presidente exigir, junto con los matadores, que sólo permanezca en el callejón y burladeros el personal indispensable para los servicios de la corrida, y aun a éste exigirle permanecer lo suficientemente distanciados unos de otros, para que en caso de apuro el torero al saltar la valla la encuentre libre de estorbos.

Mojar con saliva la punta del estoque *er mataó,* la de las banderillas los *chulos* y la de la puya los *picaores* es altamente antihigiénico, ridículo, soez (este es el mejor adjetivo) y rutinario. Que yo sepa, la saliva no contiene substancia grasa alguna capaz de facilitar el deslizamiento del acero en la piel del toro. Los dedos de los que están bregando me permito afirmar que no están

nada *asépticos;* en contacto continuo con los trastos de torear, llenos de arena, sangre, deyecciones, etc. Que sólo por rutina moja el matador el estoque lo veréis en cualquier corrida que prestéis atención; suena el clarín anunciando el tercer tercio de la lidia, coge el torero la muleta y estoque, apoya éste contra la barrera para curvarlo un poco hacia su extremidad inferior, inmediatamente dedos en la boca y mojadura salival de la punta del acero; si no fuera rutina, cuando tuviera que herir dos o más veces al toro para matarlo, no se olvidaría ni una sola vez de practicar la antihigiénica mojadura, y, sin embargo, veréis que por regla general, y en confirmación de lo que digo, sólo unta con saliva la punta del acero la primera vez. Desterrad esta perniciosa costumbre, matadores de toros, rehileteros y picadores, pues al hacerlo rendiréis pleitesía a la higiene.

A higiene moral y social pertenece el beso a los toreros que por vergüenza presenciamos en los Tauródromos. Cuando un ser de estos invertidos, con cara y contorsiones *simiescas*, sujeto *a desviación patológica* (como a tales hay que clasificarlos), apellidada *ismo* hacia el ídolo que acaba de realizar una *gran faena*, que, abdicando de su masculinidad, salta al redondel para abrazar y besar al torero, ¿no sentís asco? ¿No se os congestiona la cara, aficionados al más viril y masculino de los

Cambiando microbios en pleno redondel

Camálics cargando al ídolo

espectáculos, al presenciar sin protesta tamaña injuria a la moral y a la higiene? A la moral porque se vislumbra en lontananza el *proxenetismo* y a la higiene porque la misma condena el beso por reputarlo medio de contagio. ¿Prueba? Dice el sabio profesor doctor Cajal: «El beso, esa sublime conjunción de dos almas, de que los poetas nos hablan, no es otra cosa, para el bacteriólogo, que un cambio recíproco de microbios labiales.»

Otrosí de higiene social que urge remediar en las Plazas de Toros es el de llevarse a la calle en hombros al diestro que por tal o cual faena ha logrado entusiasmar a las masas, las cuales por obra y gracia de su inconsciencia transfórmanse en acémilas humanas en enconada competencia con los cuadrumanos, cargando en hombros al ídolo nimbado en aquellos instantes con la aureola de la *gran estocá* o *faena de la tarde*.

Astros o ases de la Tauromaquia, malillas o sietes de la baraja taurina, novilleros, *embriones* o maletas en

este hispano espectáculo, prestad atención a lo que os dice este Galeno que camela en estos menesteres: no cerréis vuestros ojos a la realidad de lo apuntado. Ya sé yo que la verdad a veces amarga. No dudéis que si prestáis atención a estas *prescripciones* la cultura os lo agradecerá y la higiene os lo premiará.

LA SUPERSTICIÓN DEL TORERO

La superstición del torero

Si no temiera caer en ridículo y ver contraídos vuestros *rictus* en burlona *facies*, os diría que desde Schopenhauer, el de la paradoja, a Noël, el de la *taurofobia*, es la superstición estigma de analfabetismo y atraso del país do mora la tal señora. Arraigada permanece en nuestro pueblo, excitable y meridional, al extremo de achacar a tal *dueña* actos los más absurdos y ridículos que la lógica condena y el sentido común abomina.

Artistas salidos en su mayoría de este asaz cándido pueblo, son los toreros, en general, terreno abonado para la infección supersticiosa; una vez atacados por tamaña bobería, les veréis cometer actos lo más inverosímiles y reñidos con la lógica; que si por haberse cruzado con un *cifótico* el bicho los va a coger; que si por tropezar con un *tuerto* les va a suceder algo; que si le han mentado la bicha y desde entonces no le ajustan tantas corridas; que el entierro que hizo parar el coche al ir a la plaza fué la causa de la cornada; que si un bizco le pidió limosna, etc., etc. Para sanear en lo posible a dichos artistas de tamaña injuria a la razón van estas líneas, que

en lo posible les demostrarán que ni el *cifótico*, ni el *ofidio*, ni el *estrábico,* ni el tuerto, ni el entierro, tienen nada que ver con sus malas tardes, sus contratas y sus cornadas.

Ya sé yo, y salta a la vista, que en pleno siglo xx esta ilógica razón de la sinrazón llamada superstición bajó bastantes grados en su columna termométrica y que hoy la gente que peina coleta va ahuyentando de sí estas aberraciones del intelecto para demostrar a los *taurófobos* que la cultura e ilustración ha escalado las modestas o lujosas moradas de nuestros *héroes del redondel.*

La superstición o creencia contraria a la razón ha tenido de tiempos remotos, y aun hoy, si bien en menor proporción, entre los toreros *creyentes incondicionales,* fanáticos a lo musulmán o irreductibles *enragé* que han hecho creer al vulgo que detrás o en el fuero interno de cada torero anida esa especie de *saprófito* de la incultura conocido por todo el mundo con el apellido de *superstición.* Por su arriesgada y peligrosa profesión, llena de casos fortuitos e imprevistos y, por lo tanto, innumerables veces inexplicables que durante la lidia de reses bravas se presentan, le han rendido los *astros* de la arena a esta falsa divinidad una pleitesía exagerada, haciéndola responsable, bien ilógicamente por cierto, de la mayoría de contratiempos, *alias* cornadas, sufridos en la arena y que les obligó a visitar *el cuarto del hule.*

En buena lógica se dice y es axiomático «que no hay efecto sin causa», de la misma manera que no existe «humo sin combustión», ni trueno sin rayo; por lo tanto, gastando un adarme de fósforo — el que lo tenga — vemos que la superstición mora fuera del cercado de la ra-

zón, y como no hay causa que la justifique, ni lógica que la abone, creer en ella sería negar la ley de los hechos lógicos y naturales, las leyes biológicas y las de sentido común.

A ella hanle dedicado párrafos de una elocuencia abrumadora artistas de la pluma, como Menéndez y Pelayo en su *Historia de los Heterodoxos Españoles,* y sabios médicos, como el doctor Comenge, en su *Generación y Crianza,* condenando y ridiculizando semejante bobería, propia sólo de cerebros abocetados, en período embrionario o de razas primitivas; pero como dice muy acertadamente el maestro de la pluma galénica, «quedan aún retoños frondosos en el magín popular...» «... siendo misión de todo aficionado a la higiene sanear los conceptos, segar la mala hierba de las preocupaciones...», es preciso que cada uno contribuya con el granito de arena de la ilustración y enseñanza para la construcción del inmenso edificio de la cultura nacional. Por ser los toreros en general aficionados al culto de esta deidad creo no desentonarán estos renglones poniendo en evidencia y a la vindicta pública esas falsas y absurdas creencias que los coletudos sustentan y miopemente adoran.

Me explico que se preste esta ciega atención a la superstición por la transmisión de fábulas en boca de las coplas populares de la gente crédula en extremo y de cultura africana; lo que no puedo comprender y me rebelo ante ello cuando—y me da vergüenza decirlo—la misma prensa, si bien inconsciente, hácese cómplice alimentando la incultura de estas inteligencias embrionarias con párrafos como el siguiente (24 abril 1917): *La calle del Carmen es fatídica para los toreros, pues en menos de un año han resultado heridos gravemente*

en la Plaza de Toros de Madrid tres diestros que viven en la citada vía, en la misma acera y pared por medio: Pacomio Peribáñez, Juan Silveti y Florentino Ballesteros. A pesar del respeto que me merece la desgracia, debo deciros que, sin querer, os transformáis en acólitos, encendiendo velas en el altar del Moloch de la superstición.

Innumerables son los casos que podría citar de toreros supersticiosos y lances cómicos o trágicos con esa tontería relacionados; dos voy a citar únicamente para demostrar la fe que a tal divinidad han prestado los toreros.

Manuel Fuentes *(Bocanegra)* dirigíase a torear a las ferias de Baeza; quiso la casualidad subiera en el departamento donde el espada viajaba un tuerto; desde aquel momento apoderóse del torero tal inquietud y zozobra, que al llegar a la población citada sus primeros pasos fueron encaminados a eludir el compromiso de torear, fingiéndose enfermo. Sobrepúsose el deber, la vergüenza torera o amonestación superior, y vistióse para torear la corrida; al llegar el peón de confianza junto al maestro y verle tan preocupado, preguntóle la causa.

Manuel Fuentes, *Bocanegra*

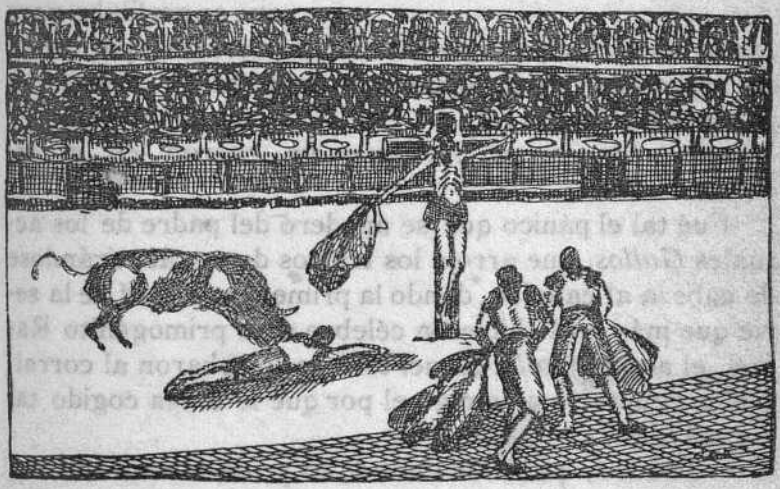
—*Er tuerto der tren. ¿Qué te paece la compaña?*

—Mala pata, maestro; mala pata.

Torearon la corrida sin novedad hasta llegar al cuarto bicho, que enganchó a *Bocanegra* al darle un natural, salvándole de un percance su fiel banderillero con un oportuno quite al irle a cornear el toro en el suelo, exclamando *Bocanegra:*

—*¡Er tuerto, er tuerto!*

Como recuerdo de tal accidente el desgraciado *Bocanegra* hizo pintar un ex voto, que es todo un Tratado de buena fe, candidez e interpretación, por don Serafín Martínez del Rincón, y que mandó al Santo Cristo del Calvario de Baeza (a pesar de las indagaciones que he practicado, dicho ex voto no se ha hallado en dicha población); representa la Plaza de Toros de Baeza, en medio de la cual está el Cristo con la diestra desclavada



Ex voto de la cogida de *Bocanegra*

Fernando Gómez *El Gallo*
(padre de los actuales *Gallos*)

y echándole una larga al toro en el momento de ir a recoger al señor Manuel del suelo. ¿Herejía?... ¿Superstición?... Incultura, analfabetismo.

Fernando Gómez *El Gallo*, padre del *divino calvo* y del Papa *Maravilla*, fué también un supersticioso, como lo prueba la anécdota que sigue:

En el momento que se perfilaba para matar un toro en una de las muchas corridas que toreó, un espectador ventrílocuo que ocupaba un asiento en primera fila le dijo:

— Si te acercas, te clavo un cuerno en el corazón.

Fué tal el pánico que se apoderó del padre de los actuales *Gallos*, que arrojó los trastos de matar, tirándose de cabeza al callejón, dando la primera *espantá* de la serie que más tarde hicieron célebre a su primogénito Rafael, el actual *Gallo*. Aquel toro se lo echaron al corral, y al preguntarle un amigo el por qué le había cogido tal horror, dijo:

—Poz ná; qu'el toro m'hablao y amenazao con clavarme er cuerno.

Queda demostrado que la superstición debe alejarse de vuestros seres, pues para nada influye en las tardes buenas o trágicas y sí sólo significa atraso, ignorancia, incultura, analfabetismo.

¡DURO Y A LA CABEZA!

DURO Y A LA CABEZA

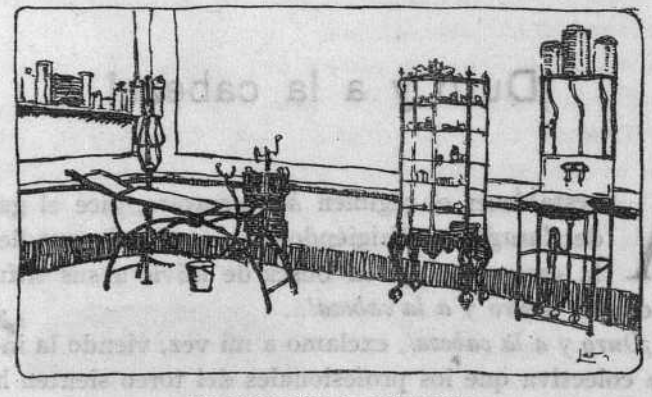
¡Duro y a la cabeza!

Al establecer el régimen *hidroteráipico*, dice el galeno de *Zaragüeta*, dirigiéndose al estudiante que llega a la casa solariega en busca de alivio a sus trifulcas ciudadanas: *¡Duro y a la cabeza!...*

...*¡Duro y a la cabeza!*, exclamo a mi vez, viendo la indiferencia colectiva que los profesionales del toreo sienten hacia un asunto de capital interés como debe ser para ellos el referente a las *Enfermerías*.

Sin poderlo remediar asocio esta indiferencia con aquel borracho crónico (pintoresco tipo de *Serafín el Pinturero*) que limitábase a poner R. I. P. debajo del letrero VENENO que con tierna solicitud había escrito su hija en las botellas de contenido espirituoso con el piadoso fin de que su progenitor se abstuviera de beberlo. Nuestros actuales astros, burgueses y proletarios del toreo hacen una cosa parecida respecto al letrero que un émulo de Velázquez ha pintado en una de las dependencias del Tauródromo. Leen *Enfermería* y ponen con su indiferencia debajo el mencionado letrero el R. I. P. del borracho, sin preocuparse de más, se lanzan al anillo tan tranquilos y al que el toro le dé la cornada, el galeno (si lo hay) que se la bendiga.

Urge sacudir este marasmo que asienta en vuestros organismos, hay que *perfilarse por derecho y, entrando en corto,* meter el estoque hasta la bola, acabar de una vez y sin *puntilla* con ese inlidiable bicho apodado indiferencia que ha *infectado* a todos: empresarios, diestros, autoridades y demás



Nuevo modelo de enfermería

que intervienen en la celebración de las corridas de toros. Con un poco de voluntad en los primeros, exigir los segundos (que demuestren en eso que son maestros en ello) e imponerse los terceros veríamos resuelto este problema importante de las *Enfermerías* en los cosos taurinos, haciendo desaparecer de los mismos y para siempre estos casos luctuosos de infelices seres humanos que fallecen por deficiencias en las mismas. Lo cual en pleno siglo xx constituye una vergüenza para quien no lo ha previsto o no lo ha evitado estando a su alcance.

Precisa al empezar una campaña una fuerte dosis de perseverancia para hacer frente a los inconvenientes que pueden surgir. La indiferencia con que han sido acogidos mis anteriores capítulos o artículos (digo esto de indiferencia porque ni un

solo diestro, ni de los de arriba ni de los de abajo, se ha molestado en dar el más pequeño síntoma de enterado) ha obrado en mí como poderoso excitante que me impide desmayar en asunto de tanta trascendencia. Por eso hoy, después de seis meses de mi primer capítulo, con más fe, con más coraje, si queréis, y aun corriendo el riesgo de hacerme pesado, *reitero* el tema del *Cuarto del hule.*

A raíz de la cogida y muerte del desgraciado torero José Claro *Pepete* en la Plaza de toros de Murcia, 7 Septiembre de 1910, levantóse esa polvareda que ciega de compasión y excita los ánimos para poner remedio al factor que intervino para producir la víctima. Repercuten todavía en nuestros oídos las lamentaciones jeremiacas que a raiz del suceso que refiero se levantaron en toda la nación.

Simulóse que se hacia algo para remediar la repetición de estos casos fúnebres y en las mismas o parecidas circunstancias repítense en la actualidad.

El noble propósito que animó a los que intentaron en aquella ocasión encontrar el remedio fué borrado por la pátina del tiempo, tan impresionable como olvidadizo. En conclusión, que unos

José Claro *Pepete III*

Luis Mazzantini

por otros la casa sin barrer, seguimos como antes, tolerando esa lamentable indiferencia de las enfermerías en el circo taurino.

La mayor preocupación de las cuadrillas al llegar a una población que va a celebrar sus corridas de feria es en los de a pie ver si entre el *ganao* apartado hay alguna res descarada de pitones y preocuparse por si en el sorteo llega a tocarles y en los de *aupa* ver si las puyas son buenas *lanzas*, y sobre todo al empresario de caballos en busca de propinas, etc., etc. Y nadie preocúpase si hay buena enfermería y médico apto.

¡Os compadezco, pobres ilusos!

Sírvaos de ejemplo la siguiente anécdota del «Rey del volapié», hoy D. Luis Mazzantini, de quien todos los toreros tienen algo que copiar y que leí hace algunos años, si mal no recuerdo, en *Blanco y Negro*.

Llega D. Luis con su cuadrilla a la capital de una provincia española la víspera de la corrida; iba a inaugurarse el coso taurino recién construído; el empresario apresuróse a llevarlo al flamante Templo de Tauro, enseñándole y haciéndole de *cicerone*... aquí la cuadra de caballos..., estas habitaciones para

el conserje..., magníficos corrales..., oficinas..., espléndido café... magnífico despacho, etc., etc.

— Perfectamente — dijo Mazzantini—, todo está muy bien y bonito, pero usted se ha olvidado de enseñarme la dependencia de más importancia de la Plaza: la *Enfermería.*

Estupefacción general en el empresario y acompañamiento; por fin uno se repone y dice:

— ¡Caramba, tiene usted razón! No habíamos caído en ello.

— ¡Ah! — añadió D. Luis. — ¿Conque no habían ustedes caído? Pues lo siento mucho, pero mi cuadrilla y yo nos volvemos a Madrid y nuestro regreso no tendrá lugar hasta que esta Plaza tenga *Enfermería.* Y como lo dijo lo cumplió, no siendo la inauguración de la misma hasta que ésta ostentó entre sus dependencias la indispensable Enfermería.

¿He dicho algo, toreros en activo? ¿Sirve la anécdota?.. ¿Sí?... Pues *¡Duro y a la cabeza!*

LA HOMEOPATIA Y CUCHARES

LA HOMEOPATIA Y OLVIDARIS

La homeopatía y Cúchares

No pretendo ofender a nadie; las chinas arrojadas en el tejado ajeno hacen como las procesiones, vuelven a donde han salido; se por experiencia que la vida tiene exigencias que el hombre no puede o no sabe rehuir, haciendo que individuos de criterio claro, reconocida fama y de talento poco común hablen al vulgo en necio para darle gusto. Hago este pequeño preámbulo a manera de aclaración al empezar este capítulo para que los que me leen — si es que tengo lectores — no den interpretación torcida al tema que encabeza estas líneas.

Hecho el *brindis*, voyme al toro y ciñéndome como los *güenos* empiezo *la faena*.

Francisco Arjona, *Cúchares*, fué un gran lidiador de toros que realizó sus proezas durante la mitad del siglo pasado; salido de aquella notable escuela sevillana de Tauromaquia cuyo director fué el célebre Romero, fué *gente* entre los de su época; a pesar de ser un hombre de ilustración escasa y cultura embrionaria, cuentan las crónicas, y a ellas *emplazo* si me hacen mentir, que dió una idea tan clara, detallada y *disecó* con tan aceradas palabras esa *charlotada-médica*, engañabobos y contentatontos conocida con el nombre de *Homeopatía* con vistas al charlatanismo científico, que sin poderlo remediar y

sugestionado por la idea de poner *un punto* sobre una *i*, no he podido apartar de mí la tentación de hilvanar estas líneas juntando el nombre de este famoso torero con el de este hijo malo de la Medicina *Homeopatía-Cúchares*.

Francisco Arjona *Cúchares*

Así de sopetón y sin preparación alguna a risa movería el titulito; utópico lo llamarán algunos y los más lo calificarán con adjetivos más duros; no importa; cuando se va al baile hay que danzar, o, en otras palabras más toreras, cuando se está ante el toro hay que torear.

Mezclar el nombre *Cúchares* con el de la especialidad homeopática, en competencia con el *dat medicinae salutem*, en realidad poca afinidad, por no decir ninguna hallaríamos, ya que al arte clásico de la *media verónica* y *el pase natural* le importará un comino el que haya enfermos, toreros o no, que se hagan la ilusión de curar sus enfermedades con la *píldora microscópica*, que viene a ser así como pretender matar un Palha de 40 arrobas dándole *estocadas en el coxis* (a) *rabo*.

Atrévome a hacer esta promiscuación, especie de pecado venial, por dos causas lógicas que encajan perfectamente en este libro por la índole de los asuntos pseudo-científicos con

vistas a la Taurofilia que en el mismo se van tratando y que poco a poco van saliendo como las estrofas del soneto de Violante. Motiva la primera causa el querer poner más de relieve el que médico y torero han estado desde tiempos lejanos en contacto, uno junto a otro, escuchando éste de aquél los consejos médico-quirúrgicos tan necesarios a su profesión y aquél de éste para gozar de sus charlas pintorescas y en el ruedo del arte de los *Pepehillo*, Romero, *Cúchares*, *Tato*, *Lagartijo*, *Guerra* y *Joselito*. La segunda para dar una sencilla idea de la *homeopatía* por boca de *Cúchares*. No es, pues, una monstruosidad, a mi ver, el que un galeno revuelva en mezcolanza más o menos científica y agradable la Medicina y sus especialidades y los toros y sus héroes.

Hahnemann ha sido el padre de esta criatura que deambula con el nombre de Homeopatía. Para este señor la acción de las substancias empleadas como medicamentos estaría en razón inversa de su cantidad, y dividiendo y subdividiendo estos medicamentos, triturándolos o imprimiéndoles ciertos sacudimientos, locamente creía que aumentaban su energía.

Tomaba un átomo de una substancia, atenuábala con azúcar de leche, la dividía en 100 partes de las que atenuaba una; a su vez, esta última la dividía en otras cien; y así sucesivamente hasta llegar a la *novendecillonésima* parte de substancia que tiene una energía en proporción inversa a su cantidad.

La preparación homeopática de medicamentos no es otra cosa que la magnetización de la materia, desarrollando en ella propiedades ocultas donde la cantidad de la substancia nada significa, consistiendo todo lo bueno del medicamento en el *encanto* y *hechizo* de la operación.

Como veis, me sobra razón, leído lo antedicho, de afirmar con el Dr. Espina y Capo que la Homeopatía, mejor dicho,

la posología homeopática, es la obra de un desvergonzado charlatán o la concepción de un vesánico.

Y vamos al asunto objeto del título de estas líneas. Los cenáculos sevillanos, vulgo tabernas, modernamente conocidas con el nombre de Bar o Pasaje, han servido de tiempos

La tasca que sirvió de cátedra a *Cúchares* para explicar la Homeopatía

remotos de sitios de reunión o peñas donde han ido a tertuliar aficionados y toreros de todas categorías. En la época a que me refiero existía uno de estos *Refectoriums* en el barrio de Triana, donde acudía con asiduidad nuestro actor *Cúchares* y su cuadrilla, juntándose con ellos varios amigos entre los que se contaban dos galenos admiradores del *mataor* y *su arte*. Quiso la casualidad que en una de estas sesiones terciara la conversación sobre medicina-homeopática, mientras se hacía honor a una *ronda de chatos* de manzanilla; sintióse orador uno de mis colegas y dióles una explicación detallada de lo que era tal sistema médico y su concepto; al terminar

su peroración uno de los picadores de Arjona, hombre rudo, de escasa comprensión y primitiva cultura, dijo:

—*Dortó, a decí verdad no entendí ni jota.*

Cúchares, ni corto ni perezoso, contestó:

—*¿Vé ese chato e manzanilla? Lo coge, te sube ar puente e Triana, lo echas ar Guadarquiví y te vá a San Luca e Barramea a tomá una cuchará er líquio.*

España, eterno país de la paradoja; un torero dando lecciones de sentido común y lógica.

¡Si non e vero e ben trobato!

TRAUMA POR ASTA DE TORO

Trauma por asta de toro

No pretendo buscar, ni tengo prestigios de cirujano; mis hábitos de escritor están poco menos que en los albores del *maletismo*. Dedícome a este *sport* taurófilo-médico por altruismo científico y lástima al vulnerado en el templo de Tauro.

En plena *gestación taurina*, que acaba de pasar, y durante la *racha* de cogidas gravísimas que recibieron Gracia, Malla, Madrid, Peribáñez y Silveti, la suspicacia popular trató de exageraciones galénicas los *pronósticos* de tales traumatismos; se oía por doquier *a coram populi* que los médicos *hinchaban* el primer parte para darse pisto. En esta ocasión el Dr. Albéniz, médico peritísimo, de ilustración y cultura poco común y hábil cirujano con experiencia y autoridad científica que no poseo (no me dedico a esta especialidad), publicó un notable artículo en *El Imparcial* titulado «Las heridas por asta de toro»; como creo interesará a la afición voy a darme el gusto de quebrar una puya hablando de *trauma por asta de toro*.

Hállase el torero en el ruedo en la doble situación de héroe de la fiesta, candidato al *solio papal de la tauromaquia* y futuro *caso quirúrgico* por obra y gracia del pitón de la res; ani-

mal protagonista de la tragedia cuando el asta hiere los tejidos del lidiador.

Esa indiferencia estoica con que los toreros acogen todo lo que se refiere a los asuntos médico-quirúrgico taurinos es como *sablazo dado en los bajos de la Medicina o dardo* que se clava en *el miocardio de sus sacerdotes*. Piensen que si en el redondel el capote de un *Blanquet* o Sánchez Mejía les ahuyenta la cogida, una vez ésta recibida, *en el cuarto del hule* el doctor especialista, manejando hábilmente *un escalpelo*, les hace *el quite vital*.

Radica la vida en lo que Bichat llamó *trígono vital*; *bulbo* (sitio del descabello en los animales), *miocardio* (corazón) y *pulmones*; de manera que para toda *herida* en estos tres órganos no hay *quite* posible.

El pitón del toro obra como arma contundente penetrando en los tejidos, no como el acerado filo de un estoque, florete, navaja, etc., sino como un cono que se introduce separando los mismos, como el dedo del cirujano que avanza sin cortar, disecando obtusamente; por esto las heridas (a mi manera de ver) por asta de toro serán distintas según esté *encornado*. El *astifino* hiere perforando, dilacerando lo menos posible y picando los vasos si éstos no resbalan al ser el diestro herido. El *astillado* hiere desgarrando, destrozando y dejando las partes blandas con grandes colgajos. El *mogón* hiere produciendo magullamiento o contusión. De manera que la gran característica, quizás la más importante de todas estas heridas, es la contusión.

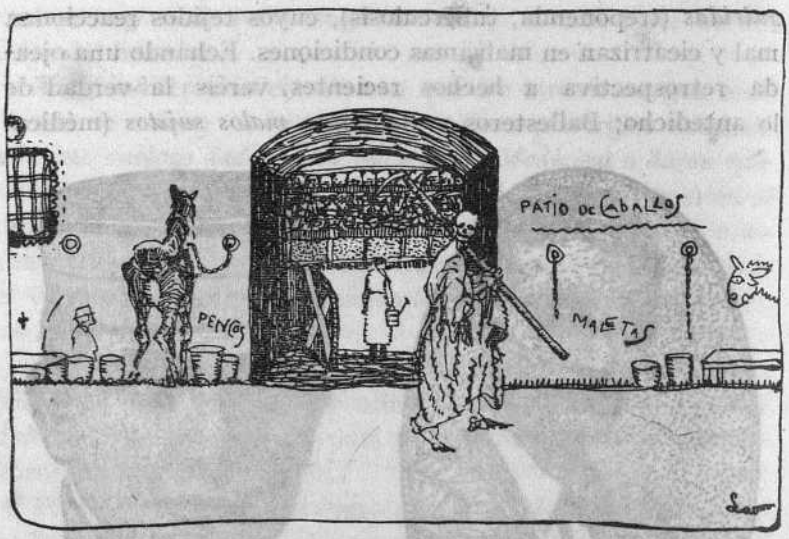
Producidos estos *traumas* en sujetos en la plenitud de la vida, organismos que no están depauperados, que rinden culto a la Higiene y *sports*, resulta que tienen un 50 por 100 de ventaja a los que han pasado de la edad juvenil: agotados que padecen enfermedades *discrásicas* (diabetes) *esenciales* o *ad-*

quiridas (treponemia, tuberculosis), cuyos tejidos reaccionan mal y cicatrizan en malísimas condiciones. Echando una ojeada retrospectiva a hechos recientes, veréis la verdad de lo antedicho; Ballesteros y Belmonte *malos sujetos* (médica-

Florentino Ballesteros

Juan Belmonte

mente hablando), de constitución débil, con hábito exterior de *prefímico* el primero, complícasele la herida sufrida en la Plaza de Morón el 18 de Septiembre, apareciendo la *pleuresía*, que obliga a los cirujanos a practicarle dos o tres punciones pleuríticas para extraer el pus coleccionado en tal cavidad, siendo insuficiente este apropiado tratamiento, al extremo de tenérsele que practicar la *resección de una costilla*. El segundo, *luético*, un ligero puntazo recibido en el muslo toreando en La Línea, cicatriza mal y oblígale a estar apartado de



La Vieja de la Guadaña

las lides taurinas media temporada. En cambio, los diestros citados al principio del escrito, *buenos sujetos*, robustos, músculos atléticos, sin enfermedades anteriores, con sus *cornadas de caballo* (como en el argot taurino se llaman), en quince días *al avío*.

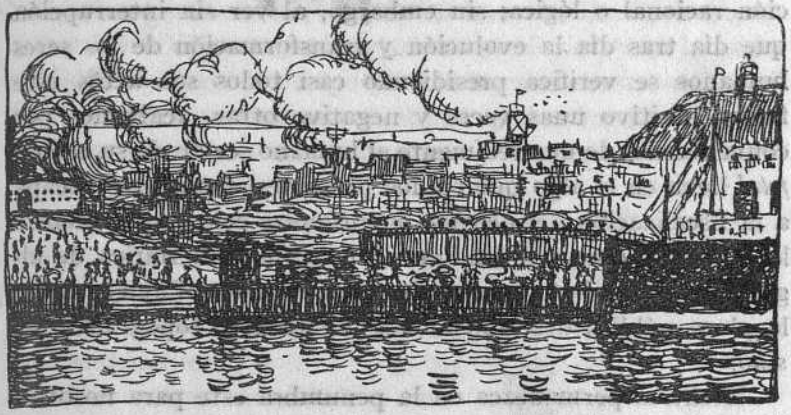
Había pasta.

La infección de estas heridas es escasa, si se acude pronto, por el arrastre mecánico que produce la hemorragia. Súmase otro factor de importancia a favor de los vulnerados en el ruedo; la rapidez en la asistencia médica en las Plazas de Toros (siempre que no sea tomando por modelo las Plazas de Astorga, La Coruña, Jaén, *et sic de coeteris)*; desde el instante de la cogida a la primera cura median escasamente cinco minutos; esto nó sucede en los traumatizados en la vía pública,

fábricas, talleres, en los accidentes sufridos en los que viajan en ferrocarril, automóvil, aeroplano, etc.; a éstos, a más del tiempo siempre largo que transcurre desde el momento que sufren el traumatismo hasta la primera cura, hay que añadir las imprudencias oficiosas (con buen fin desde luego) a que están expuestos hasta que manos hábiles y expertas practícanles la cura reglada y científica, siendo víctimas la mayor parte de veces de *un crimen de lesa cirugía.*

Al lucir en el campo dilatado de la Ciencia el esplendoroso sol de la *asepsia* y *antisepsia*, producto de la potencialidad cerebral de Pasteur, ahuyentóse la caterva de ungüentos y pomadas con que nuestros bisabuelos científicos curaban a sus heridos, barridos por el huracán de *fármacos antisépticos* y *curas asépticas*; proclamóse rey absoluto a Su Majestad el Yodo, y gracias a su reinado la horrible *Vieja de la Guadaña* escóndese en el Circo taurino en las mazmorras malolientes de la cuadra de caballos.

EL SINO (JUANERILLO)



El Sino (Juanerillo)

No se trata del nombre de algún cortijo, finca o dehesa que perteneciera a este desgraciado novillero, muerto hace 19 años en la Plaza de Toros Antigua o de la Barceloneta, en Barcelona, el día 27 de Marzo de 1898.

El *sino* de que vamos a ocuparnos en estas líneas es esa especie de factor ignorado que el ser humano lleva innato en sí desde que *el embrión* en el claustro materno empieza a desarrollarse; es el *estaba escrito* de los mahometanos; lo que tiene variación es la forma de los hechos en que se manifiesta, pues mientras en unos seres es el *sino* la gloria, la fortuna, las riquezas, en otros es la negación de todo lo que significa posesión del bienestar, es la muerte; bien claro lo dice el refrán: *unos nacen con estrella y otros estrellados.* A estos últimos perteneció *Juanerillo.*

Es indiscutible que hoy por hoy no tiene *el sino* explica-

ción racional o lógica; sin embargo, al ver sin interrupción que día tras día la evolución y transformación de los seres humanos se verifica presidiendo casi todos sus actos este factor positivo unas veces y negativo otras, acabamos por convencernos de que realmente el humano ser desde su estado *fetal* lleva en sí algo que en los presentes momentos escapa a la fiscalización del *objetivo microscópico* con que la Ciencia lo persigue, quizás escondido en la trama laberíntica de alguna *célula cerebral* y que en no lejano plazo un Cajal sacará a la plaza pública describiéndonos la situación topográfica del *sino*.

Mientras permanezca en la penumbra este para nosotros ignorado enigma del *sino* o hado, que cuando gravita sobre una persona invariablemente hace que se sumen todos los factores imprevistos para que el tal se realice, bosquejaremos algunos casos de *sino* para demostrar que el tal existe dando fe de vida causando la muerte.

Un caso bien definido de *sino* pesaba sobre Juan Ripoll Orozco, *Juanerillo*; *sino* fatal que desde su nacimiento presidía los actos de su vida. Al llegar a Barcelona repatriado del Archipiélago filipino, en donde sorteó la *malaria*, *tuberculosis* y *disentería*, infecciones que diezmaron de manera terrible nuestro ejército colonial en tales inhospitalarias islas oceánicas, cuando en tierra hispana vislumbraba la Fama que debía conducirle a la posesión del codiciado *Cuerno de la abundancia*, cesando para él la era de privaciones, *el sino* en forma de toro de la ganadería de Arribas, apellidado *Fierabrás*, le infirió la cornada mortal por la cual lo que vislumbró el pobre Juan fué el albo sudario con que la Huesuda envolvió su traumatizado cuerpo, todavía no fuerte, de repatriado.

Quiso *el sino* fatal que aureolaba al pobre *Juanerillo* que la novillada que iba a lidiarse el 27 de Marzo de 1898

no pudiera jugarse con el primitivo cartel, Carrillo, *Alvaradito* y Félix Velasco; perdió este último el tren, y en la imposibilidad de llegar a tiempo para la corrida, buscósele sustituto; *el sino* quiso que fuera Ripoll el elegido. Llevaba tres semanas en Barcelona mendigando al empresario un puesto en una novillada; satisfizo el empresario su deseo, y ya veis cómo *el sino* quiso fuera en la que *Fierabrás* tenía que acabar con él.

Juan Ripoll *Juanerillo*

Más causas reuniéronse en aquella fatídica corrida para que se viera más patente la influencia del *sino*. Tuvo que alterarse el orden de lidia por la distinta antigüedad de los diestros en el reformado cartel, y *Juanerillo*, que ocupó el segundo lugar, tuvo que lidiar al toro *Fierabrás*, que habíale tocado a *Alvaradito*.

La cornada fué de las llamadas de caballo; como salta el agua de una cañería rota, así saltó la sangre del pobre Juan al romperle el condenado *Fierabrás la arteria femoral* izquierda, destrozóle el testículo del mismo lado, penetrando el asta en la cavidad abdominal con herida del peritoneo. Por la descripción de esta herida se comprende la gravedad del caso, muriendo *Juanerillo*, a los veinte minutos, *colapsado*. Ripoll murió de la cornada en aquella época, como moriría en la ac-

tual, a pesar del rico arsenal quirúrgico de la Monumental y de las Arenas; pero como detalle quiero hacer constar que al ingresar *Juanerillo* en la enfermería de la Plaza Antigua carecíase de suero artificial, de pinzas para cazar los vasos y ligarlos, y, por tanto, de instrumental necesario para practicar la *laparotomía*, en aquel caso indicada y de urgencia, si el pobre *Juanerillo* no hubiera expirado tan pronto. ¿Encontró Juan *el sino* hasta en la enfermería?

El sino ha preocupado a escritores taurinos con anterioridad, y prueba de ello es el retazo de un periódico taurino que se publicó en Barcelona en 1900 y en el que hallo un artículo encabezado con el siguiente epígrafe: *El sino de una cuadrilla*. Como veo encuadra perfectamente en el asunto que desarrollamos, de él entresaco los siguientes detalles demostrativos del *sino* que pesa sobre distintos toreros.

Refiere el articulista con prolijos detalles el fin trágico de casi todos los que torearon a las órdenes de aquel torero apellidado con razón «el Rey del valor o el hombre de los riñones», *Espartero*. *Sino* lúgubre que persiguió a todos aquellos mozos que no conocieron el miedo y recorrieron los cosos españoles de ayudantes de aquel *Maoliyo* que, como ellos, ofrendó su vida en las astas de un Miura.

Por no ser menos que su maestro, muerto trágicamente, la cuadrilla vióse licenciada *ab irato* y poco menos que en masa, como si *el sino* ilógico que unióles en vida quisiera darles idéntica muerte.

Citaré sólo los nombres de los infortunados subalternos, sin éntrar en detalles del hecho, para no hacer más *narcótico* el presente capítulo.

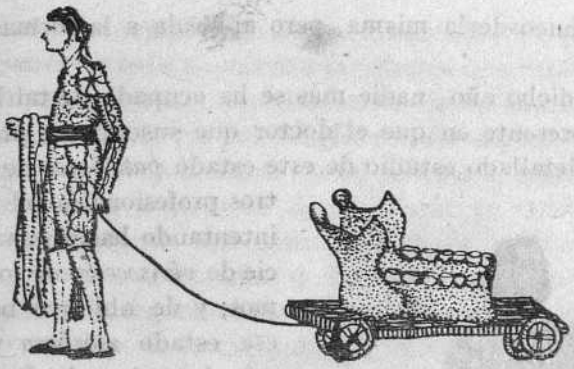
El picador Juan Román Caro murió de una cornada en el abdómen que le propinó un becerro de Saltillo en la misma ganadería.

Francisco Caro, *Pájaro verde*, murió de una cornada en el tórax que le infirió también un becerro durante una tienta en la ganadería de D. Nicolás González.

Antonio García *Morenito*, cornada en el muslo banderilleando en Lorca un toro de López Plata; a consecuencia de la misma falleció a los pocos días.

Como final, para dejar bien demostrado que *el sino* ha sido un hado fatal para ciertos lidiadores, citaré el caso de *Parraito*, tambien ligado con *Espartero* por esa amistad inquebrantable que une a los que luchan con idénticas armas y se mueven en una profesión tan peligrosa como es el toreo. Era *Parraito* el inseparable amigo de Manuel en cercados y capeas, hallando también muerte violenta en la Plaza de Toros de Castillo de las Guardas (Sevilla) en mayo de 1885. Al poner un par de banderillas fué enganchado por el toro, recibiendo una cornada en *el periné* de la que falleció a los once días. Quiso *Espartero* conservar de su inseparable amigo de profesión un recuerdo y quedóse con el terno negro y azul que el infortunado Hernández vestía el día aciago. *El sino* perseguía a estos hombres. ¿Por qué? No puedo explicármelo; pero el caso es que casi todas las tardes que *Espartero* vistió el terno azul y negro de *Parraito*, fué corneado por los toros. ¿*Sino?* ¿Fatalidad? ¿Psicología de tales hechos? No encuentro explicación lógica. Que cada cual los estudie y analice... ¿Es acaso *el sino* el mellizo invisible del ser aureolado por él?...

BARROMEGALIA TAURINA



Barromegalia Taurina

ESTUDIO nosológico de esta enfermedad, casi ignorada hasta la actualidad:

Sinonimia. — Se la conoce con infinidad de nombres, pero los más clásicos y vulgares son: *mieditis, pereza, mal de los ases*, etc., etc.

Definición. — Es una afección febril, que ataca a los toreros durante los meses en que se celebran corridas de toros y caracterizada por accesos que persisten más o menos, según esté de fondos el diestro atacado.

Historia. — Es enfermedad antiquísima, no hallándose descripciones de la misma como entidad *nosológica* hasta el año 1902, en que dos *novilleros* en el arte de Galeno hicieron un

estudio clínico de la misma, pero aplicada a la forma estudiantil.

Desde dicho año nadie más se ha ocupado de tal lesión, hasta el presente en que el doctor que suscribe se propone hacer un detallado estudio de este estado *patológico* de nuestros profesionales del toreo, intentando hacer una especie de *vivisección* de los mismos; y de ahí que bautice ese estado *morboso* toreril con el nombre de *Barromegalia táurica.*

Manuel Dominguez *Desperdicios*

Distribución geográfica. —En Europa sólo se padece en España, Portugal y Mediodía de Francia; la razón es clara, ya que en dichas naciones europeas son las únicas en donde se lidian reses bravas. Los focos *endémicos* más importantes e intensos radican en España, hacia el Sur, en Andalucía; la causa estriba en ser la región española donde hay más toreros.

Además de estos focos europeos regístranse algunos casos *esporádicos* en las Repúblicas americanas, especialmente en Méjico, habiéndose observado que en dichas regiones la infección es debida a los diestros inmigrantes.

Etiología. — Es una enfermedad que acostumbra atacar a los toreros en dos formas: la primera, que es la más común, hace presa en el torero cuando éste ha sufrido una cornada de

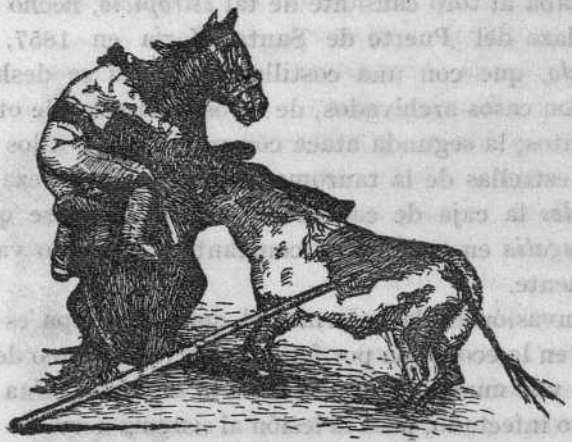
gravedad y ha tenido, por lo tanto, necesidad de permanecer en el *cuarto del hule*; al volver a la pelea es cuando se observan los primeros síntomas; aquellos casos de un Manuel Domínguez, *Desperdicios*, que con *un globo ocular* saltado de la *órbita* despachaba al toro causante de tal *estropicio*, hecho acaecido en la Plaza del Puerto de Santa María en 1857, o de un *Frascuelo*, que con una costilla *fracturada* se deshacía del bicho, son casos archivados, de otros tiempos y de otros temperamentos; la segunda ataca con predilección a los ases del toreo o estrellas de la tauromaquia cuando empieza a *hipertrofiárseles* la caja de caudales, pudiendo decirse que es la *Barromegalia* en esta forma constante y que sólo varía accidentalmente.

La invasión de la enfermedad que nos ocupa es sencilla; penetra en la economía por falta de afición al toreo del diestro atacado y sí mucha ídem a la *materia argéntica*. Una vez está el diestro infectado, pasa la lesión al sistema nervioso y de ahí, por *metástasis*, a los órganos viriles, produciéndole *atrofia* en dichas glándulas y *abulia* en el ruedo al encontrarse ante los astados; invade poco a poco todo su organismo, no dejando al artista órgano sano.

Anatomía patológica. — Las lesiones que produce son difusas, y como a tales puede afirmarse que no hay órgano que escape a esta enfermedad; en donde son las lesiones más manifiestas es en los *testículos*, los cuales disminuyen de volumen, pudiendo llegar a la *atrofia* si no se trata con energía la lesión. Existen focos en la substancia cerebral que se traducen por miedo, terror o pánico al ver el atacado un animal con astas. La medula está, en algunos casos, lesionada, produciéndose en la misma irritaciones que favorecen sus funciones.

Sintomatología.—Los síntomas son complejos y variados, según la forma clínica que predomine.

La *mieditis* o pánico al toro grande, de casta, con cinco años en el pellejo y gran cornamenta, se caracteriza por las precauciones exageradas que el atacado observa toreándolo a punta de capote, pasándole de muleta enseñándole sólo el



Derribando al raja-toros

pico de la misma y volviendo la cara al tendido al *entrar a por uvas.*

La *aurífera* o riñón cubierto se presenta cuando el atacado empieza a comprar cortijos y títulos de la Deuda; los síntomas principales son: exigir toros pequeños, reducidos de pitones, de ganaderías suaves; en una palabra: *chotos*, y este es el síntoma *patognomónico.*

Síntoma que se presenta en las dos formas es el del *raja toros*, que consiste en llevar en la cuadrilla el infectado un picador de fuerza y buenos riñones para que hunda la puya en los bajos del toro cuando el *Barromegálico* lo halle oportuno, dándole así el pego al *respetable.*

Curso y terminación. — El curso es lento y casi siempre

progresivo, pasando al poco tiempo a la cronicidad; ¡pobre de quien la contrae! Termina siempre por *adiposis, atrofia testicular, abulia,* o sea la muerte del diestro (moral' se entiende) que la padece.

Diagnóstico. — Salta a la vista del menos lince y aficionado al espectáculo nacional; basta leer en los carteles anunciadores de la corrida el nombre de la ganadería de los toros que se van a correr, acudir al Tauródromo y presenciar la lidia; con estos datos puede el más lego en estos menesteres hacer un diagnóstico preciso de *Barromegalia táurica.*

Pronóstico. — Por todo lo apuntado se desprende que el pronóstico deberá hacerse con reservas para no comprometer el honor profesional y la fama adquirida por el apestado; pero el *fisco,* vulgo afición o público, ya sabe que dicho pronóstico debe hacerse grave casi siempre, pues no ignora que si bien la enfermedad no mata a los contagiados, en la inmensa mayoría de los que la padecen es incurable.

Tratamiento. — Siempre debe hacerse a disgusto del enfermo; sólo una *medicación perturbadora* puede ser de eficacia y resultados positivos.

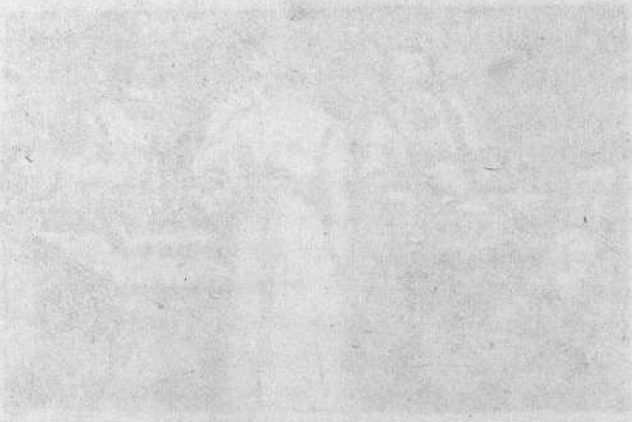
En la primera forma se aplicará un *ahuequen* a la taquilla cuando algun empresario contrate a un enfermo con *mieditis. Sinapismo* que también surtirá sus efectos en la segunda forma. De gran eficacia y efectos rápidos y sorprendentes será la aplicación no interrumpida de *otros revulsivos* a base de pitos ensordecedores a *dosis masivas,* administrado con energía por el público cuando vea en el redondel algún atacado. Si la enfermedad no es crónica, el diestro a la segunda o tercera toma reaccionará y cederá el ataque. Si a pesar de esta terapéutica no se nota alivio, *ipso-facto* ordenarase el reposo absoluto en casa durante una temporada.

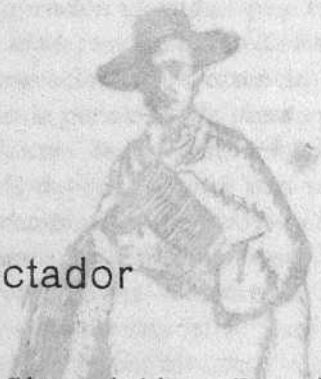
Hasta aquí la terapéutica médica; si a pesar de estable-

Enucleando la coleta a un atacado

cerse o, mejor dicho, de haberse practicado la misma con todas las reglas del arte siguen los ataques, entonces el médico *cederá los trastos* al cirujano para que éste proceda a la intervención, que consistirá en *la depilación occipital* o *enucleación* de la coleta, símbolo del arte de los valientes.

JOSELITO DICTADOR





Joselito dictador

CUANDO en la Roma de los Césares había un Petronio, árbitro de la elegancia, de la dicción y de lo que hoy llamamos buenas formas, y a él acudía hasta el mismo Nerón, con toda su autoridad de emperador absoluto, pidiéndole consejo en las ceremonias cortesanas, era porque se le reconocía autoridad, suficiencia y prestigio para ello.

En el mundo de la torería actual existe un D. José Gómez Ortega, *Joselito*, que deja en la penumbra a todas las figuras toreras en activo y a las que *han sido*; su autoridad de Papa de la Tauromaquia moderna lo proclama árbitro de los circos taurinos; cual otro dictador, puede exigir y dar órdenes encaminadas al bien común para los de su profesión, los que a fuerza de remendones en la piel, traducidos en cicatrices, consiguen un puesto de *capitanes*, *sargentos* o *rancheros* en el arte de matar toros; los entusiastas de su sabiduría taurina, en la que es una Enciclopedia, ven en *Joselito* un reformador en menesteres taurinos, y hasta los que lo han negado reconocen en el Benjamín de la casa Gómez Ortega autoridad suficiente, como los romanos a Petronio, para que obligue a desaprensivos empresarios o despreocupadas autoridades a que pongan las enfermerías taurinas en las condiciones

Joseilto dispuesto a dictar

debidas para prestar una eficaz asistencia cuando el toro obligue al torero a ir a ellas; a él se acude por mediación de estas líneas para que nos ayude a remediar estas *lacerías taurinas.*

Joselito, que en los actuales tiempos del toreo ocupa por derecho propio, conquistado en franca y noble lid, el sitio cumbre de la Tauromaquia, es el que más puede conseguir en este sentido; y ya que todos los reglamentos, leyes y órdenes tienen filtración y excusa legal para su incumplimiento, digo que hará más un *ukase* suyo dirigido a todas las empresas hispanienses de toros, erigiéndose *dictador*—en este sentido—,que todas las disposiciones gubernativas. *Joselito,* que ve más que nadie el peligro en que está el lidiador de tener que acudir a la enfermería, me permito suponer habrá meditado alguna vez en lo expuestos que están los muchos que torean sólo *al albur* de que el toro les respete y que invariablemente ha de llevarlos al *cuarto del hule;*

procure, pues, *Joselito* desde su posición elevada que éste esté en condiciones para que los *diestros médicos* puedan salvar la existencia al que por su desgracia, *sino* o carencia de arte y facultades se ve tendido en la poco cómoda mesa operatoria para que los *toreros del bisturí* le reparen sus traumatismos; procure en lo que de él dependa que ni una sola enfermería deje de reunir las condiciones necesarias para que el más puritano de los cirujanos no le encuentre pero.

Es mi *fobia* u *obsesión* este tema de las *enfermerías taurinas*; por eso desde mi modesto sitio procuro hacer resaltar los lunares que salpican en abundancia las mismas y desde este *tendido* procuro hacerme oir de todos, grandes y chicos; de los de arriba y de los de abajo; y hoy directamente de usted, árbitro de los circos, *Joselito dictador*.

Al ocupar, tras lucha tenaz, el sitio único en el toreo, cual es el de la Sede Papal y ceñir sobre sus sienes *la tiara magna de la Tauromaquia*, ruégale este galeno que haga honor a tal símbolo, acordándose de los que en ruda lucha con la *víscera gástrica* se tambalean por esas Plazas, heridos la mayoría de las tardes y con asistencia facultativa deficiente muchas veces. Por estos desgraciados suplica este importuno, lenguaraz o *verborreico Doctor*; por ellos y por los fueros de la Medicina motejada le ruega que mande sin dilación el *ukase* a las empresas que con vistas sólo al negocio toleran tamaña crueldad y veremos con satisfacción que tan siquiera alguna vez se hace justicia *al proletariado del toreo*. ¿No hizo una cosa parecida Rafael Guerra, *Guerrita*, desde el sitio que usted hoy usufructúa, para acabar con la *neoplasia repugnante de las señoritas toreras?* Y lo logró.

Acaso debido a un acto de *amnesia* deplorable por las desgraciadas consecuencias subsiguientes a los que en el arte de torear están todavía en estado *larvario*, y aun a los que ya

han alcanzado el de *crisálida* suelen tener los que, como usted, *Joselito*, han logrado trepar a la cumbre del toreo, descuidado, mejor dicho, olvidado este asunto vital. Son los *ases del toreo* los que deben ejercer la *dictadura*, poner el *veto* que apellidaremos — si os parece bien — *del cuarto del hule*, obligando a estos judíos mercaderes del espectáculo nacional a que garanticen la asistencia adecuada a los modernos tratamientos quirúrgicos a todo aquel que en el ejercicio de su arriesgada profesión traumatice el toro. Creo que no es pedirle mucho a *Joselito* lo que antecede; me consta que a su gran ciencia taurina une un alma magnánima y un corazón altruista que harán preste atención a lo que este, si queréis, chiflado doctor, expone.

¿CASO CLINICO? «EL GALLO»

¿Caso clínico? "El Gallo"

No me refiero a esta exquisita ave de corral, sino al famoso diestro taurino que usufructúa este hereditario apodo, que los aficionados han admirado más y pateado ídem. Es Rafael Gómez , *el Gallo*, de toda la pléyades de toreros *en servicio activo*, el artista que más simpatías despierta en el circo, al que se le tolera y ha tolerado más desde que se lidian toros en España, y cuidado que ha llovido desde que se corrió el primero. *¿Cuare causa?* Es para el suscribiente el *Calvo*, como en el tauródromo lo llamamos, el artista por excelencia; él, cuando pasa de muleta a un toro, rima en estrofas sus lances creados por obra y gracia de su alma torera (como con muy bello estilo ha dicho Corrochano) y temperamento e idiosincrasia especial; por eso Rafael es genio; *voilá la chose*.

Melancólico, taciturno, con sangre mora en circulación por su red arterial, veréisle realizar las concepciones más inconcebibles en los circos taurinos; el pase natural erguido, estatuario, con corrección irreprochable en la línea; crea y ejecuta suertes y pases ante el toro, como el escultor en el barro o el poeta en el papel. Cuando le invade la inspiración sale de su

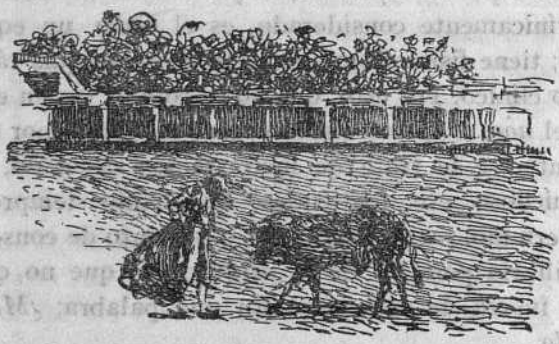
mente creadora una gama de lances tan artísticos, vistosos y alegres, que el público, este eterno niño con cuerpo de gigante, olvida que unos momentos antes hubiérale echado a la calle por una de sus inéditas y clásicas *espantás*, y enloquece de gusto, agotando de adjetivos encomiastas el Diccionario para lanzarlos al espacio en honor del genio del toreo, de la esencia

Iniciando la *espantá*

del arte, del rey de la filigrana y exclusivista de la *espantá*, Rafael Gómez, *el Gallo*.

Desde que logró escalar los primeros puestos en el escalafón y llegó a la categoría de *As* de la baraja taurina, al presenciar sus *debacles* o hecatombes, o sus triunfos *épatans*, todos los que a escribir de toros se dedican, y aun a los que no han manejado la pluma nunca y, por lo tanto, no manchan papel, al hablar de Rafael invariablemente oiréis *disfrenia, neurastenia, caso clínico*; es una incógnita. Yo sólo diré que disiento del general sentir y decir. Cuando a los toros voy y está anunciado en los carteles el *divino alopécico*, fijo mis ojos y atención en la puerta del chiquero, en espera del toro que le ha tocado a Rafael; si él le encuentra manejable, franco, bravo

y noble... se despojó la incógnita: no hay *disfrenia, neurastenia, etc...*, hay un curso de tauromaquia artística y vistosa explicada prácticamente por el Maestro; si, por el contrario, lo que asoma por el toril es una res mansa, incierta, difícil, entonces... *erzetera, erzetera...* la espantá. ¿Es el consciente que ve el peligro y huye de él? ¿O es *el neurasténico* que, inva-



Explicando Tauromaquia práctica

dida su *psiquis* por la *fobia*, es capaz de cometer los más ilógicos y ridículos desatinos? Vamos a analizarlo, vamos a hacer el *diagnóstico diferencial*, como en terminología médica se dice.

No es neurastenia, por la sencilla razón de que él se da perfecta cuenta y sabe que un solo destello de su arte es capaz de borrar en un momento veinte malas faenas; *eco il problema*. Repasad la temporada taurina de Rafael en 1916, y veréisle pasar las corridas de feria de Valencia entre pitos y espantás, y al final en un toro hace olvidar todo lo malo que había hecho; corta una oreja en Madrid, en la despedida de *Regaterín*, y llega a Sevilla de desastre en desastre, hasta el final que se destapa, y calculad cómo estaría de colosal que corta

las dos orejas de un toro en la mismísima plaza cuna del toreo. Nada de neurastenia, superstición, fobia, miedo y demás zarandajas; conciencia completa, conocimiento perfecto del toro que lidia y del público que asiste. *¿Psiquis especial?* No; estado mental equilibrado del que ve el peligro y lo rehuye con conciencia; bien claro lo ha dicho él mismo en una ocasión:

—*Er toro que me coja a mí, tié que tirarme er cuerno.*

Taurínicamente considerado, es el *Gallo* un equilibrado perfecto; tiene fisiologismo perfecto de su psiquis táurica; no hay caso clínico. Por esto, que no es común ver en el hombre actual, el *noce te ipsum* que le sucede a Rafael, por salirse de esta pauta, se le trata de neurasténico, desviado, supersticioso, miedoso, etc. (entiéndese que hablo siempre del artista). Termino: *¿caso clínico?* No..; ¿instinto de conservación? sí; ¿equilibrio perfecto de la psiquis, del que no quiere ser héroe a fuerza de cornadas? En una palabra: *¿Mens sana? El Gallo*

. . . . . .

Decíanos el sabio profesor de Patología médica de perenne memoria, el Dr. Robert: *El curso de la enfermedad aclarará el diagnóstico*; siguiendo, pues, el curso del caso clínico *El Gallo*, desde que escribí lo anterior tengo que modificar algunas de las conclusiones aceptadas... y digo en estos instantes teniendo a la vista el adjunto retazo de un periódico dando cuenta de la corrida celebrada en Madrid el día 5 de Junio de 1917, y que transcribo:

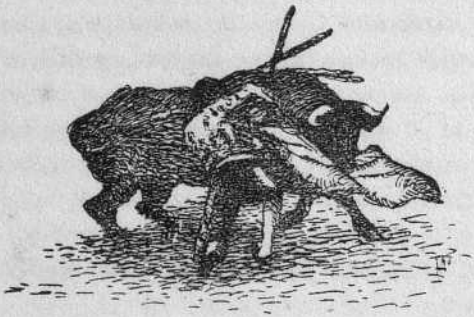
«EL GALLO» HACE DE LAS SUYAS

En estos momentos hay en la plaza de toros un escándalo formidable porque el *Gallo* ha estado tan mal y tan desatinado que ha tenido que suspenderse la lidia.

Fuerzas de seguridad protegen la salida del *Gallo*, contra el cual se ha armado poco menos que un motín.»

¿Será un *ciclotímico* caracterizado por esa inestabilidad de carácter — en el ruedo — representada por una movilidad caprichosa y una contradicción desconcertante que en ese artistazo del toreo va desde el pináculo de la Tauromaquia al más profundo sótano del maletismo en forma de *espantá?*

Me metí en estas honduras tratando de explicarme la psiquis especial de tal diestro por encontrar demasiado cómoda la palabra *neurastenia* con que se trata de tapar los fracasos de tal artista, como a tantos otros mal llamados neurasténicos, que padecen *psicosis* perfectamente definidas y estudiadas. De manera que al repasar esta temporada taurina de Rafael con sus hecatombes madrileñas y grandes triunfos en Badajoz, al ver esta variación continua del tono efectivo que pasa incesantemente del estado *enforia* (bienestar) en unos casos al estado de malestar, depresión, *espantá*, huida, pánico en otros, exclame sentando un diagnóstico: *Ciclotimia.*



DOS ASTROS. — LA LUNA Y «EL GALLO»

Dos astros.-La Luna y "El Gallo"

Ese astro plateado que surca el espacio sideral a manera de faro, que alumbra con luz opaca y reflejada de la que le manda el astro Rey, para aclarar las noches oscuras, ha sido desde remotas edades considerado por astrólogos, nigrománticos, galenos y demás individuos dedicados a sorprender los secretos de Natura como un planeta satélite de la Tierra, a la que transmite su influencia de manera palpable y sin explicación científica.

Al creer los antiguos en esa influencia lunar de una manera axiomática, llegaron a divinizar al astro nocturno, llamándolo los egipcios *Isis* y los griegos *Selene*, de ahí el nombre de selenos que se acostumbra a dar a los presuntos habitantes del astro lunar.

En todas las épocas y de todos los astros ha sido la Luna el más acreditado para demostrar la influencia astral sobre los seres humanos; por esto lo escojo para evidenciar la parte coadyuvante que le corresponde como coautor de *una mala tarde* o una *gran faena* de las que realiza *El Gallo* por esos hispanienses circos taurinos. Por esto encabezo estas líneas

con el título de *Dos Astros*. Me voy, pues, a referir al sideral *La Luna* y al de la tauromaquia *El Gallo*, para aportar más datos al estudio clínico que de su personalidad artística prologué ya en fecha pasada hablando de la *ciclotimia* que parece padecer el *Divino alopécico* cuando deambula por estas Plazas de toros de hecatombre en hecatombe, de tarde lapidaria en tarde fenomenal, realizando las grandes concepciones taurinas sólo concebidas por la gracia gitana de Rafael en sus tardes buenas.

Todas las funciones orgánicas del ser humano están sujetas a un ciclo fijo y determinado, al igual que lo está la Luna. Hay alguna de las funciones que siguen este ciclo que lo hacen con más intensidad y, por tanto, lo ponen en evidencia. Estas funciones, estas facultades, cuando más desarrolladas están, son más esclavas de este ciclo. De ahí que los grandes artistas, los hombres geniales, hayan sido tildados de *lunáticos*, porque sus ciclos han sido más sobresalientes y hánse ajustado más a las fases lunares. Por esto deducimos que *El Gallo*, que ofrece estos ciclos de una manera patente, ciclos de concepciones geniales o de faenas desastrosas, y que posee la facultad del toreo *hipertrofiada*, es el más *lunático*, es el más *ciclotímico* de los actuales artistas del toreo.

Necesita la Luna un tiempo periódico, un ciclo determinado y fijo para efectuar su revolución en el espacio y presentar las cuatro fases de Luna llena, menguante, creciente y nueva. Verifícanse los accesos de locura de una manera periódica y cíclica; por eso se ha buscado en todos los tiempos la relación que pueda existir entre estos estados de morbosismo mental y la Luna, dándose por esta razón el nombre de *lunáticos* a estos humanos atacados. La frase «tener lunas» tiene el mismo origen. Los napolitanos apellidaban a la epilepsia «mal de la Luna» y Ariteo, médico del siglo I, le llamaba

mal sagrado por creer que esta enfermedad la mandaba la Luna a la gente mala.

No conozco a fondo los trabajos que han hecho los psiquiatras modernos acerca del alcance que los astros puedan tener o ejercer sobre los estados patológicos de la mente, pero sí puedo afirmar sin temor a error, ni delirio, que los alienistas actuales discrepan de una manera manifiesta y lastimosa al tratar de este asunto, de manera que con todo el respeto que me merecen sus trabajos y concienzudos estudios, digo que *están en la Luna*; dando a entender con esta exclamación que *la ciencia no ha adelantado mucho en este asunto*, cosa que con muy buen criterio dice mi buen amigo y sabio alienista el doctor Busquet en un trabajo científico recientemente publicado con el epígrafe de *Los astros y la locura*.

De todo lo apuntado y repasando la historia taurómaca del *Gallo* en 1917 se desprende que el diagnóstico hecho del aludido artista del toreo queda bien sustentado y fundamentado; afirmando en conclusión que hemos visto en la temporada dicha, evidenciado de una manera patente, la influencia del astro sideral, la Luna, sobre el astro de la tauromaquia *El Gallo*; y si no, repasad las faenas de Madrid, Badajoz, San Sebastián, etc., etc., hechas por el mayor de los Gómez Ortega en 1917.

En la Edad Media los médicos, al llegar a la cabecera de los enfermos, consultaban a la Luna para formular sus diagnósticos y establecer los tratamientos en consecuencia; igual medio les recomiendo a los aficionados cuando se propongan ir a ver torear al *Gallo* y a los empresarios cuando lo contraten: mirar a la Luna; interrogar a la deidad nocturna. Y al gran artista, a D. Rafael Gómez, *El Gallo*, si no me lo toma a mal, le diré que antes de firmar una contrata para una fecha determinada, se fije primero en la situación que tendrá la

Luna el día de la corrida. Para eso no tiene más que parodiar a Catalina de Médicis, que tenía a su servicio un astrólogo para predecirle en todo momento los actos de su vida, llevando en la cuadrilla un astrólogo que a manera de mozo de estoques podría llamarse *er mozo del anteojo.*

LOS AMPUTADOS: «EL TATO» Y «EL BEBE»

Los amputados: "El Tato" y "El Bebe"

He aquí un asunto de actualidad, volviendo la vista a las naciones beligerantes de esta Gran Guerra europea, empeñadas en mutilarse recíprocamente, sembrando el viejo continente de amputados, como burla cruel a la Igualdad y a la Estética humana. No voy a ocuparme de estos mutilados, héroes conscientes del deber patrio cumplido, llevados al sacrificio en aras de una idea grande y respetable; héroes que han ofrendado un miembro o parte del orgánico ser para seguir viviendo, y no como parias de la sociedad como antiguamente, por atraso de las Ciencias físicas y naturales, sucedía, sino que gracias a las prótesis

modernas seguir siendo útiles a la sociedad y al pueblo por el cual mutilaron su miembro.

En este capítulo hablar quiero de los amputados a causa de cogidas recibidas, no en el campo de batalla, sino en el ruedo del circo taurino, traumas recibidos por un *colorao, berrendo* o *jabonero*; arma tan *vulnerante y destructora de los tejidos humanos* como el *obús, casco* o *granada.*

Antonio Sànchez *El Tato*

Al perder la vida por una cornada grave el torero en la lidia de reses bravas, al cesar de ser *el astro que licencia in eternum* un bicho bovino, pasa a ser alta en el escalafón del censo necropolitano y baja en el urbano, queda abolido el torero y el hombre. Cuando la lesión traumática del cogido en el redondel es en un miembro y el cirujano con dominio perfecto de la imaginación que da el conocimiento de la profesión para salvar la existencia del traumatizado separa con un instrumento cortante el miembro herido e infectado, salva al hombre, sacrifica al torero y aparece el *amputado.*

Acuden a mi *hucha de las ideas* en este momento dos to-

reros que sufrieron la amputación de su extremidad inferior a consecuencia de herida sufrida en el ejercicio de su arriesgada profesión. De ellos voy a ocuparme rápidamente en estas líneas.

Antonio Sánchez, *El Tato*, yerno de *Curro Cúchares*, va-

Rafael Sánchez *El Bebe*

liente hasta la exageración, especialista del volapié, al extremo de que decía de él su suegro:

—*Vasía los toro con er cuerpo.*

El 7 de Junio de 1869, en la corrida celebrada en Madrid para conmemorar la jura de la Constitución Democrática, el toro *Peregrino* le produjo, al arrancarse el *Tato* al volapié,

una cornada en la articulación *femoro-tibial (rodilla) derecha*, a consecuencia de la cual, por complicación sufrida en el curso de la curación, quizás, y hasta suprimiendo el quizás, por deficiencias científicas (asepsia), el trauma exigió la supresión de la extremidad abdominal derecha del *Tato* por el tercio medio del muslo.

Como detalle histórico, que revela la aureola alcanzada por este diestro y el fanatismo o inconsciencia de las masas hacia el vulnerado que me ocupa, citaré el hecho de que hallándose Antonio Sánchez, *El Tato*, herido, llegó a Madrid enfermo el héroe del Callao, el ilustre marino Méndez-Núñez, habitando en la misma calle que el torero, y mientras estrujábase hasta contusionarse la multitud enfrente la morada del *Tato*, eran poco menos que contados los que había ante la casa del invicto marino, gloria de la Armada española, el que supo enaltecer y hacer respetar con tesón el nombre de España a bordo de la *Numancia*, en el Callao. Sin comentarios... *Cosas veredes el Cid que farán fablar las piedras.*

Hombre *El Tato* de un temperamento violento y enérgico, no podía resignarse a este contratiempo, que segaba su ambición y mataba sus aspiraciones; no quiso darse por vencido, ser el ex-torero con pierna de palo. Quizá presintiendo o vislumbrando los trabajos de Calot sobre la sustitución mecánica casi perfecta de los miembros amputados o prótesis, recurrió como náufrago a la tabla de salvación, a la *Ortopedia*, y se hizo construir una extremidad abdominal *ad hoc*, con la cual intentó volver a la lidia de toros. Intento vano y peligroso, ya que la prótesis y reeducación a mediados del siglo XIX estaba poco menos que en estado *embrionario*; así es que *El Tato* se esforzó en vano para salir del lecho donde sufrió la amputación, como sale la máquina del taller de repa-

raciones, recompuesto y capaz de funcionamiento adaptable a las necesidades de la lidia.

Habríanle los cirujanos practicado en estos modernos tiempos una amputación *cineplástica*, o sea reparación del miembro en tal disposición, que el muñón pueda luego utilizarse como motor de los diferentes elementos que integran el aparato protésico.

Rafael Sánchez, *El Bebe*, el 5 de Agosto de 1888, en Cartagena, al quebrar de rodillas al quinto toro de Saltillo, de nombre *Simbareto*, cogióle por la región antero-superior del muslo derecho, produciéndole una herida de relativa importancia, que se infectó y produjo placas de esfaceladas que obligaron a la amputación a los veinte días del traumatismo. ¿Otra víctima de la mala asistencia? ¿Debió su mutilación a falta del especialista en curar cornadas? No lo sé; pero por el relato de la herida y cuadro clínico transcrito, hay que sospecharlo. Lo cierto es que *la cuchilla*, en rápido y circular corte, tuvo que incindir la piel, tejido celular subcutáneo, aponeurosis y músculos; seccionar vasos y nervios hasta llegar al periostio; pinzar rápidamente los sangrantes troncos arteriales más importantes y ligarlos, aserrar el femur. Las enhebradas agujas unen superficies cruentas, el muñón está terminado, el diestro ha salvado la vida, y, perdida en esta cinematografiada operación la extremidad corneada, tenemos el amputado *Bebe*.

Por este instinto innato en el ser humano de rebelión contra la Naturaleza, cuando ésta le obliga a mutilarse un órgano o miembro del ser para salvar el todo, hace que los amputados no se resignen a pasar a la sección de *los vencidos*, o mejor dicho, inútiles; no quieren claudicar en sus ideales, darse por fracasados; esta rebelión, como digo, fué causa de que *El Bebe* no se conformara en su nueva condición de amputado;

y, en ausencia o carencia del aparato protésico ideal para dedicarse de nuevo al toreo activo, puso sus energías al servicio de la Tauromaquia, enseñando aquella célebre pareja de niños cordobeses que aun hoy recordamos con nostalgia, capitaneados por *Machaquito* y *Lagartijo*, dignos discípulos del amputado *Bebe*.

Un toro vulneró respectivamente a *El Tato* y *El Bebe*, poniendo en peligro sus vidas; los cirujanos viéronse en la precisión de mutilar sus miembros para arrancar de las manos de la Huesuda sus vidas; el arte de los Romero perdona a los artistas del bisturí que, en aras de su profesión, viéronse obligados a inutilizar a estos dos astros del Toreo.

¡ EPITALAMIO !

También la gente del bisturí tiene su corazoncito

¡EPITALAMIO!

También la gente del bisturí tiene su corazoncito

A alguien le parecerá paradógico el que un médico entone un *salmo* a los difuntos. Quiero darles un mentís demostrándoles que precisamente por nuestra profesión, en contacto continuo con las más abyectas miserias materiales y sociales, tenemos (habrá sus excepciones) *hipertrofia sentimental del miocardio* (corazón), lo que hace sintamos con más fuerza que los demás seres humanos al ver cómo llega la claudicación de la vida en la plenitud y virilidad de la misma, sin que nuestras armas *terapéutico-quirúrgicas*, aun esgrimidas con pericia y suficiencia científica, sean en múltiples casos ineficaces para despoblar los Campo-santos de niños, jóvenes y adultos; reservando dicho recinto de descanso para los ancianos, una vez cumplida su misión en la tierra.

Desde vuestras moradas sepulcrales donde estáis *enchiquerados* y convertidos en esqueléticos moradores de estas salas de descanso de la materia intransportable a *ultratumba*, apellidadas necrópolis o cementerios, oiréis (?) el broncíneo doblar de las campanas en las iglesias, apagando el eco de las últimas palmas recogidas en las Plazas de toros por vues-

tros compañeros, ayer competidores y hoy, gracias o amparados por su sino y la hipocrática ciencia, en felices mortales que vánse a sus casas a contar billetes, archivar orejas y a soñar durante el invierno en futuros éxitos. ¿Cuántos de esos

Miguel Freg

coletudos astros del toreo se acordarán de vosotros en el día de difuntos?

Sigue la sonoridad de las lenguas metálicas impresionando los *acústicos* de esta multitud que acude al circo taurino con ansia de presenciar vuestra peligrosa y artística profesión; ha trocado ya la afición el veraniego sombrero de paja... por el chambergo invernal de fieltro, y, en vez de acudir vocinglero y parlanchín a presenciar vuestras proezas o *espantás*, va en tropel procesional a la ciudad de los muertos, a esta

urbe silenciosa o *Spoliarium* de vuestros humanos restos, do descansan los que fueron víctimas inmoladas en aras del Taurino circo a rendir tributo a los que fueron. ¿Acordaráse esta afición de alguno de vosotros?

Fermín Muñoz *Corchaito*

No sé si disfrazo la realidad de los hechos con los pomposos ropajes de la imaginación calenturienta de un reformador en añejas costumbres, pero la olvidadiza condición de las masas háceme pensar de esta manera.

En la lista sangrienta de los muertos en el redondel en 1914, tú, Miguel Freg, que viniste de mejicanas tierras a saborear los aplausos de los hispanienses públicos, llevas el número uno. Tu herida fué de las que no matan *per se*, pero sí *per accidens*. A causa de los graves destrozos que el asta del toro segundo que se lidiaba en Madrid la tarde del día 12 de Julio te infirió en la región *cervical derecha*, respetando los grandes *vasos*, dejando al descubierto el *pneumo-gástrico*, te sobrevino el *colapso cardíaco* y dejaste de vivir. ¡Descansa en paz, diestro, valiente, y sírvate de consuelo que en tu honor, y con gesto compasivo honra del público que lo ejecutó, al saber tu triste fin suspendióse la lidia del resto de los toros, a

su petición, siendo el primer muerto en el redondel que lleva tal galardón.

Fermín Muñoz, *Corchaito*, a pesar de estar *doctorado* en tauromaquia y ser de los diestros arrojados que pisaron arenas de circos, teníante las empresas y los públicos alejado de sus cosos, y tú, sin embargo, tantas tardes como podías demostrabas ante los astados que corría por tu *torrente circulatorio* sangre de torero como la de aquellos colosos de Córdoba, tu patria chica. No quiso sonreirte la diosa Fortuna; en cambio, la Parca terrible se mostró contigo implacable, pues la tarde del día 9 de Agosto, en Cartagena, al entrar a matar el segundo toro te infirió dos cornadas gravísimas, una en la región *abdominal* y otra en la región *precordial*, penetrando el asta homicida por *el cuarto espacio intercostal* con herida en el corazón; *trauma* que debía matarte poco menos que como herido por el rayo. ¡Duerme en paz, poco afortunado Fermín!

Manuel Gárate *Limeño chico*

Manuel Gárate, *Limeño chico*, hijo menor del banderillero que a las órdenes de *Algabeño* admiramos los públicos taurófilos; encontraste a la Pavorosa en los albores de tu vida,

en el *pródromos* de la profesión táurica; al salir perseguido por el primer toro en la corrida que se jugaba en Santa Olalla el día 23 de Agosto, quisiste penetrar en un burladero que se transformó en burla cruel a tu vida al encontrarlo obstruído, sin duda, por esos estorbos *endémicos* y que no faltan en ninguna plaza; recibiste la cornada en el *hipocondrio derecho, interesando el colon ascendente y desgarro hepático.* Ante la magnitud de estas heridas el holocausto de tu vida está hecho, la muerte te llevó consigo antes de que las sonoras vibraciones del aplauso llegaran a tus oídos y los laureles de la fama posáranse sobre tus sienes. ¡Reposa en paz, Manuel Gárate, flor segada en la primavera de la vida!

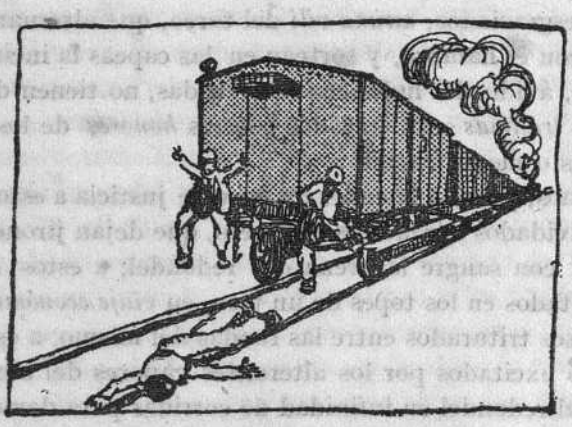
Jaime Ballesteros *Herrerín*

Jaime Ballesteros, *Herrerín.* En el Hospital de Cádiz murió a los tres días de recibir una cornada en el *abdomen con desgarro peritoneal,* en la misma plaza en la tarde del día 6 de Septiembre. No pudo la ciencia, a pesar de *los capotes que te echó,* evitar que la infección peritoneal se realizara y la vida se te escapara. Aragón perdió un valiente hijo y la afición un novillero que prometía. ¡Que la paz sea contigo, *Herrerín!*

Aceptad, ¡oh, héroes del redondel! estas líneas como efe-

mérides de difuntos. Vosotros, que en 1914 fuisteis víctimas inmoladas en aras de la fiesta nacional, aceptad esta sencilla corona de siemprevivas, tejida en el silencio del despacho del más humilde de los galenos, para demostraros que el *microbio del olvido*, que acostumbra atacar a los mortales casi en masa, no ha encontrado terreno abonado para infectar nuestro organismo.

ANONIMOS



Un accidente camino a la capea

Anónimos

En este repaso médico-taurino que vengo haciendo de los *trauma* debidos a cogidas recibidas por los más *afamados* toreros *que en el mundo han sido* he caído como el más cándido novato en el renuncio general de todos los que a emborronar cuartillas taurinas se dedican, ya por sport, ya por profesión. El hombre es un animal de costumbres, como dijo el otro, olvidadizo y poco justiciero; retiene, habla y revuelve cien veces al año las tardes trágicas de algunas de las lumbreras del toreo, y nadie ignora, aficionado o no, la cogida y muerte de *Espartero*: 10.000,000 de españoles, durante años y años, han hablado y siguen comentando el percance que arrebató la muerte a *Maoliyo*. ¿Es que acaso las cornadas que reciben los *anónimos* son distintas? ¿Es que

estos desgraciados, *anima vili* del toreo, que alternan las cornadas con el hambre, y sortean en las capeas la incultura del público, ávido del hule, con las cogidas, no tienen derecho a que sus *traumas* sean tratados con los *honores* de los diestros con más o menos cartel?

Vamos, pues, a hacerles un poco de justicia a estos modestos y olvidados aprendices de torero, que dejan jirones de piel y tiñen con sangre la arena del redondel; a estos *anónimos* que sentados en los topes de un tren, en *viaje económico*, dejan los huesos triturados entre las ruedas del mismo; a estos ofuscados o excitados por los alterantes vapores del alcohol que saltan al redondel en infinidad de corridas para demostrarnos el 90 % de veces que el menos animal de los seres que en aquel instante están en la arena es el toro; en una palabra, a los que han sufrido traumatismos por alguna de las causas apuntadas—*anónimos*—y que la suerte o fama ha sido para ellos tan cruel que ni los honores de la publicidad histórica han merecido sus heridas.

¡Cuántos de estos *anónimos* inmolados en el coso taurino, plaza pueblerina o en la desierta vía de un tren han acabado sus sufrimientos en la tétrica y desolada sala de un Hospital, sin *reporter* solícito que *lápiz en ristre* anote hasta el más ligero parpadeo del herido para trasladarlo veloz al rotativo, portavoz del percance de cualquier estrella del toreo, sin las caricias de la familia, y muchos hasta de algún altruista amigo que a saber si fué el causante inconsciente del percance!..

Patá, Norte, Sordo, Morenito de Sevilla, Compañero de Fortuna.

He aquí cinco nombres de otras tantas víctimas del toreo que recibieron las caricias del *hule* y que nadie se acuerda hoy de ellos ni de nombre. Héroes ignorados que sucumbieron en la enconada lucha por la conquista del pan, ofrendando

sus depauperados organismos a Tauro, al pretender conocer sus secretos y erígirse grandes sacerdotes de la Tauromaquia. ¡Pobres *anónimos!* Paso a liquidar vuestra cuenta que la historia del toreo os debe; poca cosa es, pero no quiero se diga que un sacerdote de Esculapio no se acuerda de los modestos, de los embriones del toreo, de los *anónimos*; este sacerdocio médico a ello me obliga, me exige esta pícara *víscera mediastínica* que llevo encerrada en la mitad izquierda de mi jaula torácica; así me lo dicta, ella lo reclama; a los impulsos rítmicos con isocronismo perfecto van trazadas estas líneas, y a las órdenes, pues, de tal órgano nunca he dado la *espantá*.

Patá. — Veinte años van transcurridos desde que una vaca en el mes de Julio y en Vich púsole las vísceras abdominales como una mesa revuelta. En el Hospital de dicha ciudad recibió la asistencia facultativa que el caso requería y la grave cornada exigía. Celebrábanse en Vich en aquella época las corridas de feria en una plaza de madera construída dentro de la Plaza Mayor; excusado queda que no había ni callejón, ni barrera, ni, por lo tanto, enfermería. No era profesional, ni tan siquiera aspirante al arte de *Costillares*; quiso su mala fortuna que al intentar escalar el *cadafalch* (nombre que daban al tendido) lo encontrara obstruído por otros que subían, y en aquel instante los afilados cuernos de la vaca perforaron sus carnes.

Norte. — Otra víctima de los *bous* — así los apellidan en Tortosa—; en dicha plaza acaeció el suceso. Bien en claro no se ha puesto todavía si este aspirante al solio de la Tauromaquia se apellidaba Norte o era este nombre apodo. Los franceses dicen *le nom ne fait la chose*; por lo tanto, yo digo *Norte* apodo o José Norte recibió una herida contusa intraabdominal y pérdida del testículo izquierdo corriendo *bous* en la capital del Ebro allá por el 1890.

Sordo. — Aspirante a las 7,000; era de los que todos los domingos saltan al ruedo; ejercía su profesión mixta de saltarín y torero en la Plaza Antigua de la Barceloneta por los años 1897 a 1898 y visitaba con frecuencia *el cuarto del hule.* En una de las muchas veces que tuvimos que asistirle luego en el Hospital de la Santa Cruz, como consecuencia de sus descensos al redondel, nos decía:

—*Miren ustés; esta cicatriz en Seviya, esta en Málaga, esta en Madrí...*

A renglón seguido decía:

—*Me echo al ruedo para que el público se fije en mí y el empresario se vea obligado a darme toros,*

A lo que contestó un compañero mío:

—De seguir así, los únicos que nos vamos a fijar en ti somos nosotros.

¡Pobre *Sordo!* Después supe que las insaciables fauces de la Parca se lo tragaron hecho papilla por un tren cerca de Sevilla, en uno de sus viajes sin billete que hacía para que los públicos se fijaran en él; ni este consuelo le quedó. ¡Pobre vencido!

Morenito de Sevilla. — Víctima anónima, caso quirúrgico notable. Salvó su vida gracias a la habilidad quirúrgica y pericia científica del Papa de los especialistas en curar cornadas, el Dr. Raventós. El 7 de Junio de 1903 este infeliz torero-suicida echóse al ruedo al salir el primer Moreno Santamaría, empuñando un trapo rojo de poco más de dos palmos con la izquierda y un palillo a guisa de estoque con la derecha, arrancó el toro hacia él con una velocidad de 90 por hora, enganchándolo por el vientre, campaneándolo y arrojándole al suelo, de donde lo volvió a recoger, sacándoselo al fin de delante como una pluma; *al aterrizar,* después de este accidentado vuelo, los mozos de plaza lo recogieron, viendo

con horror que las *asas intestinales* del ofuscado *anónimo* estaban fuera de la cavidad abdominal como las de cualquier caballo. Salvó la vida por milagro científico el desdichado aficionado en aquel percance gravísimo, apuntándose el Dr. Raventós un tanto más a los muchos éxitos por él realizados en tan difícil especialidad.

Compañero de Fortuna. — En la desierta vía del tren, cerca de Medina del Campo, dejó de existir este desgraciado aspirante al doctorado de la Tauromaquia, en viaje de incógnito con el hoy matador de toros *Fortuna*, que escapó del lance con más ídem que el otro y de ahí su apodo.

Los de Jetafe. — Leo en un periódico de Mayo de 1899: «En Jetafe el martes último se corrieron veinte novillos, cuyos animalitos ocasionaron innumerables cogidas; no hubo más que un muerto y varios heridos graves.»

Interminable sería la lista; hago punto final a este capítulo acordándome del adagio francés que dice *La faim est mauvaise conseillere.*

ANOMALIAS TAURINAS-ANATOMICAS. — BELMONTE

REVERTE-ALGABEÑO.

Anomalías taurinas anatómicas Belmonte-Reverte-Algabeño

Allá por el 1898 tuve un compañero de Facultad que al enterarse de que el cuerpo humano presentaba en algunos sujetos *anomalías anatómicas* que le precisaba al médico tener en cuenta para formular sus diagnósticos, dió en la *fobia*, vulgo manía, de pasarse las mañanas entre los descuartizados cadáveres de la Sala de disección como un *antropófago* en busca de la *anomalía anatómica*. Todo se le volvía cortar *músculos*, levantar tendones, disecar *arterias* y *venas*, saltar *ligamentos*, ensuciar manos y ropas con el contenido *visceral* vertido sin consideración por aquel buscador de *defectos humanos*.

En el claustro materno el futuro ser se desarrolla en virtud de las sabias e inmutables leyes de la *gestación*, pudiendo adquirir en tal período vicios de conformación o estructura que el día de mañana, aprovechados sabiamente por el ser afecto de tal *anomalía* con lógica y educación especial del órgano o miembro estigmatizado que ha sido en la vida *intra-uterina* moldeado en exceso o hipertrofiado, en defecto o atrofiado, puede servirle para sobresalir o excederse, rayando en los límites de lo fenomenal en la profesión adecuada a la *anomalía*

que padece. De esto vamos a hablar en estas líneas, tratando de explicarnos el por qué ciertos profesionales del toreo han rebasado los límites de lo normal al realizar ciertas suertes del mismo; sólo porque sufrieron *anomalías anatómicas* de alguno de sus miembros, del tronco o de algún ligamento.

Al seleccionar los hombres las generaciones pasadas, cuando las civilizaciones estaban poco menos que en mantillas, existía una ley draconiana en Esparta en virtud de la cual todos los niños que no ofrecían conformación física normal, o sea que sus infantiles organismos eran portadores de alguna *anomalía anatómica*, los condenaban aquellos bárbaros a muerte, obligando a las madres a practicar el infanticidio. De esta manera sacrificaban a los futuros hombres que carecían de la escultura anatómica perfecta; ignorando que aquellos infanticidios legales (?) privaban a la nación de seres que hubieran podido destacarse en alguna profesión (precisamente por su anomalía) y confirmando una vez más el adagio de que en la humanidad «todo es útil, nada despreciable».

Cuando vi torear por vez primera a Juan Belmonte, sin saber por qué, acudió a mi mente un grabado en que vi representados los infanticidios lacedemonios del monte Taigeto, en las montañas del Peloponeso, sitio en donde cumplían las mujeres espartanas la inhumana orden que exigían los gobernantes de aquellas *prodrómicas* edades, la Sala de disección con el amigo buscador de *anomalías* y los toreros Reverte y *Algabeño*. ¿Por qué? ¿En virtud de qué fenómeno...? Alto, pluma. Ahí está la palabra. Sin querer se adelantó la mía y escribióla... ¿ Fenómeno anatómico ? No diré yo tanto. Artista del redondel que los hechos y forma de los mismos han confirmado. No sabía en aquellos momentos el por qué un hombre con esqueleto poco menos que *simiesco, cifótico, prognatismo* del maxilar inferior, anomalías suficientes

para salir en Grecia despeñado por el monte Taigeto, privando a la nación de un hombre y a la afición el mejor artista del percal de la presente era, hasta que a fuerza de ver torear a Belmonte y estudiar su conformación anatómica (desde el tendido) y examinar sus movimientos rítmicos al torear templando y marcando los tiempos de los pases, exclamé un día como Arquímides en el suyo; *¡Eureka!* Ya tengo la clave; ya descubrí la incógnita del por qué Belmonte torea a la media verónica como nadie ha toreado, torea ni toreará, mientras no reuna las condiciones anatómicas del gran torero de Triana. *Anomalía de longitud de sus extremidades torácicas.* Tiene, Juan Belmonte, y me atrevo a afirmarlo sin haberlos medido una desproporción manifiesta de centímetros en la longitud de sus *húmeros, cúbitos, radios, carpos, metacarpos y falanges* a la que le corresponde por su estatura. Estigmas quizá de un antiguo *adenoideo.* ¿Será este el secreto de su toreo? Sí. La *acromegalia* de sus miembros superiores, *anomalía anatómica* que ha dado por resultado esta otra *anomalía taurina* de su toreo, que le ha valido el nombre de *Fenómeno.*

Años atrás revolucionó el tablado taurino un muchacho de tipo proporcionado, alto, moreno, lo que se llama en lenguaje vulgar y corriente un buen mozo, Antonio Reverte Jiménez, que sugestionó a los públicos toreando con el capote plegado sobre el brazo, quebrando en esta disposición de tal manera, que hasta la actualidad nadie ha mejorado. Cuando citaba al toro en esta disposición, acudía éste, y al llegar a jurisdicción del torero materialmente daba la sensación de que el asta del bovino penetraba en la cintura del torero y de que éste iba a salir colgado del pitón. No ocurría nada de esto. ¿Por qué? Sencillamente, por la conformación *anómala* de su cintura, que podemos llamar encorsetada natural. El espacio que mediaba desde las *costillas falsas* a la *cresta ilíaca* anteriores

superiores, ofrecía en dicho artista del toreo una escotadura tan marcada, que podía llegar el asta del toro a tales regiones sin vulnerar al torero.

José García, *Algabeño*. Fué en su época, y ya en declive la fama de Mazzantini como matador de toros, el rey del volapié. Describía su *tronco* un arco de concavidad izquierda tan exagerada en el momento de entrar a matar, que nadie de los que vimos tumbar toros a este formidable estoqueador podemos haber olvidado. Sin equivocación ni ilusión de anatómico me tomo la libertad de afirmar que *Algabeño*, debido a alguna *anomalía* de los *ligamentos transversos* de las articulaciones vertebrales, le prestaba esta flexibilidad exagerada para doblar lateralmente la columna vertebral en tal forma al realizar aquellos estupendos volapiés que le dieron pasta y fama.

Y basta de competencia al compañero de Facultad, buscador de *anomalías anatómicas* en aquella lúgubre, fúnebre, antihigiénica y atrofiada sala de disección que nos sirvió de albergue en la calle del Carmen en mis tiempos estudiantiles, que, como las golondrinas de Bécquer, *ya no volverán*.

EL SOCIAS DE BELMONTE: «DOMINGUIN»

El socías de Belmonte: (Dominguín)

Así me permito apellidar al novillero *Dominguín*, que en la actualidad cuaja los tauródromos al solo enunciado de su mágico alias o remoquete.

Restaba la taurina afición añorada porque el «toreo sacro» de Belmonte había huído de los circos taurinos. Estaba ausente el «creador», que en ultramarinas regiones cambió los trastos del toreo por los de Himeneo, y, como consecuencia lógica, al traspasar los umbrales del Templo Amor, dió el cese de oficiante en el de Tauro, quizá frenada su afición por las exigencias de la esposa, que le prohibía hacer alardes de su soberano arte en las arenas hispanas.

Medularmente me metí en mal terreno. No es mi intención cantar trovas al ausente, ni salmodiar al iniciado. Me enmiendo; y al cambiar los terrenos digo, repitiendo lo que en anterior artículo, titulado «Anomalías taurinas», que únicamente toreará como Belmonte, dando el pase natural pasándose, mejor expresado, haciendo rozar el pitón de la res la faja, el lidiador que posea la construcción anatómica anómala del diestro de Triana.

Un defecto anatómico — en el caso presente de arquitectura ósea — del organismo, bien encauzado y educado para

el ejercicio de una profesión, puede hacer sobresalir al hombre del montón común, elevándolo a la categoría de *fenómeno* en un arte. He aquí el caso actual. ¿Ejemplo? ¿Caso práctico?

El tocólogo que ostente los carpos, metacarpos y falanges — menos científico y más claro — , el esqueleto óseo de la mano derecha atrofiado (pequeño), padecerá una anomalía de su extremidad superior. Anomalía que bien administrada le dará patente de *As* de los comadrones, pues esta mano atrofiada, o defecto anatómico ostensible, le permitirá maniobrar dentro la hilera genital de las parturientas con una holgura y agilidad vedada a los que carezcan de tal anomalía. Injuria anatómica que dentro del arte de partear le pondrá en condiciones de llegar a ser el papa de los tocólogos, si a tal anomalía anatómica une el arte y la ciencia que la Medicina exige.

En el toreo Belmonte *y su socias Dominguín*, con arquitectura de las extremidades anómala, son el caso del comadrón de mano deforme. La cuestión primordial es saber aprovechar el defecto, anomalía o deformidad que cada humano posee; lanzarla por buena pista; lo demás está hecho. Ved el caso Belmonte-*Dominguín*.

Los hechos van confirmando la razón que hube en afirmar en el aludido escrito en qué consistía el secreto del toreo de Belmonte.

Al aparecer en la plaza de toros el novel torero toledano *Dominguín*, y al verle el público torear como *Terremoto*, unánimemente oyóse decir: ¡He ahí a Belmonte toreando! Otros han intentado hacer lo que el *Fenómeno* o han querido remedar su arte. Ejemplos, los desgraciados Miguel Freg y Carpio, Silveti y el fugaz *Andaluz*. ¿Por qué ninguno de los nombrados, a pesar de anunciados como a tales imitadores o émulos de la escuela belmontina, o sea del toreo dentro del terreno del toro, ni uno nos dió la sensación exacta de dicho diestro hasta

que el actual *Dominguín* pisó la arena del tauródromo? Sencillamente, porque ninguno de los anteriores era el *socias de* Belmonte; *Dominguín* posee construcción anatómica de la cadera para abajo igual que *Juan el Unico* (por lo que voy escribiendo, resulta fallido este remoquete), sus femures, tibias y peronés están articulados en igual disposición anómala. Por eso al engendrar el pase natural, la media verónica, veis la misma figura, es la misma silueta, tenéis la sensación de que *El* está toreando.

En contracción casi espasmódica la extremidad inferior derecha parece atornillada en la arena, mientras en contractura paralítica arrastra la izquierda para dar la curvadura o inclinación necesaria al tronco para el pase natural, que obliga al toro a describir la media circunferencia alrededor del eje formado por las extremidades torácicas del lidiador, pasándose al toro materialmente por la faja. Así vemos a Belmonte; así vemos a *Dominguín*.

Sigue en funciones la emoción taurina, puede el baile continuar, hagan juego, señores toreros. Estudien sobre lo apuntado los que no poseen el esqueleto deformado. Hagan uso de la mecanoterapia o gimnasia especial que les desarrolle esta parte del cuerpo en tal forma, mézclenla con arte, valentía, serenidad y afición, y habremos quizás resuelto el problema del toreo de la emoción.

Repasad las instantáneas publicadas de las faenas realizadas por *Dominguín* el 2 de Mayo de 1918, en Madrid, y el 20 de Mayo de 1918, en Barcelona, *in mente*; suprimid la cabeza del lidiador y os confundiréis, no sabréis si el torero es Belmonte o es *Dominguín*. La anatomía os convencerá del acierto de lo que afirmo. La plasticidad es la misma, el temple con que lleva al toro en los vuelos del capote o las ondulaciones de la muleta, exactos.

¡Salve, *Dominguín, socias de* Belmonte, tú eres Petrus! El toreo de la emoción no decae .Unos huesos recubiertos de músculos en disposición anatómica apropiada, enervados por un cerebro inteligente y regados por un miocardio que no se atrofia, tienen el secreto.

En Tauromaquia, como en Medicina, los casos prácticos dan la razón.

EL MAÑICO HA MUERTO (BALLESTEROS)

El mañico ha muerto (Ballesteros)

Un bicho de Benjumea, berrendo en castaño, lidiado en último lugar en la corrida del 22 de abril de 1917 en la Plaza de Toros de Madrid, infirió la cornada que produjo la muerte, a pesar de todos los auxilios científicos prodigados *ad líbitum*, al simpático y valiente torero aragonés Florentino Ballesteros la madrugada del 24 del mismo mes y año.

La acrisolada valentía, vulgo, arrojo ante los astados causóle el percance que abrirle debía las puertas del otro mundo; la herida sufrida por Florentino en Morón el año 1916 no amilanó al torero baturrico; antes al contrario, volvió al palenque táurico con tantos o más arrestos que los demostrados anteriormente, y esto que la cornada de Morón fué de las que rebajan quilates de valentía en el corazón de los mozos del pelo trenzado. Creo hubiera sido preferible el descenso del valor en el pundonoroso maño, y así en el presente podríamos todavía admirar aquel capotillo grana manejado con elegancia y soltura ante los toros, aquel pedazo de tela de microscópicas proporciones que nos hacía el efecto de un capote *atrofiado*. ¡Pobre maño! Tu corazón, y no es paradoja, te llevó

a la fosa; descansa en paz, torero valiente, modelo de esposos y padre cariñoso; tu nombre quedará lapidado con letras de oro en el cuadro de honor de los toreros valientes.

Sarcasmos de la suerte. Un toro de la misma ganadería y en la misma plaza dos años antes hizo subir hasta las nubes su cartel; se cotizó tan alto, que en un momento pasó a ocupar el número uno entre la grey novilleril de aquella temporada, sitial que supo conservar con gallardía y tesón hasta la obtención de la preciada borla *alternativa*; le concedieron la oreja de aquel toro, pariente de este otro que se le llevó la vida, siendo el primer novillero que alcanzara tal galardón en la Plaza madrileña. Rápida ha sido su actuación en el toreo, y, sin embargo, ¡cuán alto e imperecedero recuerdo ha dejado su nombre en el toreo! Florentino Ballesteros ha pasado a ocupar lugar preferente al lado de los *Espartero*, *Pepete* y *Dominguín*; perdurará su nombre mientras existan aficionados al taurino espectáculo, recordándolo como víctima del toreo al lado de las grandes figuras inmoladas en el altar de Tauro en pleno éxito, vida y juventud.

Florentino Ballesteros
† 24 de Abril de 1917

Era el maño de estatura más bien baja, de cuerpo pequeño

y proporcionado, así es que al cogerlo el fatídico Benjumea lo zarandeó horriblemente, despidiéndole a gran distancia; intentando en vano levantarse del suelo, no podía; *ipso facto*

Cogida de Ballesteros

llevóse la mano al sitio traumatizado, por el cual manaba abundante hemorragia. Es en brazos de los asistencias trasladado a la por todos conceptos modelo de enfermerías, donde galenos peritísimos practican urgentemente la primera cura, esforzándose en cohibir la hemorragia pulmonar, dictando el siguiente parte:

«Ballesteros sufre una herida en la región torácica anterior derecha, de ocho centímetros de extensión, al nivel del 4.º, 5.º y 6.º espacio intercostal, penetrante en la cavidad.

Pronóstico grave.»

Se desprende del anterior parte facultativo que el asta

del toro penetró por el sitio donde hacía poco tiempo habíasele practicado la operación de Eslander; insinuóse con facilidad y rápidamente el cuerno del Benjumea en el parénquima pulmonar, por no hallar obstáculo, o sea la resistencia costal, para que el asta se desviara, produciendo lo que fatalmente debía suceder, hemorragia, hemoptisis y enfisema.

A pesar de la rapidez en la primera cura, la pericia y habilidad quirúrgica de los médicos presentes, de la renovación *ad líbitum* que se hacía de la sangre perdida con inyecciones de suero artificial, a pesar de alentar al herido con inyecciones de cafeína, esparteína, aceite alcanforado, etc., etc., que sucesivamente administrábanse al diestro herido para entonar aquel valiente miocardio, los frecuentes colapsos que Florentino sufría presagiaron un fatal desenlace, y los colegas del aficionado cronista pronosticaron que la vida de Ballesteros se la llevó el Benjumea aludido y que si el torero seguía alentando era a los esfuerzos titánicos que la ciencia realizaba en pugilato con la Muerte.

Con las precauciones que el caso requería trasladóse al herido a la fonda de «Los Leones», donde dejó *de ser*, al lado de su esposa, a las 32 horas del traumatismo.

Zaragoza reclamó su cuerpo para guardar en la invicta ciudad del Ebro las cenizas del ídolo popular, que supo elevar a tal altura el pabellón de los valientes hijos de Aragón.

DE LA ARENA A LA MESA OPERATORIA

Esperando al herido

De la arena a la mesa operatoria

MIENTRAS la torería en servicio activo siga durmiendo el *dolce farniente* de la inconsciencia ante sus curas traumáticas, o delirando en febril sueño de gloria puesta a contribución de cornadas, sin preocuparse de sus consecuencias y manera de velar por ellas, innumerables diestros *dejarán de ser*, no llegarán o irán al cuartel de los mutilados, no por obra del toro como agente *etiológico*, si que por ídem nada emocionante, *a-ovacionada* y múltiples ignorada de un *pregonao*, microscópico ser que manos profanas, mercenarias o legas en el arte de curar habrán posado sus pecadoras *falanges* sobre el *trauma* del torero al ir desde *la arena a la mesa de operaciones*, por intervenir forzosamente en el momento del suceso (cogida) y no ir marchamados con

los atributos que el más rigorista de los Doyen exigiría, infectando en estos momentos las heridas o complicándolas.

Si a la cualidad de estar el asta del toro o arma que ocasiona la lesión barnizada de materias *sépticas* (sucias), unimos la probable de infectarla durante el tránsito relativamente corto que media desde el redondel al *cuarto del hule*, tendréis explicado el por qué del presente capítulo.

La querencia que siento por tales asuntos me impone la obligación de hablar de este que podríamos llamar *primer tercio* de la asistencia al herido en el Tauródromo, para que la misma sea o reuna todas las condiciones o cualidades de humanidad y ciencia. Trato, pues, en todo lo posible, poner de relieve todos los vicios rutinarios que se padecen en esas Plazas en contra de la Ciencia y burla de la Cirugía. Por esto el caballo de mi fantasía se desboca y en desenfrenada carrera por los eriales de la hipérbole busca adjetivos flagelantes para que sirvan de tópicos y hagan no se escape de la censura médica ni uno de esos delitos de lesa cirugía que presenciamos con estoicidad malsana por estos cosos taurinos.

Con esa solicitud extemporánea o *trop de zèle* acuden los monos sabios y peones a recoger al herido apenas soltado por el toro causante del accidente; *ipso facto* y con ligereza de prestidigitador meten sus dedos en la región traumatizada, aportando al campo herido algunos millones más de bacterias a las que ya puede haber dejado el asta; cogen aprisa y sin miramientos quirúrgicos — *no hay que culparles por eso, no hay razón para exigirles que lo hagan como los camilleros o practicantes*—, que si lo ha sido en un hueso y éste presenta fractura conminuta, llevándolo sin reglas científicas, pueden las esquirlas en este corto viaje de *la arena a la mesa operatoria* herir vasos venosos o arteriales que no lo habían sido por el asta y producir hemorragias siempre evitables

si el herido fuera recogido y llevado con precauciones quirúrgicas. ¿Caso práctico? La herida de *Rebonzanito* en Mondéjar el 20 de mayo de 1917; al saltar el último toro al tendido y al huir la gente atropelló a *Rebonzanito*, haciéndolo caer con tan mala fortuna, que se clavó una banderilla en el muslo, produciéndose una herida de 10 centímetros de profundidad, que hubiera curado rápidamente si manos pecadoras no hubieran querido extraer a la fuerza y sin conocimientos anatómicos ni quirúrgicos la banderilla, que al tirar de ella a la fuerza le produjo la herida de la arteria femoral. Si la herida ha respetado los nervios y hay hueso fracturado, no llevándolo con las debidas precauciones en ese paseo, puede producirse una parálisis de difícil resolución. Si el herido por efecto del *schock* traumático se sincopiza, es porque el riego sanguíneo *bulbar* se verifica mal, en poca cantidad, en una palabra, hay *isquemia;* por lo tanto, llevando en estas condiciones el torero con la cabeza alta es un crimen, pues aumenta la anemia, pudiéndose seguir de este solo hecho, al parecer insignificante, una complicación grave. De modo que creo no caigo en el ridículo proponiendo permanezcan en el callejón, todo el tiempo que dure la lidia, un médico y un practicante (será

Manuel Mejía *Bienvenida*

un estorbo más, pero en este caso bien justificado) provistos de una caja-bote con torundas esterilizadas, un frasco con tintura de yodo y gotieras para los miembros torácicos y abdominales. Su misión estaría reducida en hacer pasar a manos del primer peón o mono-sabio una torunda empapada de tintura de yodo para aplicarla al torero herido en el sitio del trauma, evitando así el contagio de las *sépticas* manos de los primeros asistentes y a veces del mismo herido. Si se presume una fractura, entregarían al primer mozo de plaza la gotiera respectiva, y, si hay síncope, dar la orden de trasladar al herido con la cabeza baja y las extremidades inferiores altas.

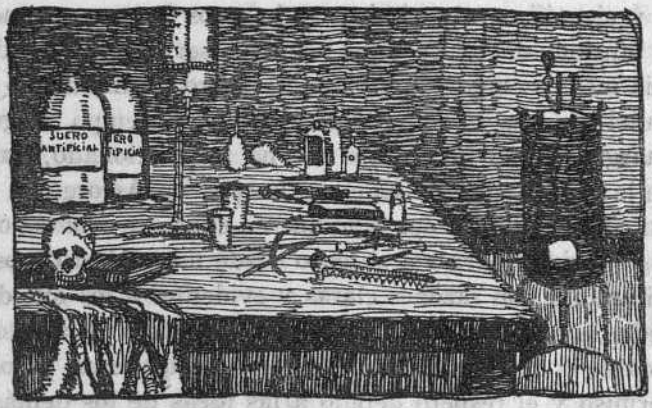
Recuerdo, en afirmación de lo ante expuesto, el espectáculo emocionante y cruel del día 11 de Abril de 1915, en las Arenas de Barcelona. Deja el Palha ocasionante del traumatismo al hermano de Malla en el suelo, con fractura total de la tibia y peroné; recógenlo los asistencias y pasean al vulnerado desde el tercio de toriles a la enfermería con la extremidad fracturada balanceándose como un badajo tocando a rebato, causando al herido horribles sufrimientos y visión macábrica al *respetable*, que con encogimiento y espasmo interrogativo mira el paso silencioso de la tétrica comitiva. Por algo el Papa Negro de la Tauromaquia, como apellidan a *Bienvenida*, aleccionado por la cogida de Madrid, llevó consigo todas las tardes que toreaba al Dr. Guarnerio de Granada.

El segundo tercio de la asistencia al herido empieza cuando el diestro cogido está en decúbito supino sobre la mesa operatoria; no voy ni pretendo ofender a mis colegas apuntando cómo debe ser esta asistencia; quiero creer que desde el momento que están de médicos de la enfermería del Tauródromo poseen *la alternativa* en estos menesteres; sólo a título de di-

vulgación para los aficionados a estos asuntos taurómaco-médicos apuntaré que lo que urge remediar, pasando por encima de todo, tan pronto el caso quirúrgico ingresa en la enfermería, es: *hemorragia, schock, colapso* o *síncope*; trípode que podríamos llamar de *urgencia suma.*

Acabo exclamando con el clásico que lo arcaico en cirugía roe invisible la mayor obra científica, abatiendo la soberbia humana, vendando los ojos a la realidad de los hechos y oscureciendo la verdad de la lógica, privando a diestros, médicos, autoridades, empresarios y aficionados de ver la verdad y razón fundada de lo que lleva apuntado este pigmeo de la Medicina en el transcurso de este libro con sinceridad y libre de filias y fobias.

LAS ENFERMERIAS TAURINAS ¿POR FIN.....?



Las enfermerías taurinas... ¿Por fin?

El bravo matador de toros madrileño, por otro nombre *el león de Castilla*, ha sacudido la melena, y al despertar de su letargo, como presidente de la Asociación de Toreros, en Comisión con otros artistas en el peligroso oficio de los Romero, *Costillares*, *Cúchares*, Montes y Joselito, ha visitado al ministro de la Gobernación para no pedirle que el Gobierno haga cumplir la real orden en lo que hace referencia a las condiciones que han de reunir las enfermerías de las plazas de toros.

Por ser asunto que me preocupa, y viendo el desbarajuste que reina en tales dependencias, de las que vengo ocupándome hace tiempo, me alegra la noticia, por la que doy a la supra dicha Comisión mi insignificante enhorabuena, sin duda la más sincera y espontánea, pues si con la buena voluntad de

unos y científicos conocimientos de otros logramos remediar estas taurinas «dacerías» y que lleguen a ser lo que la moderna ciencia médica exige y la caridad al torero traumatizado en el redondel reclama, daré por bien empleados tiempo, disgustos y amarguras que tal asunto me ha proporcionado, ya que desde la muerte del desgraciado Carpio en Astorga en 1916 vengo con insistencia ocupándome de ellas, sin *ponosis* o *surmenage* (fatiga), para ver si logro desde mi modesto y oscuro sitio iluminar con razones claras y evidentes a los que deben y pueden poner coto a tamaño crimen, producto del abandono.

Loable el acto de Vicente Pastor y compañeros; pero, con su permiso y el respeto debido a las ideas de los demás, les diré que mi hipocrática profesión oblígame a señalar un lunar, especie de *punto vulnerable*, que, como el del *tendón de Aquiles*, si no se aclara, les acarrería serio fracaso en su altruista gestión, por adolecer el reglamento taurino, objeto de su reclamación, de un defecto que, a mi pobre entender, deja sin remediar este *punto vulnerable* a pesar de que el ministro de la Gobernación exija, mande y ordene el cúmplase.

Leemos, pues, dos artículos de este novísimo reglamento, de fecha 3 de Marzo de 1917 y desde el 20 del mismo mes y año puesto en vigor:

«SERVICIO DE ENFERMERIA»

Art. 89. El empresario siempre en Madrid y provincias cuidará de que el botiquín esté bien surtido y que dos médico-cirujanos, por lo menos, se hallen presentes en la plaza durante el espectáculo para que presten, en caso necesario, el servicio de enfermería.

. . . . . .

Art. 90. La enfermería de la plaza se hallará dotada de

todo el material necesario, prevenido en la real orden de 8 de Septiembre de 1911.»

.....

Perfectamente; como el cronista Galeno hay en España 20 ó 30 mil médicos-cirujanos que, según el reglamento, puede el empresario designar para prestar el servicio de enfermería dentro de las plazas de toros y que su título de académico-cirujano les autoriza para ejercer su sacerdocio en el táurico circo; pero ¿cuántos de estos 30 mil, pregunto yo, están en condiciones de conciencia y capacidad científica suficiente para desempeñar dicho cargo con la pericia quirúrgica que la vida del torero herido exige?

No es suficiente, no basta para salvar la vida al torero herido la presencia de estos dos médicos-cirujanos elegidos por la Empresa — la mayoría de veces por recomendación de amigos — y que fija el reglamento; es necesaria, y no se os olvide, señores toreros, para la salva-guardia de vuestras vidas cuando el asta del toro ha traumatizado vuestras carnes, la presencia de un especialista en curar cornadas; *as del bisturí*, en el tauródromo en el instante de la cogida; exigir debéis su personalidad científica, no os dejéis ilusionar como con el específico de relumbron de la cuarta página de cualquier rotativo, especie de cúralotodo, que no sirve para lo más urgente, como sucede con lo que legisla el reglamento; es condición *sine qua non*, como los caídos en el redondel en 1916—por su desgracia — atestiguan dándome la razón, que si no hay un especialista en eso de curar cornadas cuando el accidente por obra del toro ocurre, a pesar de todos los médicos-cirujanos vuestra vida peligra y de sus manos puede escaparse por carencia de suficiencia quirúrgica de los Galenos responsables, y eso que habréis solicitado al ministro y

quizás logrado que se cumpla con militar disciplina el flamante reglamento.

¡Cuántos astros taurinos yacen en eterno descanso por tamaño descuido!... Meditad, toreros en activo... hojead la historia del toreo en el capítulo fúnebre del mismo... y contestadme si habrían dejado *de ser* Laza y *Chufero*, en Zaragoza; *Fabrilo*, en Valencia; *Pepete*, en Murcia; Carpio, en Astorga; *Gallego*, en La Coruña, y *Angelillo*, en Jaén, si las enfermerías de dichas plazas hubieran reunido las debidas condiciones de material y asistencia.

EPILOGO, FIN, ETC., ¡HA TERMINADO!

Epílogo, fin, etc.

¡Ha terminado!

PARA *apurar la suerte*, como en terminología taurina se dice, de lo que podría escribirse sobre el tan traído asunto de las Enfermerías taurinas necesitaría una estilográfica calibre 42, la superficie del planeta alfombrada de cuartillas, el Océano de tinta y el tiempo suficiente e igual al que se emplearía en convencer a *un berrendo en colorado* a que se dejara matar sin *alargar la gaita* en el momento del *embroque*. Un tanto cursi y exagerada resulta la *hipérbole*; la uso sólo para remachar el clavo de tan interesante asunto.

.....

Los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio pasábase el enamorado Don Quijote engolfado en la lectura de los libros de caballería en calenturienta imaginación en busca de la incógnita que hechizada tenía a su amada Dulcinea, dando por resultado positivo y cierto con el traste de su anémico magín ante la *idea fija* de tal caballero andante. No creo vaya a sucederme tal percance ante la *idea fija* que me obsesiona hace bastantes meses.

.....

Agua que no has de beber, déjala correr; frase de un refina-

do egoismo, que demuestra axiomáticamente el carácter de un pueblo contagiado del *sens gene* gálico gravitando en torno de la pereza, orientalismo, *abulia* hereditaria de una manera abrumadora y aplastante, haciendo que nos importe un ardite lo que directamente no nos perjudique ¿Lo queréis dicho de una manera más dura, esquelética o gráfica?... Lo que no atente a la *víscera gástrica*

.....

Para muchos, todo lo impreso en este libro risa... para otros, compasión... para algunos, chifladura... para los más, desdén... Para mí, al emborronar esta última cuartilla de mis CHARLAS MÉDICO-TAURINAS, satisfacción, orgullo; sin modestia lo digo, pues sé que si con ellas no he logrado suprimir un mal, tengo la satisfacción de haber hecho de higienista señalándolo y procurar evitarlo; de médico bosquejando el tratamiento, prescribiendo la fórmula, rodeándola de los *correctivos* necesarios y que mi buena voluntad y académico título me han sugerido para que el enfermo trague sin repugnancia la *pócima* de mal sabor *Las enfermerías taurinas*. Si a pesar de los solícitos cuidados galénicos, la repugnancia a la *ingestión*, vulgo campaña en pro de la regeneración de tales dependencias, el paciente prescinde de los científicos y desinteresados consejos que Esculapio le *brinda*, sigue la enfermedad *abúlica* su curso crónico y consuntivo, no dude, a pesar de todo y con harto sentimiento del que ve un peligro, trata de evitarlo y no se le hace caso, con la vista fija en el pasado, viendo desfilar en fúnebre cortejo los ya putrefactos cuerpos de Lesaca, *Pepete, Chufero*, Carpio, etc., etc., que el autor de este libro no echará ningun *rentoy, tranquilla, ni espantá* ante tal asunto, persistirá en su delirio (?) *los días de claro en claro, las noches de turbio en turbio hablando del cuarto del hule, el médico en el Tauródromo, Cuerpo de Sanidad taurina, etc., etc....* cual su pobre

mente los forjó, divulgando y señalando conocimientos y abusos que la desidia y falta de amor al caído les hace exclamar: *agua que no has de beber, déjala correr.*

Con sus ecos metálicos los sonoros clarines anuncian que la última página de estas CHARLAS MÉDICO-TAURINAS *va a despacharse;* he procurado *ahornarlas* todo lo que mi escasa ciencia y poca literatura me permiten para que *al rematar la faena* no vaya estigmatizada con el *bajonazo* infamante del público desprecio, sino de la *estocá hasta la bola,* que acaba de una vez y sin *puntilla* con ese *bicho pregonao* o *marrajo* del abandono en que por vergüenza están todavía innumerables enfermerías taurinas.

Barcelona, Agosto de 1918.

INDICE

Brindis 4
Prólogo por D. Jerónimo Serrano, *Azares* 5
A manera de paseillo..... 13
El cuarto del hule..... 17
¡Pobre Carpio! 25
El médico en el Tauródromo..... 33
Una hecatombe del paradójico Rafael, *el Gallo*, o Darwin en el tendido..... 41
Ponosis-Surmenage *Joselito-Belmonte*..... 49
Cuerpo de Sanidad taurina..... 57
Dos tardes fúnebres *Espartero-Dominguín*..... 65
El centanro del Castoreño 75
¿Orate? La vesania del diestro..... 83
La fobia del doctor 91
Higienicemos el ruedo..... 99
La superstición del torero..... 107
¡Duro y a la cabeza!..... 117
La Homeopatía y *Cúchares*..... 125
Trauma por asta de toro..... 133
El sino — *Juanerillo*..... 141
Barromegalia taurina..... 149
Joselito dictador..... 157
¿Caso clínico? *El Gallo*. 163
Dos astros.—La Luna y *El Gallo*..... 171
Los amputados *El Tato* y *El Bebe*..... 177
¡Epitalamio!..... 185
Anónimos..... 193
Anomalías taurinas anatómicas (Belmonte-Reverte-*Algabeño*) 201
El socías de Belmonte *(Dominguín)*..... 207
El mañico ha muerto; *Ballesteros* 213
De la arena a la mesa operatoria..... 219
Las enfermerías taurinas ¿Por fin...?..... 227
Epilogo, fin, etc. ¡Ha terminado! 233

FE DE ERRATAS

En la página 19, línea 21, se lee **tradicionala,** y debe decir tradicional.

En la página 28, línea 3, se lee **médicua, nidos,** y debe decir médica, unidos.

En la página 48. línea 27, dice **primativo,** debe decir primate.

En la página 102, línea 13, donde dice **pauspérmico,** debe de cir panspérmico.

En la página 136, línea 21. se lee **dilacerando,** y debe decir dislacerando.

En la pàgina 151, línea 6, dice **febril,** y debe decir afebril.

En la página 156, línea 4, dice **enucleación,** y debe decir *ablación*.

En la página 165, línea 5, dice **pléyades,** y debe decir pléyade.

Precio 4 pesetas

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. 67 | Precio de la obra.....

Estante . 1 | Precio de adquisición..

Tabla... 2 | Valoración actual.....

Número de tomos. .....

57.

CHARLAS
MEDICO
TAURINAS